

La Raza Futura

Sir Edward Bulwer Lytton



PROLOGO DEL TRADUCTOR

La novela *La Raza Futura*, cuya traducción al castellano ofrecemos a nuestros lectores, es una exploración del porvenir; tanto más sorprendente cuanto fue escrita (1871) en una época en que la ciencia, la mecánica y la electricidad se encontraban en un estado casi embrionario. En esta obra, Lord Lytton se revela como escritor de clara intuición, rayana en

clarividencia; no de otra manera hubiera podido desplegar ante el lector un panorama del desenvolvimiento humano tan avanzado; el cual, si cuando escribió la obra pudo considerarse como fantasía irrealizable, hoy, ante los progresos de las ciencias, de la mecánica, de la electricidad aplicada y, sobre todo, de la aeronáutica y la radio, nos ha de parecer no sólo realizable, sino en curso de realización.

El hecho mismo de situar en el centro de la tierra el escenario y el medio ambiente del relato es, en cierto modo, simbólico; parece como si el autor quisiera indicar que la humanidad, para alcanzar el grado de perfección de la raza futura y más avanzada, cuyo cuadro nos presenta, tendrá que adentrarse más en sí misma; que ha de descubrir todos los poderes en ella latentes; pues sólo así obtendrá la fuerza *Vril* (tema central de la obra) con la cual conseguirá dominar no sólo a la naturaleza de las cosas, sino también a la naturaleza inferior del hombre, a la vez que ayudará a éste a descubrir el ser espiritual superior, que realmente es y que, con el tiempo, habrá de manifestarse.

En estos tiempos de luchas enconadas, de intereses contra intereses, de ideales contra ideales, y de los sistemas políticos entre sí, el panorama de la raza futura, tal como nos la presenta Lord Lytton, puede ser como luz proyectada sobre el caos en que la humanidad se debate, y haga pensar en un método mejor y más eficaz que la violencia, para solucionar los conflictos entre naciones y establecer las relaciones humanas sobre una base más justa, más racional y más firme, que permita reanudar el avance de la civilización. La obra está llena de sugerencias, dignas de que los pensadores las tomen en cuenta.

Sir Edward George Bulwer Lytton, primer Barón de Lytton, nació en Londres en 1803 y murió en Torquay, Devonshire, Inglaterra, en 1873. Desde temprana edad se manifestó como poeta y dramaturgo. Obtuvo la medalla del Canciller, que se concedía en la Universidad de Cambridge a los poetas noveles, por un poema que compuso. Actuó en política; fue elegido repetidamente miembro del Parlamento; y en 1858 fue Ministro de las Colonias con un gobierno conservador. Se le concedió el título de Barón en 1866.

Fue un escritor muy versátil. Algunas de las muchas novelas debidas a su pluma, han sido traducidas a varios idiomas; entre las más conocidas figuran: *Los últimos días de Pompeya* y *Rienzi*. Otra obra notable, por su profundidad, es *Zanoni*, en la cual Lord Lytton se nos revela como estudiante de la filosofía ocultista. En *La Raza Futura* se nos presenta como profeta y como intuitivo de gran profundidad y clara percepción.

F.B.

CAPITULO I

Soy nativo de los Estados Unidos de Norteamérica. Mis antepasados abandonaron Inglaterra durante el reinado de Carlos II, y mi abuelo se distinguió algo en la Guerra de la Independencia. Mi familia, por tanto, gozaba por su alcurnia una posición social algo encumbrada y, como además era opulenta, a los miembros de la misma se les consideraba como poco apropiados para el servicio público. Así, al presentarse mi padre como candidato al Congreso, fue decididamente derrotado por su sastre. Después de este fracaso, intervino

poco en política y dedicó la mayor parte del tiempo a su biblioteca. Yo era el mayor de tres hijos y fui enviado a la edad de dieciséis años al viejo país; en primer lugar para que completara mi educación literaria y en segundo para que me iniciara en los negocios, entrando a trabajar en una casa de Liverpool. Mi padre murió poco después de cumplir yo veintiún años. Como quedé en situación económica muy desahogada y era muy aficionado a los viajes y aventuras, renuncié por el momento a la persecución del todopoderoso dólar y me dediqué a recorrer el mundo sin rumbo fijo.

En el año 18 — me encontraba casualmente en... — y fui invitado por un ingeniero, con quien había trabado relaciones, a visitar las profundidades de una mina cuya explotación él dirigía.

El lector comprenderá, si es que sigue este relato, las razones que tengo para ocultar todo indicio acerca del paraje a que me refiero y hasta quizás me agradezca que me abstenga de toda descripción que pueda hacer posible el descubrimiento del mismo.

Permítaseme, por tanto, que me limite a decir que acompañé al ingeniero al interior de la mina y quedé tan extrañamente fascinado por las sombrías maravillas de la misma y tan intensamente interesado en las exploraciones de mi amigo, que decidí prolongar mi estancia en aquellos parajes y durante algunas semanas descendí diariamente a las bóvedas y galerías, formadas por la naturaleza y por el arte, en las entrañas de la tierra.

El ingeniero estaba convencido de que en el nuevo pozo, cuya abertura se había comenzado bajo su dirección, se encontrarían yacimientos de mineral mucho más abundante y rico que los descubiertos hasta entonces. Al profundizar este pozo, dimos un día con un precipicio, cuyos lados aparecían erizados de rocas al parecer chamuscadas, como si en un lejano pasado hubiese sido abierto por fuegos volcánicos. Mi amigo se hizo bajar metido en una especie de jaula, después de haber probado la respirabilidad de la atmósfera por medio de una lámpara de seguridad. Permaneció cerca de una hora en el abismo. Cuando subió estaba muy pálido y una ansiosa expresión meditativa ensombrecía su rostro; algo muy ajeno a su carácter ordinario, el cual era franco, jovial y despreocupado.



A mis preguntas, contestó secamente que el descenso era poco seguro y que no prometía ningún resultado. Se suspendió todo ulterior trabajo en el pozo y volvimos a las secciones más conocidas de la mina. Durante el resto de aquel día el ingeniero pareció dominado por un pensamiento fijo. Se mostró extraordinariamente taciturno y en sus ojos se descubría una expresión de espanto y confusión, como si hubiera visto un fantasma. Durante la velada, mientras nos encontrábamos solos, sentados en el alojamiento cerca de la bocamina que habíamos compartido durante casi un mes, dije a mi amigo:

"Dígame francamente, qué ha visto usted en el precipicio; estoy seguro que ha sido algo extraño y terrible. Sea lo que quiera, ha dejado su mente en estado de dudas. Sí es así, dos cabezas valen más que una. Tenga confianza en mí".

El ingeniero hizo cuando pudo para evadir mis preguntas; pero como mientras hablaba bebía, casi sin darse cuenta, el contenido de una botella de brandy en cantidad a la que no estaba acostumbrado, pues era hombre sobrio, su reserva fue desapareciendo paulatinamente. Quienes quieran guardar secretos deben imitar a los animales y beber solamente agua. Al fin, dijo:

"Se lo diré todo. Cuando la jaula paró me encontré sobre el borde de una roca; debajo el precipicio descendía en plano inclinado a considerable profundidad, cuya oscuridad mi lámpara no podía penetrar. Pero del fondo llegaba, con indecible sorpresa para mí, una luz fija y brillante. Si se hubiera tratado de algún fuego volcánico, habría sentido seguramente el calor del mismo. No obstante, aunque de esto no me cabía duda, creí de la mayor importancia para nuestra seguridad, que debía aclarar lo que hubiese. Examiné, pues, los costados del precipicio y vi que podía aventurarme, por las proyecciones y bordes irregulares de las rocas, a lo menos hasta cierta distancia. Salí de la jaula y descendí. A

medida que me acercaba más y más a la luz, el precipicio se ensanchaba, hasta que por fin, ante mi inenarrable asombro, vi en el fondo del abismo, un ancho camino nivelado, iluminado hasta donde alcanzaba la vista, por lo que me parecieron lámparas de gas artificial, colocadas a trechos regulares como en las anchas avenidas de una gran ciudad; oí, además, a distancia, como el zumbido de lo que parecían voces humanas. Me consta, naturalmente, que no trabajan mineros rivales en esta sección del país. ¿De quién podían ser tales voces? ¿Qué manos humanas pudieron nivelar el camino y alinear aquellas lámparas?

"La superstición corriente entre los mineros, según la cual los gnomos o espíritus malignos habitan en las entrañas de la tierra, empezó a apoderarse de mí. Temblé ante la idea de descender más y enfrentarme con los habitantes de aquel valle infernal. De todos modos no hubiera podido descender sin cuerdas; puesto que desde el punto en que me encontraba, las paredes del precipicio se ensanchaban en forma de bóveda, lo que hacía imposible todo descenso. Con alguna dificultad volví atrás. Ahora se lo he contado todo".

—“¿Volverá usted a descender?”

—“Debiera descender pero siento que no me atrevo.”

—“Un compañero de confianza divide por la mitad las dificultades del viaje y duplica el valor. Iré con usted. Nos proveeremos de sogas de resistencia y longitud adecuada y... permítame; pero no debe usted beber más esta noche. Nuestras manos y pies han de estar mañana firmes y seguros”.

CAPITULO II

A la mañana siguiente, los nervios de mí amigo se habían ya calmado y su curiosidad no estaba menos excitada que la mía. Quizás más; porque evidentemente creía en su propio relato, mientras que yo tenía bastantes dudas. No es que creyera que había faltado a sabiendas a la verdad; pero yo creía que se encontraba bajo una de esas alucinaciones que se apoderan de nuestra fantasía y de nuestros nervios en lugares solitarios y desacostumbrados en que damos forma a lo sin forma y sonidos al silencio.

Escogimos seis mineros veteranos para que vigilaran nuestro descenso. Como la jaula no podía contener más de uno a la vez, el ingeniero bajó el primero; cuando llegó al borde de la roca en que se había detenido el día anterior, salió de la jaula y ésta fue elevada para que yo descendiera a mi vez y muy pronto me encontré al lado de mi amigo. Nos habíamos provisto de una larga soga.



La luz atrajo mis ojos como le había ocurrido a mi amigo el día antes. La galería por la que avanzábamos descendía diagonalmente; me pareció luz atmosférica difusa, no como la del fuego, sino suave y plateada como la de una estrella nortea. Abandonando la jaula descendimos uno tras otro sin dificultad, gracias a las rocas salientes de los costados, hasta que llegamos al lugar en el que mi amigo tuvo que detenerse, la cual era una proyección bastante espaciosa como para que pudiésemos estar juntos. Desde este punto, el precipicio se ensanchaba bruscamente hacia abajo como un vasto embudo, y vi distintamente el valle, el camino y las lámparas que mi compañero había descrito. No habla exagerado nada. Oí los zumbidos que él había oído; indescriptible zumbido mezcla de voces y unos pasos apagados. Forzando mi vista, más abajo percibí claramente a distancia las líneas de lo que me imaginé edificio muy grande. No podía ser mera roca natural; era demasiado simétrico; se destacaban

inmensas columnas de estilo egipcio y todo él alumbrado como desde adentro. Llevaba conmigo un pequeño antejo de bolsillo y con la ayuda de éste pude distinguir cerca del edificio que menciono dos formas, al parecer humanas, aunque no estaba muy seguro. A lo menos eran seres vivos, porque se movían y ambos desaparecieron dentro del edificio. Procedimos a sujetar un extremo de la sogá, que habíamos traído, en la roca en que estábamos, con la ayuda de garfios y ganchos que también llevábamos junto con las herramientas necesarias.

Ejecutamos este trabajo casi en silencio. Trabajábamos como hombres que temieran hablarse. Después de sujetar un extremo de la sogá en la roca, atamos una piedra al otro extremo y la bajamos hasta que descansó en el suelo a una profundidad de unos 15 metros. Yo era más joven y más ágil que mi compañero y por haber servido en un barco en mi mocedad, el deslizamiento por la sogá me era más fácil que para él. En voz baja reclamé el derecho de preferencia, con el propósito de una vez en el suelo sostener la sogá, a fin de que, estando ésta más fija, pudiera él bajar mejor. Llegué sin novedad al suelo; inmediatamente el ingeniero empezó a bajar. Pero apenas había descendido unos cuatro metros, cuando los ganchos que creíamos muy seguros cedieron o más bien la roca misma se quebró a causa de la tensión y el desgraciado fue precipitado al fondo, cayendo a mis pies y arrastrando con él pedazos de roca, uno de los cuales, afortunadamente pequeño, me dio en la cabeza y me atontó por algún tiempo. Al recobrar mis sentidos, vi a mi compañero inanimado a mi lado; su vida completamente extinguida. Mientras estaba inclinado sobre el cadáver, lleno de dolor y horror, oí cerca de mí un extraño ruido, mezcla de ronquido y silbido y volviéndome instintivamente en la dirección de donde venía, vi surgir de una oscura grieta en la roca, una enorme y terrible cabeza con las fauces abiertas y ojos abotagados, lívidos y hambrientos. Era la cabeza de un monstruoso reptil, parecido al cocodrilo, pero infinitamente más grande que el mayor de aquella especie que jamás hubiera visto en mis viajes. Me levanté de un salto y corrí hacia el valle lo más de prisa que pude. Me detuve, al fin, avergonzado de mi pánico y de mi huída y volví al punto en que había quedado el cuerpo de mi amigo. Pero había desaparecido. Sin duda alguna, el monstruo lo había arrastrado a su guarida y devorado. La sogá y los ganchos yacían todavía donde habían caído; pero no me daban medio para volver atrás; fue imposible volverlos a enganchar en las rocas de arriba, y los lados de la roca eran demasiados lisos para que los pies humanos pudieran encontrar apoyo en ellos. Me encontraba solo en este mundo extraño en las entrañas de la tierra.

CAPITULO III

Lenta y cautelosamente me encaminé por el camino alumbrado hacia el gran edificio, que he mencionado antes. El camino mismo tenía el aspecto de un gran paso alpino, bordeando montañas rocosas de cuya cadena formaba parte la del precipicio por el que había

descendido. A gran profundidad a mi izquierda se divisaba un dilatado valle, que ofrecía a mis asombrados ojos la inconfundible evidencia del arte y de la cultura. Había campos cubiertos de una extraña vegetación que no se parecía a nada de lo que había visto en la superficie de la tierra; el color no era verde, sino más bien de un matiz rojo dorado pálido. Se veían lagos y arroyuelos, al parecer formados artificialmente; unos de agua pura; otros brillaban como estanques de nafta. A mi derecha se abrían hondonadas y desfiladeros entre las rocas con pasos entre ellos, evidentemente contruidos con arte y bordeados de árboles, parecidos en su mayor parte a gigantescos helechos de exquisitas variedades de suave follaje y tallos como los de las palmeras. Otros se parecían más a las cañas, pero más altos terminados en grandes grupos de flores; otros, en cambio, tenían la forma de enormes hongos con tallos cortos y gruesos, que soportaban un ancho techo a manera de cúpula, del cual se elevaban y caían largas y esbeltas ramas. La escena entera delante, detrás y a mis lados, hasta donde la vista podía alcanzar, brillaba a la luz de innumerables lámparas. El mundo sin un sol, brillante y tibio como un paisaje italiano a mediodía; pero el aire era menos opresivo y el calor más suave. La escena ante mí tampoco carecía de señales de habitación. Podía distinguir a distancia, en las márgenes de lagos o arroyuelos, o en las laderas medio cubiertas por la vegetación, edificios que seguramente servían de hogar a hombres. Pude hasta discernir, aunque muy lejos, formas que me parecieron humanas, moviéndose en medio del paisaje. En un momento que me detuve a mirar vi a mi derecha deslizarse rápidamente por el aire, lo que parecía ser una pequeña embarcación, impulsada por velas que más bien parecían alas. Se perdió pronto de vista al descender y ocultarse entre las sombras de una selva. Directamente encima de mí, no había cielo sino únicamente un techo cavernoso. Este techo se elevaba más y más con la distancia sobre los valles lejanos hasta que se hacía imperceptible. Una atmósfera nebulosa lo llenaba todo.

Continuando mi camino, vi que de un matorral, que se parecía a una gran maraña de algas marinas, mezcladas con helechos arborescentes y plantas de largas hojas de forma parecida a las del cactus, salía un curioso animal de tamaño y forma del ciervo. Después de dar algunos pasos, el animal dio vuelta y me miró curioso; entonces me di cuenta que no se parecía a ninguna de las especies de ciervos que hoy existen en la superficie de la tierra y traje a mi memoria instantáneamente una figura de yeso, que había visto en algún museo, de una variedad de venado que se decía había existido antes del diluvio. El animal parecía bastante manso; y después de observarme por unos momentos, empezó a pacer del singular yerbajo, sin cuidarse ni preocuparse de mí.

CAPITULO IV

Poco después, el entero edificio a que me he referido, estaba ante mi vista. Efectivamente, estaba construido por mano del hombre y parcialmente tallado en una gran roca. A primera vista, podía suponerse que el estilo del mismo pertenecía a la primitiva forma de arquitectura egipcia. En su frente tenía grandes columnas ahusadas sobre macizos plintos, cuyos capiteles, según vi al acercarme, eran más ornamentales y más

fantásticamente airoso de lo que la arquitectura egipcia permite. Así como el capitel corintio reproduce la hoja del acanto, así los capiteles de aquellas columnas imitaban el follaje de la vegetación que rodeaba el edificio, algo como el alce y el helecho.

Mientras hacía estas observaciones, salió de este edificio una forma humana... ¿era humana? Se detuvo en el ancho portal, miró alrededor, me vio y se aproximó. Llegó hasta pocos pasos de mí. A su vista y presencia, mis pies quedaron clavados en el suelo y se apoderó de mí indescriptible zozobra que me hizo temblar. Me recordó las imágenes simbólicas de genios o demonios que se ven en los vasos etruscos o se alinean en los muros de los sepulcros orientales; imágenes que reproducen el perfil del hombre, pero que son de otra raza. Era alto, no gigante; pero tan alto como el hombre que más se aproxime al gigante.

Su vestido principal, según me pareció, consistía de grandes alas plegadas sobre su pecho, que le llegaban a la rodilla; el resto de su vestimenta estaba compuesta de una túnica y polainas de material delgado fibroso. En la cabeza llevaba una especie de tiara cuyas joyas brillaban; y en su mano derecha llevaba una delgada varilla de metal brillante, parecido al acero pulimentado. Pero, ¡qué rostro! Este fue el que me inspiró inquietud y terror; era el rostro de un hombre, pero de un tipo distinto a nuestras razas conocidas. Lo que más se le aproxima es el perfil y la expresión de la esfinge, tan regular en su serenidad y belleza intelectual y misteriosa. El color era peculiar; más parecido a la variedad roja que a ninguna otra de nuestra especie; su tono era más rico y suave; los ojos eran grandes, negros, profundos y brillantes; las cejas arqueadas en semicírculo. El rostro era lampiño; pero tenía algo indecible en su aspecto, que a pesar de la expresión serena y la belleza de las facciones, despertaba el instinto de peligro que se siente a la vista de un tigre o de una serpiente. Sentí que aquella imagen varonil estaba dotada de fuerzas hostiles al hombre. Al ver que se acercaba sentí un sudor frío, caí de rodillas y me cubrí el rostro con las manos.

CAPITULO V

Una voz me habló con tono sereno, dulce y armonioso; en un lenguaje del que no pude entender ni una palabra; pero sirvió para disipar mi terror. Descubrí mi cara y levanté la vista. Aquel ser (no me atrevía a considerarlo hombre) me miraba con ojos que parecían leer en lo más hondo de mi corazón. Entonces, aplicó su mano izquierda sobre mi frente, y con la varilla que llevaba en la derecha tocó gentilmente mi hombro. El efecto de este doble contacto fue mágico.

En lugar de mi anterior miedo, experimenté una sensación de contento, de alegría, de confianza en mí mismo y en las cosas que me rodeaban. Me levanté y hablé en mi propia lengua. El desconocido me escuchó con aparente atención, pero había cierta expresión de sorpresa en sus miradas, y movió la cabeza como para dar a entender que no me comprendía. Después, me tomó de la mano y me condujo en silencio al edificio. La entrada era abierta, pues en realidad no había puerta alguna. Entramos en un inmenso hall, alumbrado por el mismo sistema que el exterior; pero se difundía por el aire un exquisito perfume. El pavimento era de mosaico, formado por bloques de metales preciosos, y en parte cubierto por una especie de esteras. Una suave melodía se dejaba oír por todos los ámbitos del hall, tan natural allí como el murmullo del agua, en un paisaje montañoso, o el gorjeo de los pájaros en las arboledas.

Una figura de traje similar aunque más sencillo que el de mi guía, estaba inmóvil cerca del dintel de la puerta. Mi guía lo tocó dos veces con su varilla, la figura se puso rápidamente en movimiento y se deslizó por el pavimento. Al fijarme, me di cuenta que no tenía vida, sino que era un autómata mecánico.

Haría dos minutos que había desaparecido, por una abertura sin puerta, medio cubierta por cortinas, situada al otro extremo del hall, cuando salió por la misma un muchacho de unos doce años, de facciones tan parecidas a las de mi guía, que me parecieron evidentemente padre e hijo. Al verme, el muchacho dio un grito y levantó en actitud amenazadora una varita parecida a la que llevaba mi conductor; pero a una palabra de éste la bajó.

Hablaron los dos durante unos momentos, examinándome mientras hablaban. El muchacho tocó mis vestidos y acarició mi rostro con evidente curiosidad, emitiendo un sonido como la risa; pero su hilaridad era más comedida que el regocijo expresado por nuestra risa. De pronto descendió una plataforma, construida como los ascensores de nuestros grandes hoteles y almacenes para subir a los pisos superiores.

Mi guía y el muchacho montaron en la plataforma y me indicaron hiciese lo mismo, como así hice. El ascenso fue rápido y seguro y nos encontramos en medio de un corredor con portales a cada lado. Por uno de éstos fui conducido a una habitación amueblada con esplendor oriental; las paredes estaban cubiertas de mosaicos, formados con espátos, metales y piedras preciosas sin tallar; abundaban los divanes y cojines; unas aberturas a modo de ventanas, que arrancaban del suelo, pero sin cristales, daban luz a la habitación y establecían comunicación con unas espaciosas terrazas que permitían contemplar el paisaje iluminado de los alrededores. En jaulas colgadas del techo, veíanse pájaros de extraña forma y de brillante plumaje, los que, a nuestra entrada, entonaron a coro un canto modulado al estilo de nuestros mirlos. Un delicioso perfume, procedente de pebeteros de oro, delicadamente esculpidos, llenaba el aposento.

Varios autómatas, parecidos al que antes había visto, permanecían de pie, mudos e inmóviles, apoyados en la pared. El desconocido me hizo sentar cerca de él en un diván y me habló de nuevo y también yo hablé; pero sin lograr entendernos uno a otro.

Empecé, entonces, a sentir más agudamente los efectos del golpe recibido al caerme encima los fragmentos de roca. Me vino como un desmayo, acompañado de punzantes y muy agudos dolores en la cabeza y en el cuello. Me dejé caer en el respaldo del asiento, haciendo vanos esfuerzos para ahogar un gemido. Al verme así, el muchacho, que hasta

entonces parecía mirarme con desconfianza y antipatía, se arrodilló a mi lado para sostenerme, tomó una de mis manos entre las suyas, acercó sus labios a mi frente y alentó suavemente sobre ésta. A los pocos momentos, el dolor había cesado; me sobrevino un dulce y tranquilo sopor y quedé dormido.

No sé cuanto tiempo permanecí en tal estado; sólo sé que, al despertar, me sentí perfectamente restablecido. Al abrir los ojos me vi rodeado de formas silenciosas, sentadas a mi alrededor con la gravedad y quietud de orientales; todas eran parecidas a la del primer individuo con quien me encontré; iguales alas les envolvían; vestían las mismas prendas, tenían los mismos rostros de esfinge, de ojos profundos y de color rojizo; sobre todo, era el mismo tipo de raza; tipo humano, pero de aspecto más robusto y de mejor presencia, la cual inspiraba un indecible sentimiento de terror. Sin embargo, el semblante era dulce y tranquilo y hasta bondadoso en su expresión. Por extraño que sea, me parecía que en esta misma calma y benignidad estaba el secreto del terror, que su presencia inspiraba. Sus rostros estaban exentos de las líneas y sombras, con que los cuidados y las tristezas marcan los rostros de los hombres; parecían más bien rostros de dioses esculpidos; algo así como aparece, a los ojos de un cristiano doliente, la serena frente de los muertos.

Sentí en mi hombro el contacto tibio de una mano; era la del muchacho. En sus ojos se reflejaban piedad y ternura; pero como la que concedemos a algún pájaro o mariposa que sufren. Me encogí ante tal contacto y ante tal mirada; me causaban la vaga impresión de que, aquel muchacho podía, si quisiera, matarme, con la misma facilidad que un hombre puede matar a un pájaro o a una mariposa. El muchacho pareció dolerse de mi repugnancia; se separó de mí y se retiró al lado de una de las ventanas. Los otros continuaban conversando en voz baja; por sus miradas hacia mí, me di cuenta de que yo era el objeto de su conversación. Uno de ellos, en particular, parecía empeñado en convencer, al que me había encontrado, sobre alguna proposición que me afectaba; el último, me pareció, por sus gestos, a punto de consentir, cuando, de pronto, el muchacho dejó su lugar cerca de la ventana y se interpuso entre los otros y yo, como para protegerme y habló con palabra viva y enérgica. Por intuición o instinto, me di cuenta de que el muchacho, a quien tanto temía antes, estaba abogando en mi favor. Aún no había terminado el muchacho de hablar, cuando otro desconocido entró en la habitación. Aparentemente era de mayor edad que los otros, aunque no era viejo. Su aspecto, menos sereno que el de los demás daba la sensación de humanidad más en consonancia con la mía. El recién llegado escuchó quietamente lo que le decían; primero mi guía, luego los del grupo y finalmente el muchacho; después se dirigió a mí, no con palabras, sino por signos y gestos. Creí entenderlo perfectamente y no me equivoqué. Comprendí que me preguntaba de dónde había venido. Extendí mi brazo y señalé hacia el camino que había seguido, desde el precipicio de rocas; entonces se me ocurrió una idea. Eché mano a mi libreta de notas y en una de las hojas hice un croquis del borde de la roca, de la soga y yo colgado de ella; luego delineé las rocas cavernosas de abajo, la cabeza del reptil y la forma sin vida de mi amigo. Di este jeroglífico a mi interrogador, quien, después de examinarlo gravemente, lo pasó a su vecino y así recorrió todo el grupo. Después de este examen, el primer ser, a quien yo había encontrado, dijo algunas palabras y el muchacho, quien se había acercado y mirado el croquis, movió la cabeza afirmativamente, dando a entender que comprendía lo que significaba. El muchacho se acercó a la ventana, abrió las alas, pegadas a su forma, las sacudió una o dos veces y se lanzó al espacio.

La sorpresa me hizo dar un salto y me precipité a la ventana. El chico estaba ya en el aire, sostenido por sus alas, las que no se movían como las de los pájaros; sino que se elevaban sobre su cabeza y parecían sostenerlo en las alturas, sin esfuerzo de su parte. El

niño volaba con la rapidez del águila; observé que llevaba la dirección de la roca, en que yo había descendido, cuyos perfiles alcanzaban a divisarse a través de la brillante atmósfera. A los pocos minutos, volvía penetrando por la misma abertura, por la que había salido, dejando en el suelo la sogas y los ganchos, que yo había abandonado al descender por el precipicio.

Entre los presentes se cruzaron algunas palabras; uno del grupo tocó a uno de los autómatas, el cual avanzó y se deslizó fuera de la habitación. Luego, el último, que había entrado me tomó de la mano y me condujo al corredor. Allí nos esperaba la plataforma en que habíamos subido; montamos en ella y descendimos hasta el hall. Mi nuevo compañero, siempre tomándome de la mano, me condujo del edificio a la calle (por decirlo así) que se extendía enfrente, bordeada en cada lado por edificios separados entre sí por jardines, cubiertos de brillante vegetación de colores vivos y extrañas flores. En medio de esos jardines (los cuales estaban separados por paredes bajas) o caminando por la calle, se veían muchas formas similares a las que había visto. Algunos de los transeúntes, al verme, se acercaron a mi guía; por su tono, sus miradas y gestos, evidentemente le preguntaban por mí. En pocos momentos se juntó una multitud a nuestro alrededor, que me examinaba con gran interés, como si se tratara de algún raro animal salvaje. No obstante, al satisfacer su curiosidad, mantuvieron una actitud cortés y grave y después de breves palabras de mi guía, quien me pareció que se quejaba de la obstrucción de la calle, se alejaron haciendo una solemne inclinación de cabeza y siguieron su camino, con tranquila indiferencia.

Habíamos recorrido la mitad de la calle, cuando nos detuvimos ante un edificio diferente de los que habíamos pasado hasta entonces; formaba los tres costados de un vasto patio; en los ángulos del mismo, se elevaban altas torres de forma piramidal; en el espacio abierto entre los costados, había una fuente circular de dimensiones colosales; de la cual brotaba un chorro de agua que luego descendía, en forma de lluvia deslumbrante, que a mí me pareció de fuego. Penetramos en el edificio por uno de los portales y nos encontramos en una enorme sala; en ella se veían grupos de niños, al parecer, ocupados en trabajo, como el de alguna gran fábrica. En una de las paredes, había una enorme máquina en pleno funcionamiento, con ruedas y cilindros, parecida a nuestras máquinas de vapor; con la diferencia de que estaba ricamente ornamentada con piedras y metales preciosos y emitía resplandor pálido y fosforescente de luz cambiante. Algunos de los muchachos trabajaban en algo misterioso en aquella maquinaria; otros estaban sentados ante mesas. No se me permitió detenerme bastante tiempo como para examinar en qué trabajaban. No se dejaba oír ni una sola voz de aquellos niños; ni una sola cabeza se volvió para mirarnos. Estaban quietos e indiferentes como fantasmas, entre los cuales pasan inadvertidas las formas vivientes.

Saliendo de esta sala, mi guía me llevó por una galería, ricamente pintada en recuadros, con una exótica mezcla de oro en los colores, como los cuadros de Luis Cranach. Los temas descriptos en aquellas paredes se me antojaron episodios de la raza, en medio de la cual había caído. En todos los cuadros había figuras, la mayoría como las criaturas de parecido humano como las que había visto; pero no todas con la misma vestimenta, ni todas con alas. Había también representaciones de varios animales y pájaros, completamente desconocidos para mí; los fondos reproducían paisajes y edificios. Hasta donde mis escasos conocimientos de arte pictórico me permiten opinar, aquellas pinturas me parecieron exactas en diseño, de excelente colorido y demostraban un conocimiento perfecto de la perspectiva; pero los detalles no se ajustaban en manera alguna a las reglas de composición aceptadas por nuestros artistas; pues les faltaba, por así decirlo, un centro; de manera que el efecto era

vago, diseminado, confuso, desconcertante; eran como fragmentos heterogéneos de un sueño de artista.

Llegamos a una sala de dimensiones moderadas, en la que estaba reunida la que, después supe, era la familia de mi guía. Se hallaban sentados alrededor de una mesa como para almorzar. Las formas allí agrupadas eran: la esposa de mi guía, la hija y dos hijos. De inmediato reconocí la diferencia entre los dos sexos. Observé que las mujeres eran más altas y de mayores proporciones que los hombres y de líneas de contornos todavía más simétrico; pero carecían de la suavidad y expresión tímida, que dan encanto al rostro de nuestras mujeres sobre la tierra. La esposa no llevaba alas; las de la hija eran más largas que las de los hombres.

Mi guía dijo unas pocas palabras; al oírlas, las personas sentadas se levantaron y con la peculiar dulzura de su mirada y maneras, que había observado antes y que, en verdad, era característica común de aquella formidable raza, me saludaron a su manera; la cual consiste en llevarse la mano derecha gentilmente a la cabeza y emitir un monosílabo sibilante: *ssssi...*, cuyo significado es: ¡Bienvenido!

La dueña de casa me indicó un asiento a su lado y me sirvió, en un plato de oro, viandas de una de las fuentes. Al probarlas, no obstante ser viandas desconocidas para mí, quedé maravillado, más de la delicadeza y exquisitez del sabor de las mismas, que de su raro aroma. Mis compañeros, entretanto conversaban quietamente entre sí; por lo que pude ver, evitaban cortésmente toda referencia directa a mí y todo escrutinio de mi apariencia. No obstante, yo era la primera criatura, de la variedad de la raza humana, a que pertenezco, que ellos habían visto; por lo tanto, me consideraban como el fenómeno más curioso y anormal.

Toda rudeza es desconocida para aquella gente; a los niños, desde su primera infancia, se les enseña a desdeñar toda demostración emotiva vehemente.

Terminada la comida, mi guía me tomó nuevamente de la mano y volviendo a la galería, tocó una plancha metálica, cubierta de extraños caracteres; la cual conjeturé sería algo así como nuestro telégrafo. Descendió una plataforma; pero, esta vez, ascendimos a mayor altura que en el edificio anterior y nos encontramos en una sala de regulares dimensiones, cuyo aspecto general tenía mucho que sugería asociaciones con un visitante del mundo superior. Adosados a las paredes había anaqueles, llenos de lo que parecía ser libros; en efecto así era; la mayoría muy pequeños, como volúmenes en miniatura, todos encuadernados en hojas delgadas de metal. Distribuidos por la sala, había varios mecanismos muy curiosos, que me parecieron modelos, como los que se encuentran en el laboratorio de cualquier mecánico profesional. En cada ángulo de la sala había parado, inmóvil como fantasma, un autómata (dispositivo mecánico, del cual se valía aquella gente para todas las labores domésticas). En una alcoba había una cama baja o diván con almohadones. Una ventana, con las cortinas de material fibroso corridas, se abría sobre una gran terraza. Mi guía salió a ella y yo le seguí. Nos encontrábamos en el piso más alto de una de las pirámides angulares; la vista, que desde allí se dominaba, era de belleza imponente y salvaje, imposible de describir. Las vastas cordilleras de rocas cortadas a pico, que formaban el fondo lejano del paisaje; los valles intermedios, cubiertos de plantas multicolores; los destellos de las aguas, muchas de cuyas corrientes parecían de llamas rosas; la serena luz difusa que lo iluminaba todo, procedente de miríadas de lámparas, se combinaban en un conjunto que no tengo palabras con que describirlo; tan espléndido era, sin embargo, tan sombrío; tan atrayente y, a la vez, tan terrible.

Pocos momentos después, me vi interrumpido en la contemplación de tan extraños paisajes. De pronto, se difundió por el espacio una alegre música, que parecía proceder de la calle; luego apareció por los aires una forma alada; luego otra, como en persecución de la primera; luego otras y otras, hasta que me fue imposible contarlas, tan numerosa y compacta era la muchedumbre que batía el espacio. Pero, ¿cómo describir la gracia fantástica de aquellas formas y de sus ondulantes movimientos? Parecían dedicados a algún deporte o entretenimiento; unas veces se reunían en escuadrones opuestos; otras se diseminaban; un grupo siguiendo al otro, remontándose, descendiendo, entremezclándose, separándose; todos los movimientos a compás de la música de abajo, como en las danzas de las Peris de la fábula.

Volví mis ojos a mi huésped con asombro febril; me atreví a tocar, con mi mano, las largas alas, plegadas sobre su pecho; al contacto, sentí como una descarga eléctrica. Me encogí temeroso; pero mi huésped sonrió y, como si quisiera cortésmente satisfacer mi curiosidad, extendió despacio sus brazos. Noté que su indumentaria, debajo de las alas, se dilataba como una vejiga que se llena de aire. Los brazos parecían deslizarse dentro de las alas; un momento después se había lanzado al espacio luminoso, quedando suspendido allí con las alas extendidas, como águila tendida al sol. Luego, cual águila que se precipita, se lanzó hacia abajo, al medio de uno de los grupos y, después de saltar de un lado a otro, se elevó de nuevo. Tras de él, se desprendieron de los demás tres formas, en una de las cuales me pareció reconocer a la hija de mi guía, siguiéndole, como los pájaros siguen uno tras de otro. Mis ojos, deslumbrados por las luces y asombrados por la multitud, dejaron de ver los giros y evoluciones de esos jugadores alados; hasta que mi huésped salió de entre aquella multitud y aterrizó a mi lado.

Lo maravilloso de todo aquello, jamás visto por mí, empezó a afectar fuertemente mis sentidos; mi mente misma empezó a desvariar.

Aunque no soy supersticioso, ni jamás había creído, hasta entonces, que el hombre pudiera ponerse en contacto corporal con los demonios, sentí el terror y la horrible excitación que, en la Edad Media, hubiera sentido un viajero en presencia de un aquelarre de brujas y trasgos. Tengo el vago recuerdo de que traté de rechazar, con vehementes gesticulaciones y fórmulas de exorcismo, a mi cortés e indulgente huésped; quien con amables esfuerzos trataba de calmarme y quietarme; pues acertadamente comprendió que mi terror y agitación eran ocasionados por la diferencia de forma y movimiento, los cuales habían excitado mi maravillosa curiosidad y que el espectáculo había excitado todavía más. Me parece recordar su gentil sonrisa cuando, para calmar mi alarma, dejó caer las alas al suelo, con la idea de demostrarme que sólo eran un dispositivo mecánico. La repentina transformación no hizo más que aumentar mi horror; presa del paroxismo extremo, que se manifiesta en supremo atrevimiento, me lancé a su cuello como fiera salvaje. Al instante caí al suelo como tocado por una descarga eléctrica; las confusas imágenes que flotaron ante mi vista, hasta que quedé insensible, fueron, la forma de mi huésped, arrodillado a mi lado, con una de sus manos en mi frente y el hermoso y sereno rostro de su hija, con sus grandes ojos inescrutables, clavados fijamente en los míos.

CAPITULO VI

Según supe después, Permanecí en aquel estado durante muchos días, mejor dicho semanas, según nosotros computamos el tiempo. Al volver en mí me encontré en un cuarto desconocido y mi huésped y toda la familia me rodeaban. Con indecible sorpresa para mí, la hija de mi huésped me habló en mi propio idioma, con sólo un ligero acento extranjero.

—¿Cómo se encuentra usted? —preguntó.

Pasaron algunos momentos antes de que pudiese sobreponerme a mi sorpresa, lo suficiente para balbucear: “¿Usted conoce mi idioma? ¿Cómo? ¿Quién y qué es usted?”

Mi huésped sonrió e hizo una señal a uno de sus hijos, quien tomó de sobre la mesa varias delgadas hojas metálicas y me las mostró. En ellas había trazadas diversas figuras: una casa, un árbol, un pájaro, un hombre, etc.

En aquellos dibujos reconocí mi propio estilo. Bajo cada figura había escrito el nombre en mi idioma y escritura, y, debajo, con otra escritura, una palabra para mí desconocida.

Me dijo mi huésped: "Así hemos empezado; mi hija *Zee*, que pertenece al Colegio de Sabios, ha sido su institutriz y la nuestra también."



Zee entonces puso ante mí otras hojas de metal en las que había escritas con mi escritura, primero palabras y después frases. Bajo cada palabra y cada frase había extraños caracteres de otra mano. Concentrando mis sentidos comprendí que de aquella manera habían formado un rudo diccionario. ¿Lo hicieron mientras yo soñaba? "Eso basta, por hoy", dijo *Zee* con tono imperativo. "Descanse y tome alimento."

CAPITULO VII

Se me asignó una habitación en aquel vasto edificio. Estaba bella y fantásticamente dispuesta; pero sin la esplendorosa obra de metal y piedras preciosas que había en los salones públicos. Las paredes estaban, cubiertas con variedad de colgaduras hechas de tallos y fibras de plantas y el pavimento estaba cubierto por alfombras del mismo material.

La cama carecía de cortinas, los soportes de hierro descansaban sobre bolas de cristal; la ropa de cama era de un material delgado blanco parecido al algodón. Había además diversos estantes y repisas conteniendo libros. En un compartimiento cubierto con una cortina había una pajarera llena de aves canoras, entre las cuales no pude reconocer ninguna que se pareciera a las vistas en nuestra tierra, excepto una hermosa variedad de paloma, aunque se distinguía de las nuestras por una alta cresta de plumas azuladas. Todas estas aves habían sido amaestradas para que cantaran en artístico tono que excedía grandemente al de nuestros mirlos, los cuales rara vez pueden cantar en concierto. Uno se creía transportado a la ópera, al escuchar las voces de mi pajarera. Había dúos, tríos, cuartetos y coros, todo combinado como en una partitura. ¿Quería yo hacer callar a mis pájaros? No tenía más que correr la cortina y su canto cesaba al quedar en la oscuridad.

Otra abertura formaba la ventana, sin vidrios; pero tocando un resorte ascendía del suelo una especie de persiana, hecha de una sustancia menos transparente que el vidrio, pero lo bastante traslúcido para permitir una vista amortiguada del exterior. El ventanal daba salida a una amplia terraza; mejor dicho, un jardín colgante, en el que crecían esbeltas plantas de brillantes flores. La habitación y sus enseres tenían así un carácter que aunque extraño en detalle, era familiar en conjunto a la moderna noción de lujo y hubiera causado admiración de haberse encontrado en alguna casa aristocrática inglesa o del autor francés de moda. Antes de mi llegada, esta era la habitación de *Zee*, quien hospitalaria la había cedido para mí.

Algunas horas después de haber despertado, según expliqué en el capítulo precedente, me encontraba tendido en mi cama tratando de coordinar mis ideas y haciendo conjeturas acerca de la naturaleza y género de la gente entre la que me encontraba, cuando mi huésped y su hija *Zee* entraron. Mi huésped hablando en mi idioma nativo, me preguntó con mucha cortesía si me sería agradable conversar o prefería estar solo. Le contesté que me consideraba muy honrado y agradecía la oportunidad que me proporcionaba para expresarle mi gratitud por la hospitalidad y atenciones de que se me hacía objeto en un país en el que yo era un extraño, como también para aprender algo de sus costumbres y maneras a fin de no ofender a causa de mi ignorancia.

Al hablar, me levanté naturalmente de la cama; pero *Zee*, con gran confusión de mi parte, me ordenó que me tendiera de nuevo; percibí algo en su voz y mirada gentil que me impuso obediencia. Ella se sentó sin ceremonia al pie de mi cama mientras su padre se acomodaba en un diván a pocos pasos de nosotros.

"¿Pero de qué parte del mundo viene usted", me preguntó el padre, "que aparezcamos tan extraños a usted y usted a nosotros?" He visto tipos individuales de casi todas las razas, diferentes de la nuestra, excepto las más primitivas que habitan en remotos rincones sin cultivar. Estas no conocen otra luz que la que emana de fuegos volcánicos y se contentan con vivir casi a oscuras como muchos seres que se arrastran, gatean y hasta vuelan. Pero usted ciertamente no puede pertenecer a esas tribus bárbaras; aunque por otra parte no parece que pertenezca ningún pueblo civilizado".

Me lastimó un poco su última observación y le repliqué que tenía el honor de pertenecer a una nación considerada una de las más civilizadas de la tierra y que en cuanto se refería a la luz, aunque admiraba la ingenuidad y esplendidez con que mi huésped y sus conciudadanos habían conseguido iluminar las regiones en que la luz del sol no podía penetrar, no alcanzaba yo a concebir que quien había contemplado los cuerpos celestes pudiera comparar su brillo con las luces artificiales, inventadas por las necesidades del hombre. Pero mi interlocutor insistió en que había visto tipos de casi todas las razas diferentes de la suya, salvo los atrasados bárbaros que había mencionado. Ahora bien, ¿era posible que jamás hubiera estado en la superficie de la tierra y se refiriese únicamente a comunidades enterradas en las entrañas de la misma?

Mi huésped guardó unos momentos de silencio. Su semblante expresó alguna sorpresa, cosa que rara vez manifiestan los de su raza bajo ninguna circunstancia por extraordinaria que sea. Pero *Zee* era más inteligente y exclamó: "Ve usted, padre mío, como es verdad la antigua tradición. Hay siempre algo de verdad en toda tradición comúnmente mantenida en todo tiempo por todas las tribus."

"Zee", dijo mi huésped dulcemente, "tú perteneces al Colegio de Sabios y debes ser más inteligente que yo; pero como Jefe del Consejo Conservador de la Luz, mi deber es no dar nada por admitido hasta que lo compruebe con la evidencia de mis propios sentidos." En esto volviéndose hacia mí, me hizo preguntas acerca de la superficie de la tierra y de los cuerpos celestiales; a las que contesté lo mejor que mis conocimientos me permitieron; pero mis contestaciones no parecían satisfacerle ni convencerle. Movi6 la cabeza en silencio y cambiando el tema casi bruscamente, me pregunt6 c6mo hab6a bajado y pasado de un mundo a otro.

Le expliqu6 que bajo la superficie de la tierra hab6a minas que conten6an minerales, o metales, esenciales para satisfacer nuestras necesidades y para el progreso de nuestras industrias y artes; luego le expliqu6 brevemente la manera como explorando una de estas minas, mi desgraciado amigo y yo hab6amos vislumbrado algo de las regiones a las que hab6amos descendido y c6mo al bajar mi amigo hab6a perdido la vida. Mencion6 la sog a y los garfios que el muchacho hab6a tra6ido a la casa en la que fui primeramente recibido, en testimonio de la verdad de cuanto hab6a relatado.

Mi huésped continu6 haciéndome preguntas sobre las costumbres y manera de vivir de las razas que habitan la superficie de la tierra; especialmente las consideradas m6s avanzadas. El defin6a la civilizaci6n como el "arte de difundir en una comunidad la serena felicidad que corresponde a un hogar virtuoso y bien ordenado". Naturalmente procur6 presentar al mundo, del que ven6a, con los m6s favorables colores y me refer6 ligera, aunque indulgentemente, a las anticuadas instituciones europeas, con idea de contrastarlas con la presente grandeza y futuro predominio de la gloriosa Rep6blica norteamericana a la cual Europa envidiosamente trata de emular presintiendo su ruina.

Como ejemplo de la vida social de los Estados Unidos, escog6 la ciudad en la cual el progreso avanza con la mayor rapidez y me entretuve en una animada descripci6n de las costumbres de Nueva York. Me sent6 mortificado al ver en los rostros de mis oyentes que no les causaba la favorable impresi6n que yo esperaba, y elev6 mi tema, tratando de las excelencias de las instituciones democr6ticas, como promotoras de sereno bienestar, por mediaci6n del partido que gobierna, y la manera como tal bienestar se difunde por toda la comunidad, la cual elige para el ejercicio del poder a los ciudadanos m6s probos, de mayor cultura y buen car6cter.

Afortunadamente record6 en aquellos momentos la peroraci6n, sobre los efectos purificadores de la democracia americana, destinada a difundirse por todo el mundo, de cierto elocuente orador (por cuyo voto la compa6a ferroviaria a la cual dos de mis hermanos pertenec6an, acababa de pagar 20.000 d6lares), termin6 repitiendo las entusiastas predicciones sobre porvenir magn6fico que la humanidad ten6a ante s6, una vez que la bandera de la libertad ondeara en todo el continente y que doscientos millones de ciudadanos inteligentes, acostumbrados desde su infancia a la diaria manipulaci6n de los rev6lveres, aplicara a un universo acobardado la doctrina del patriota Monroe.

Al concluir, mi huésped movi6 ligeramente su cabeza y adopt6 una actitud meditativa, haci6ndonos una se6al a su hija y a m6 para que call6ramos mientras 6l reflexionaba. Despu6s de un rato, dijo con tono serio y solemne: "Si usted cree, como dice, que aunque extranjero ha recibido atenciones de mi parte y de los m6os, le recomiendo que nada revele a

los demás respecto al mundo de donde usted viene, a no ser que yo le dé permiso para ello. ¿Consiente usted en lo que le pido?"

"Ciertamente, le doy mi palabra", dije algo sorprendido y tendí mi mano para tornar la suya; pero él colocó mi mano suavemente en su frente y su mano derecha en mi pecho, que es la costumbre de esta raza para sellar todas las promesas u obligaciones verbales. Entonces volviéndose a su hija, le dijo: "Y tú, *Zee*, no repetirás nada de lo que el extranjero ha dicho, o diga, de otro mundo que no sea el nuestro." *Zee* se levantó y, besando a su padre en las sienes, dijo con una sonrisa: "La lengua de una *Gy* es suelta, pero el amor la sujeta fuertemente. Pero, padre mío, si temes por un momento que una palabra mía o tuya puede poner en peligro a nuestra comunidad a causa del deseo de explorar el mundo más allá, ¿no bastaría una oleada de *Vril*, adecuadamente dirigida, para borrar de nuestro cerebro hasta el recuerdo de lo que hemos oído decir al extranjero?"

"¿Qué es *Vril*?", pregunté.

A esta pregunta, *Zee* entró en explicaciones, de las que entendí muy poco; porque no existe palabra alguna en ningún idioma, de los que yo conozco, que sea sinónimo exacto de la palabra *Vril*. La llamaré electricidad; pero abarca en sus múltiples ramificaciones otras fuerzas de la naturaleza, a las cuales en nuestra nomenclatura científica se da otros nombres, tales como: magnetismo, galvanismo, etc. Aquella gente creía que en el *Vril* habían alcanzado a la unidad de las energías naturales, conjeturada por muchos de nuestros filósofos y de la que Faraday habla, bajo el más cauteloso término de correlación:

"Por largo tiempo he mantenido la opinión", dice el ilustre experimentador, "que casi es una convicción, en común, según creo, con muchos otros amantes de los conocimientos naturales, que las varias formas, bajo las cuales se manifiestan las fuerzas de la materia, tienen un origen común; o, en otras palabras, están tan directamente relacionadas y en mutua dependencia que son convertibles, por así decirlo, una en otra y poseen equivalencias de poder en su acción".

Estos filósofos subterráneos afirman que, mediante una operación del *Vril*, al que Faraday quizás llamaría: "magnetismo atmosférico", pueden ellos influenciar las variaciones de temperatura; en otras palabras, el clima; que con otras operaciones, por el estilo de las atribuidas al mesmerismo, fuerzas electro-biológicas, fuerza óptica, etc., pero aplicadas científicamente mediante conductores de *Vril*, pueden influenciar nuestras mentes y los cuerpos animales y vegetales, a un grado no sobrepujado por los relatos de nuestros místicos. A la combinación de todos estos agentes le dan el nombre común de *Vril*.

CAPITULO VIII

Durante largo rato estuvimos *Zee* y yo conversando sobre las propiedades de la fuerza "*Vril*", tratando *Zee* de hacerme comprender la enorme influencia que tal fuerza había tenido en el desenvolvimiento tan notable de aquella raza.

Zee me preguntó si en el mundo, de donde yo venía, no se sabía que las facultades mentales pueden ser agudizadas a un grado desconocido en estado de vigilia, de trance y telepatía, en los cuales los pensamientos de un cerebro pueden ser transmitidos a otro y de esta manera establecer un intercambio rápido de conocimientos. Repliqué que se hablaba entre nosotros de tales casos de trance y telepatía; que yo mismo había oído mucho sobre ello y había presenciado algo del modo de proceder al provocarlos artificialmente en experimentos de clarividencia mesmérica; añadí que tales prácticas habían caído en desuso y descrédito a causa, en parte, de los torpes engaños que en ellas se cometían y, en parte, debido a que, aun en casos en que los efectos sobre ciertos sujetos de constitución anormal eran genuinos, tales efectos, examinados y analizados seriamente resultaban decepcionantes y no se podía tener confianza en ellos como verdad sistemática o para fines prácticos. En cambio, resultaban perjudiciales para las personas crédulas por las supersticiones a que daban origen.

Zee escuchó mis argumentos con muy benévola atención y dijo que casos similares de abuso y credulidad había ella comprobado en su experiencia científica en los preliminares de tales conocimientos y mientras las propiedades del *Vril* fueron mal comprendidas; pero se

reservó dar mayores explicaciones sobre el tema para cuando estuviera yo mejor preparado para emprender tal estudio. Se contentó con añadir que, precisamente, valiéndose del *Vril* mientras me encontraba en estado de trance, había yo aprendido los rudimentos de su idioma; y que ella y su padre, los únicos de la familia que habían tomado parte en el experimento, habían adquirido un conocimiento de mi idioma mucho mayor que lo que había yo aprendido del suyo, debido en parte a que mi idioma era más sencillo que el suyo, pues contenía ideas mucho menos complejas, y en parte porque el organismo de su raza era, en razón de cultura hereditaria, mucho más dúctil y mucho más capaz que el mío de adquirir conocimientos. Esto no pude admitirlo, aunque no lo di a entender. Habiendo tenido que aguzar mi inteligencia en el curso de mi activa vida en mi país y en mis viajes, no podía aceptar que mi constitución cerebral fuese menos viva que la de gentes que habían vivido siempre bajo luz artificial. Pero mientras mi mente desenvolvía tales pensamientos, *Zee* tranquilamente dirigió su dedo índice a mi frente y me hizo dormir.

Al despertar de nuevo, vi al lado de mi cama al muchacho que había traído los ganchos y la soga a la casa en la que fui primeramente recibido; la cual según supe después, era la residencia del magistrado jefe de la tribu. El muchacho cuyo nombre era *Taë* era el hijo mayor del magistrado. Descubrí que durante mi último sueño o trance había yo hecho grandes progresos en el aprendizaje del idioma del país y que podía conversar con relativa facilidad y soltura.



Este muchacho era singularmente bello, aun teniendo en cuenta la belleza de la raza a la que pertenecía. De semblante muy varonil para su edad, poseía una expresión más vivaz y enérgica que la serena y desapasionada de los hombres que hasta entonces había visto. Me trajo la tableta en la que yo había dibujado mi descenso y la cabeza del horrible reptil que

me había aterrorizado, haciendo que me alejara del cadáver de mi amigo. Señalando a esta parte del dibujo, *Taë* me hizo algunas preguntas con respecto al tamaño y forma del monstruo, así como de la cueva o el precipicio de donde había salido. Su interés en mis contestaciones parecía tan absorbente que le hizo olvidar su curiosidad con respecto a mí o mis antecedentes. Pero con extraordinaria confusión de mi parte, a causa de lo que había prometido a mi huésped, había empezado a hacerme preguntas sobre el mundo del que había yo venido. Afortunadamente, entró *Zee*, quien al oírlo, dijo: "*Taë*, da a nuestro huésped cuantos informes desees, pero no se los pidas tú en cambio". "Preguntarle quién es, de dónde viene, o por qué está aquí sería quebrantar la ley que mi padre ha dictado para esta casa".

"Así sea", dijo apoyando su mano sobre su corazón: desde aquel momento hasta que lo vi por última vez, aquel muchacho, con quien trabé gran intimidad, ni una sola vez me hizo ninguna de las preguntas que le habían sido prohibidas.

CAPITULO IX

Pasó algún tiempo antes de que, por repetidos trances, si se pueden llamar así, mi mente quedara debidamente preparada para cambiar ideas con mis huéspedes y fuera más capaz de darme cuenta de sus diferentes usos y costumbres. Hasta entonces eran demasiado extrañas y nuevas en mi experiencia para que mi razón las pudiera comprender y fuera capaz de coordinar los detalles del origen e historia de esta población subterránea, la cual formaba parte de una gran raza familiar llamada *Ana*.

Según las primitivas tradiciones, los progenitores más remotos de la raza habitaron en un mundo en la superficie de la tierra, sobre el mismo lugar que los descendientes entonces habitaban. Se conservaban todavía en sus archivos mitos de aquel mundo y con los mitos, leyendas, según las cuales en la bóveda de aquel mundo había luminarias que ninguna mano humana encendía. Pero tales leyendas eran consideradas por algunos comentadores como fábulas alegóricas. Según las mismas tradiciones, la tierra misma, en la época a que la tradición alcanzaba, ya no estaba realmente en su infancia, sino abocada y en los dolores de una transición de una forma a otra; sujeta a muchos y violentos cataclismos de la naturaleza.

En uno de tales cataclismos, la porción de la superficie habitada por los antepasados de esta raza sufrió inundaciones, no repentinas, sino graduales e incontrolables en las que fueron sumergidos y perecieron todos, salvo un pequeño número. No me atrevo a conjeturar, si este relato se refiere a nuestro histórico y sagrado diluvio o a alguno anterior supuesto por los geólogos; aunque comparando la cronología de aquel pueblo con la de Newton, tal diluvio debió haber ocurrido muchos miles de años antes de la época de Noé. Por otra parte, los relatos de los escritores no van de acuerdo con las opiniones más en boga entre los entendidos en geología, por cuanto aquellos sitúan la existencia de una raza humana sobre la tierra en épocas muy anteriores a la asignada a la formación terrestre, adecuada para la introducción de los mamíferos. Un grupo de la desdichada raza, invadida por la inundación, se refugió huyendo de ella en cavernas entre las más altas rocas y vagando por hondonadas cada vez más profundas perdieron de vista para siempre el mundo superior. En efecto, la

entera faz de la tierra había cambiado en aquel grave cataclismo; el mar se había convertido en tierra firme y ésta en mar. En las entrañas de la tierra, aun en la época de mi relato, según me aseguraron, se encontraban restos de habitaciones humanas; no en chozas y cavernas, sino en vastas ciudades cuyas ruinas atestiguan la civilización de las razas que florecieron antes de la época de Noé, las que se han de confundir con las generaciones a las cuales la filosofía atribuye el empleo del pedernal y el desconocimiento del hierro.

Los fugitivos llevaron con ellos el conocimiento de las artes que habían practicado sobre tierra; artes de cultura y civilización. Su primera necesidad debió ser la manera de proporcionarse bajo tierra la luz que habían perdido arriba. Al parecer nunca, ni en sus primeros tiempos, la raza a que pertenecía la tribu con la que yo vivía, había ignorado el arte de obtener luz de gases, manganeso o petróleo. Estaban acostumbrados en su estado anterior a luchar con las rudas fuerzas de la naturaleza. En efecto, la continuada batalla con su conquistador, el océano, que había tardado siglos en extenderse, había aguzado su ingenio para encauzar las aguas en diques y canales. A esta habilidad debían su conservación en la nueva residencia. "Durante muchas generaciones" —me decía mi huésped, con una especie de menosprecio mezclado con horror— "nuestros primitivos antepasados tuvieron, según se dice, que degradar su rango y acortar sus vidas comiendo carne de animales, muchos de los cuales, como ellos mismos, escaparon del diluvio y se guarecieron en las cavernas de la tierra. Otros animales que se supone eran desconocidos en el mundo de arriba, habitaban estas mismas cavernas."

Cuando lo que podríamos llamar la época histórica emergió del crepúsculo de la tradición, la raza *Ana* se había ya establecido en diferentes comunidades y había alcanzado un grado de civilización muy análogo al que hoy disfrutaban las naciones más avanzadas de sobre la tierra. Conocían la mayoría de nuestros inventos mecánicos, incluso la aplicación del vapor y del gas. Las comunidades mantenían fiera competencia entre ellas: tenían sus ricos y sus pobres; sus oradores y conquistadores y guerreaban sea por un dominio o por una idea. Aunque diversos estados reconocían varias formas de gobierno, empezaban a preponderar las instituciones liberales; el poder e influencia de las asambleas populares crecía; las repúblicas pronto se generalizaron; la democracia, a la que los políticos europeos más inteligentes aspiran como meta final del progreso político. Este sistema aún prevalecía en la época de mi relato en algunas razas subterráneas, consideradas con desprecio como bárbaras, por la más avanzada comunidad de los *Ana* (a la que pertenecía la familia con la cual yo vivía) pero se la consideraba como uno de los más crudos e ignorantes experimentos de la infancia de la ciencia política. Era la época del odio y de la envidia, de fieras pasiones, de cambios sociales constantes, más o menos violentos, de lucha de clases, de guerra entre estado y estado. Esta fase de la sociedad no obstante, duró algunas edades y terminó finalmente, a lo menos entre las poblaciones más nobles y más intelectuales, gracias al gradual descubrimiento de las potencias latentes, almacenadas en el omnicompenetrante fluido que ellos denominaron *Vril*.

Según las explicaciones que me daba *Zee*, la cual como erudita profesora del Colegio de Sabios, había estudiado tales cuestiones mas diligentemente que los demás miembros de la familia de mi huésped, tal fluido es susceptible de ser obtenido de toda clase de materia, animada o inanimada, y convertido en un poderoso agente. Puede destruir como el rayo; en cambio, aplicado diferentemente, puede restablecer y vigorizar la vida, curar y preservar. Se valen del mismo para curar las enfermedades o, mejor dicho, para ayudar al organismo físico a restablecer el equilibrio de sus poderes naturales y, por consiguiente, a curarse por sí mismo. Por medio del mismo agente atraviesan las sustancias más sólidas y abren valles al

cultivo a través de las formaciones rocosas de su subterránea inmensidad. Del mismo extraen la luz que les proporcionan sus lámparas, la que es más fija, suave y saludable que la obtenida de las sustancias inflamables que utilizaban antiguamente.

Pero los efectos de este descubrimiento de los medios para dirigir la fuerza terrible de *Vril* se dejaron sentir más particularmente en las relaciones político-sociales. A medida que tales efectos fueron conocidos y hábilmente dirigidos, la guerra entre los conocedores de *Vril* cesó; por la sencilla razón de que desarrollaron el arte de destrucción a tal grado de perfeccionamiento que anularon toda superioridad en número, disciplina y estrategia militar. El fuego, concentrado en el hueco de una varilla manejada por la mano de un niño, era capaz de abatir la más resistente fortaleza y abrir su camino incendiario desde la vanguardia a la retaguardia de los ejércitos. Si un ejército se enfrentaba con otro y ambos dominaban tal agente no podía ocurrir otra cosa que la aniquilación mutua. Por tanto, los días de guerra habían pasado. El hombre estaba tan a merced del hombre (puesto que si querían, se podían destruir en un instante) que desapareció toda noción de gobierno por la fuerza, y se anularon todos los sistemas políticos y formas de ley. Sólo por la fuerza se pueden mantener unidas vastas comunidades dispersas en grandes extensiones del espacio; pero con tal agente ya no existía la necesidad de luchar por la propia conservación; ni había necesidad de engrandecerse para que un estado pudiese predominar sobre otro.

Los descubridores de *Vril*, por tanto, en el transcurso de varias generaciones, se dividieron pacíficamente en comunidades de población moderada. La tribu, en la que yo había caído, estaba limitada a 12.000 familias. Cada tribu ocupaba una extensión de territorio suficiente para satisfacer todas sus necesidades. A determinados períodos, la población sobrante se separaba para formar otras tribus. Aparentemente no había necesidad de selección alguna de los emigrantes, porque había siempre voluntarios en número suficiente para marchar.

Estos estados subdivididos pertenecían todos a una vasta familia general. Hablaban el mismo idioma, aunque tenían dialectos ligeramente diferentes. Se casaban entre sí; conservaban las mismas leyes y costumbres generales. El conocimiento de la energía "*Vril*" constituía vínculo muy fuerte entre aquellas comunidades. La palabra *A-Vril* era sinónimo de civilización y *Vril-ya* significaba "Naciones civilizadas", nombre común por el cual las comunidades que utilizaban tal agente se distinguían de las que estaban todavía en estado de barbarie.

El gobierno de la tribu *Vril-ya* que nos ocupa era aparentemente muy complicado; pero en realidad era muy sencillo. Estaba basado en el principio, admitido en teoría, aunque poco practicado, sobre la tierra, de que el objeto de todos los sistemas de pensamiento filosófico tienden a alcanzar la unidad, o el ascenso a través de todos los laberintos intermedios hacia la simplicidad de una única causa primera o principio. Así, en política, hasta los escritores republicanos coinciden en que una benevolente autocracia aseguraría la mejor administración, si ofreciera suficientes garantías de continuidad o contra el gradual abuso de los poderes a ella acordados.

En consecuencia, la comunidad a que nos referimos elegía un único Supremo Magistrado, al que titulaban *Tur*. Nominalmente el cargo era vitalicio; pero rara vez se podía inducir a quien lo ocupaba a retenerlo una vez llegado al principio de su vejez. Verdaderamente, nada había en aquella sociedad que hiciera que sus miembros ambicionaran la retención del cargo. No había honores, ni distintivos de alto rango inherente

al mismo. El Supremo Magistrado no se distinguía de los demás ni por su residencia ni por sus emolumentos. Por otra parte los deberes que sobre él pesaban eran maravillosamente ligeros y fáciles; pues que no demandaban un grado preponderante de energía o inteligencia. No habiendo temores de guerra no había que mantener ejércitos; no existiendo un gobierno de fuerza, no había fuerzas de policía que nombrar ni dirigir. Lo que llamamos crimen era algo desconocido entre los *Vril-ya* y no había cortes de justicia criminal. Los raros casos de diferencias civiles eran zanjados por el arbitraje de amigos elegidos por las partes, o decididos por el Consejo de Sabios, que describiré más adelante. No existían los abogados profesionales; pues, en realidad, las leyes eran convenios amigables, puesto que no existía ningún poder capaz de aplicar la ley a un ofensor que llevaba en su varilla el poder para destruir a sus jueces.

Existían costumbres y reglas al cumplimiento de las cuales la gente se había tácitamente habituado, en el transcurso de varias edades y si en algún caso algún individuo encontraba dificultad en cumplirlas, abandonaba la comunidad y se iba a otra parte. De hecho, existía en aquel estado apacible un conjunto muy similar al de nuestras familias privadas, en el que virtualmente decimos a los miembros adultos independientes que recibimos y entretenemos: "Quédate o vete, según que nuestros hábitos y reglas te gusten o desagraden". Pero, aunque no había leyes como las nuestras, ninguna raza sobre la tierra es tan respetuosa de la ley como lo era aquélla. La obediencia a la regla adoptada por la comunidad se había hecho instintiva en ellos, como si fuera implantada por la naturaleza. En cada hogar el jefe del mismo establecía reglas para su dirección, que no eran resistidas ni discutidas por quienes pertenecían a la misma. Tenían un proverbio, el significado del cual se pierde en gran parte al parafrasearlo; decía: "No existe felicidad sin orden, no existe orden sin autoridad; no hay autoridad sin unidad".

La dulzura de todo gobierno, civil o doméstico, entre ellos se pone de manifiesto en las expresiones idiomáticas que tenían para tales términos como "ilegal" o "prohibido". Decían: "Se pide no hacer tal o cual cosa". La pobreza entre los *Ana* era tan desconocida como el crimen. No es que la propiedad fuera en común o que todos fueran iguales en la extensión de sus posesiones o en las dimensiones y lujo de sus moradas; sino que, como no existía diferencia en rango o posición entre los grados de riqueza o en la elección de las ocupaciones, cada uno seguía sus propias inclinaciones sin despertar envidias o rivalidades. Unos gustan de una vida modesta, otros una más espléndida, cada cual es feliz a su manera. Debido a esta ausencia de rivalidades y el límite puesto a la población era difícil que una familia cayera en la miseria. No había especulaciones arriesgadas, ni competidores que ambicionaran mayor riqueza o más alto rango. Sin duda alguna, en cada asentamiento todos recibían originalmente la misma porción de tierra; pero algunos, más aventureros que otros, habían extendido sus posesiones a la selva lindera o habían mejorado sus campos para darles más fertilidad, o emprendieron el comercio o la industria. Así, necesariamente, unos se habían hecho más ricos que otros, Pero ninguno había llegado a ser absolutamente pobre o a faltarle nada de lo que pudiera desear, según sus gustos. Si tal caso llegaba podían siempre emigrar o, en el peor de los casos, solicitar sin desdoro y en la seguridad de obtenerla, la ayuda de los ricos; porque todos los componentes de la comunidad se consideraban como hermanos de una afectuosa y unida familia. Volveré a ocuparme incidentalmente de este tema a medida que avance en mi narración.

El principal deber del Supremo Magistrado consistía en mantenerse en relación con ciertos organismos encargados de la administración de detalles especiales. El más importante y esencial de tales detalles era el relacionado con la provisión de luz. De este

departamento, mi huésped, *Aph-Lin*, era el jefe. Otro departamento, que podríamos llamar de Relaciones Exteriores, se relacionaba con los diversos estados vecinos; mayormente para enterarse de todos los nuevos inventos; otro departamento estaba dedicado a tales nuevos inventos y a los perfeccionamientos de la maquinaria sometida a prueba.

Dependiente del departamento últimamente nombrado estaba el Colegio de Sabios, cuyos miembros eran principalmente los *Ana* viudos y sin hijos o las muchachas solteras; de éstas *Zee* era una de las más activas y, si entre aquella gente se reconocía lo que llamamos distinción o renombre (reconocimiento que como veremos más adelante no existía), *Zee* era una de las más renombradas y distinguidas. Eran las mujeres Profesoras de este Colegio las que estudiaban las materias de menos aplicación a la vida práctica, tales como: filosofía puramente especulativa, historia de tiempos remotos; y ciencias tales como: entomología, conculiología, etc. *Zee*, cuya mente activa como la de Aristóteles, con la misma facilidad abarcaba los más amplios temas y los más minuciosos detalles, había escrito dos volúmenes sobre un insecto que se aloja entre la pelusa de las garras del tigre; obra considerada de gran autoridad sobre el tema. Pero las investigaciones de los sabios no se limitan a estudios tan sutiles y abstrusos. Comprenden otros más importantes, especialmente las propiedades del *Vril*, a la percepción del cual la más fina organización de los Profesores femeninos es eminentemente sensible. De este Colegio escoge el *Tur*, o Supremo Magistrado, los Consejeros, limitados a tres, en los raros casos en que la novedad de un acontecimiento o circunstancia dificulta su propio juicio.

Existen otros departamentos, de menor importancia; pero todos son llevados con tanto sigilo y quietud que desaparece toda evidencia de gobierno; y el orden social es tan regular y sin incidencias como si fuese una ley de la naturaleza. La maquinaria se emplea en medida inconcebible en todas las operaciones del trabajo, dentro y fuera de los edificios y la mejora y rendimiento de los mecanismos es el principal e incesante cometido de la administración. No existe la clase de jornaleros o sirvientes, sino que los necesarios para ayudar a manejar la maquinaria se escogen entre los jóvenes y niños, desde que dejan el cuidado materno hasta la edad matrimonial, que es a los dieciséis años para las *Gy-ei* (mujeres) y de veinte para los *Ana* (hombres). Estos jóvenes están organizados en grupos y secciones, bajo sus propios jefes. Cada uno sigue sus propias inclinaciones, o aquello para lo que se siente mejor adaptado. Algunos se inclinan a las artes manuales, otros a la agricultura, otros a las labores domésticas y algunos a los únicos servicios peligrosos a fin de proteger a la población de los riesgos a que está expuesta. Los únicos peligros que amenazan a la tribu son: en primer lugar los temblores ocasionales de la tierra, para prevenir y resguardarse de los cuales emplean la para lo cual máxima ingenuidad; las erupciones de fuego y agua; las tormentas de vientos subterráneos y escape de gases. En los confines del dominio y en todos los lugares susceptibles de que se produzcan tales peligros tienen guardas que se pueden comunicar telegráficamente con el local en que constantemente se encuentran sabios de guardia, éstos se turnan. Los citados guardias se eligen entre los jóvenes de mayor edad, próximos a la pubertad, elección que se basa en el principio de que a tal edad la observación es más aguda y las fuerzas están más alerta que en ninguna otra.

El segundo servicio peligroso, menos grave, es la destrucción de todas las criaturas peligrosas para la vida, o la cultura y hasta la comodidad de la raza *Ana*. De estas la más formidable son los inmensos reptiles, de los cuales se conservan reliquias antediluvianas en nuestros museos, y ciertas especies aladas gigantescas, mitad ave y mitad reptil. Estos, junto con los animales salvajes menores, equivalentes a nuestros tigres o serpientes venenosas,

son cazados y destruidos por los más jóvenes; pues según los *Ana*, para tal empresa se requiere no tener piedad y los muchachos cuanto más jóvenes más sin piedad destruyen.

Hay otra clase de animales para cuya destrucción hay que aplicar cierto discernimiento y para lo cual se eligen los muchachos de edad intermedia. Son los animales que no amenazan la vida del hombre, pero que destruyen el producto de su trabajo; variedades del alce o ciervo y de un animal más pequeño muy parecido a nuestro conejo, aunque infinitamente más destructivo de las cosechas y más sagaz en sus depredaciones. El primer deber de los niños, elegidos en este caso, es procurar domesticar a los más inteligentes de tales animales, enseñándoles a respetar los límites marcados, de la misma manera que se enseña a los perros a respetar la despensa o a cuidar la propiedad de su amo. Únicamente se destruye a los animales de esta clase que resultan indomables. Nunca se matan animales para alimento o por sport; pero tampoco se salva a los que sean indomables o peligrosos para los *Ana*. Simultáneamente con estos servicios y tareas físicos va la educación mental de los muchachos, hasta el término de la edad juvenil. Es costumbre general que después sigan un curso de instrucción en el Colegio de Sabios; en el cual, además de los estudios más generales, el pupilo recibe lecciones especiales, según la vocación o dirección de su intelecto, que él mismo elige. Algunos, no obstante, prefieren invertir este período de prueba, viajando, y emigran o se establecen enseguida en el campo o en el comercio. No se ponen restricciones a las inclinaciones individuales.

CAPITULO X

En idioma de los *Vril-ya* la palabra *Ana* corresponde a nuestro plural hombres. *An*, al singular hombre. La palabra para mujer es *Gy*, que se pronuncia *gui*, que para formar el plural se transforma en *Gy-ei*, con la pronunciación más suave *ji-ei*. Tienen un proverbio, según el cual esta diferencia en pronunciación es simbólica, en el sentido de que el sexo femenino colectivamente, es más dúctil; pero individualmente es difícil de manejar. Las *Gy-ei* gozan de todos los derechos de igualdad con los hombres, a lo cual se oponen algunos filósofos de la superficie de la tierra.

Durante la infancia, las niñas desempeñan las funciones del trabajo, indistintamente con los muchachos. Como éstos, se dedican en sus primeros años, a la destrucción de animales dañinos; para esto se prefiere con frecuencia a las muchachas; por ser por naturaleza más implacables bajo la influencia del miedo o del rencor. En el intermedio entre la infancia y la edad matrimonial, se suspende la relación familiar entre los sexos, la cual se restablece al llegar la *Gy* a la edad de casarse, sin que esta relación llegue en ningún caso a dar lugar a lo que nosotros llamamos faltas contra la moral. Las artes y las ocupaciones propias de un sexo están también abiertas al otro sexo; no obstante, las *Gy-ei* se atribuyen cierta superioridad en los estudios abstractos y místicos, para los cuales, dicen ellas, los *Ana* no son aptos por su embotada inteligencia, más adaptada a la rutina de las ocupaciones de índole práctica; de la misma manera que algunas mujeres de nuestro mundo se consideran entendidas en las ramas de la ciencia y de la filosofía más abstrusas, a las cuales muy pocos hombres dedicados a los negocios tienen afición, por faltarles los conocimientos y la agudeza intelectual que ellas se atribuyen.

Sea a causa de su entrenamiento en ejercicios gimnásticos, o a su organización constitucional, las *Gy-ei* son ordinariamente superiores a los *Ana* en fuerza física (elemento importante para el mantenimiento de los derechos femeninos). Son de mayor estatura, y bajo sus curvas proporcionadas se ocultan músculos y tendones tan resistentes como los del sexo opuesto. En efecto, afirman que, de acuerdo con las leyes originales de la naturaleza, las hembras deben ser mayores que los machos y apoyan este principio en la vida primaria en los insectos y de las más antiguas familias de vertebrados; como los peces, en los cuales las hembras son bastante grandes como para merendarse a los machos, si así les place. Sobre todo, las *Gy-ei* poseen un más pronto y concentrado dominio sobre el misterioso fluido o agente que contiene los elementos destructivos; el cual aplican con sagacidad mucho mayor, acentuada por el disimulo. De manera que no sólo se pueden defender a sí mismas contra toda agresión de los hombres, sino que pueden, en cualquier momento y ante el menor peligro, dar fin a la existencia del esposo infiel. Hay que decir, para crédito de las *Gy-ei* que no hay constancia, desde hace muchas edades, de que hayan abusado de esta terrible superioridad en el arte de destrucción. El último caso de esta naturaleza, ocurrido en la comunidad a que me refiero, tuvo lugar (según su cronología) unos dos mil años antes. Se

cuenta que una *Gy* en un arrebato de celos, mató a su marido. Este acto abominable inspiró tal terror a los hombres, que éstos emigraron en masa y dejaron a las *Gy-ei* abandonadas a sí mismas. Parece que esto desesperó a las *Gy-ei*, las cuales, cayeron sobre la matadora mientras dormía (y por tanto desarmada) y la mataron y entonces juraron solemnemente renunciar para siempre al ejercicio de sus extremados poderes maritales, e inculcar la misma obligación en sus hijas. Con este espíritu conciliador, enviaron una delegación a los fugitivos consortes y persuadieron a muchos de ellos a que volvieran; pero los que volvieron, en su mayor parte, fueron los viejos. Los jóvenes, sea porque no tuvieron bastante confianza en sus esposas o porque estimaron demasiado sus propios méritos, rechazaron la invitación y se quedaron en las comunidades en donde se habían acogido y allí encontraron otras compañeras, en lo cual probablemente, no ganaron gran cosa. Pero una pérdida tan grande de juventud masculina sirvió de saludable advertencia a las *Gy-ei*, lo que las afirmó más en su determinación de mantener su juramento. En efecto, es creencia popular que, debido al desuso hereditario, las *Gy-ei* han perdido la superioridad ofensiva y defensiva que tenían sobre los *Ana*, de manera similar a como algunos animales inferiores, de la superficie de la tierra, han perdido muchas peculiaridades de su formación primitiva, de que la naturaleza les había dotado para su protección, las cuales han desaparecido gradualmente, o han quedado atrofiadas bajo las nuevas circunstancias. De todos modos, sería pe ligroso que un *Ana*, que tratara de inducir a una *Gy* a probar quién de los dos es más fuerte.

El incidente relatado fue el origen de ciertas modificaciones en las costumbres matrimoniales, con tendencia a beneficiar algo a los hombres. Ahora se unen únicamente para tres años; al término, de los cuales, uno y otro pueden pedir el divorcio y casarse de nuevo. Al término de diez años, el *An* tiene el derecho de tomar una segunda esposa, dejando libre a la primera para retirarse si le place. Estas reglas son en su mayor parte letra muerta; los divorcios y la poligamia son muy raros y el matrimonio parece ser ahora un estado feliz y tranquilo entre este sorprendente pueblo. La *Gy*, no obstante su reconocida superioridad en fuerza física y habilidad intelectual, se inclina a conceder un trato gentil por temor a la separación o a una segunda esposa; pero los *Ana* son esclavos de sus hábitos y, salvo en casos extremos, no son muy inclinados a cambiar lo conocido, rostros y maneras, a las que ya se han acostumbrado, por novedades dudosas.

Pero hay un privilegio que la *Gy* retiene con ahínco, el cual constituye quizás el motivo oculto de muchos que defienden los derechos de la mujer sobre la tierra. Las *Gy* reclaman el derecho, usurpado por los hombres entre nosotros, de declarar su amor; en otras palabras de ser festejadora en vez de festejada. Tal fenómeno como la solterona no existe entre las *Gy-ei*. En efecto, muy raro es que una *Gy* no obtenga el *An* en quien haya puesto su corazón, si el afecto de éste no está puesto en otra. No obstante, por tímido, remilgado y mal dispuesto que se muestre el hombre al principio, ella, con su perseverancia, ardor y poder persuasivo, más su dominio sobre los místicos agentes de *Vril*, tiene hoy, gran probabilidad de conseguir que él someta su cuello al "yugo". Los argumentos en que apoyan esta inversión de tal relación entre los sexos, que la ciega tiranía de los hombres ha establecido en la superficie de la tierra, parecen convincentes y se presentan con tal franqueza, que bien merece la consideración imparcial. Dicen que, por naturaleza, la mujer es de disposición más amorosa que el hombre; que el amor ocupa una gran porción de sus pensamientos y es más esencial para su felicidad y, por tanto, ella debe ser la parte cortejante; que por otra parte el hombre es indiferente y

vacilante; que a veces siente egoísta predilección por el celibato; que frecuentemente pretende no darse por entendido ante tiernas miradas y delicadas insinuaciones; que, en otras palabras, ha de ser resueltamente perseguido y capturado.

A lo anterior añaden que, si la *Gy* no consigue el *An* que ha elegido y tiene que aceptar a otro que ella no elegiría, no sólo sería menos feliz, sino que demostraría que sus cualidades emotivas están poco desarrolladas. En cambio, el *An* es una criatura menos perseverante y no concentra sus afectos por mucho tiempo en un mismo objeto; si no puede conseguir la *Gy* que él prefiere, fácilmente se conforma con otra; y finalmente, que, en el peor de los casos, con tal que sea amado y cuidado, le es menos necesario para el bienestar de su existencia el que ame con la misma intensidad que es amado; él se contenta con las comodidades y con las muchas ocupaciones intelectuales que él mismo se proporciona.

Cualquiera que sea el criterio con que se reciba este razonamiento, el sistema va bien para el hombre; pues, estando seguro de que es amado verdadera y ardientemente y que cuanto más tímido y poco dispuesto se muestre con mayor determinación será pretendido, generalmente procura hacer depender su consentimiento de ciertas condiciones que él calcula que le asegurarán una vida, si no beatífica, por lo menos tranquila.

Cada *An* individualmente tiene sus aficiones, su propia manera de ser, sus predilecciones; sean éstas las que quieran, exige la promesa de que serán respetadas plenamente y sin restricciones. Esto, persiguiendo su objetivo, la *Gy* lo promete de buena gana y como la característica de este pueblo extraordinario es una implícita veneración a la verdad, y la palabra, una vez dada, nunca es quebrantada por la más voluble de las *Gy-ei*, las condiciones estipuladas son religiosamente observadas. En efecto, a pesar de todos sus abstractos derechos y poderes, las *Gy-ei* son las esposas más amables, conciliadoras y sumisas que yo he visto aun en los hogares más felices de sobre la tierra. Es un aforismo entre ellas el que “cuando una *Gy* ama, se complace en obedecer”.

Se observará que al hablar de la relación entre los sexos me he referido únicamente al matrimonio; porque es tal la perfección moral que ha alcanzado esta comunidad, que toda relación ilícita es imposible entre ellos.

CAPITULO XI

Al tratar de reconciliar mis conocimientos con la existencia de dilatadas regiones bajo la superficie de la tierra, habitadas por seres que, si bien diferentes en ciertos aspectos, eran similares a nosotros en lo fundamental del organismo, nada me tenía más perplejo que la contradicción que tal existencia establecía en relación con la doctrina en la cual, según creo, muchos geólogos y filósofos concuerdan, de que, no obstante ser el sol para nosotros la gran fuente de calor, a medida que penetramos más y más en la corteza de la tierra, mayor es el calor; pues, según se dice, éste aumenta a razón de un grado por pie, comenzando a cincuenta pies de profundidad. Sin embargo, en los dominios de la tribu que nos ocupa, en los terrenos más altos, tan relativamente cerca de la superficie, me explicaba que hubiese una temperatura adecuada para la vida orgánica; pero las hondonadas y valles de aquella región eran menos calientes de lo que los filósofos hubiesen considerado posible a tal profundidad; ciertamente no más calientes que el sur de Francia o de Italia. Según me contaron muchos, había vastas extensiones inmensamente más profundas, en las cuales uno habría de creer que únicamente las salamandras podrían vivir y, sin embargo, estaban habitadas por innumerables razas organizadas como la que nos ocupa.

No puedo en manera alguna explicar un hecho tan en contradicción con las leyes de nuestra ciencia, ni tampoco pudo *Zee* ayudarme a resolver el problema. Esta únicamente conjeturó que los filósofos no habrían tenido en cuenta la gran porosidad del interior de la tierra; la inmensidad de las cavidades e irregularidades, las cuales servían para crear corrientes libres de aire y frecuentes vientos y los diversos modos en que el calor se evapora y se disipa. Ella concedió, sin embargo, que había una profundidad en que el calor se consideraba intolerable para la vida organizada, conocida por la experiencia por los *Vril-ya*, aunque sus filósofos creían que incluso en dichos parajes se encontraría, activa y abundante, alguna modalidad de vida; vida sensible, vida intelectual, si los filósofos pudieran penetrar en ellos. "Dondequiera el Supremo Bien edifica" —decía ella— "allí seguramente pone habitantes. El no ama las habitaciones vacías." Añadió que muchos de los cambios de temperatura y de clima se debían a la habilidad de los *Vril-ya*, para cuyos cambios habían utilizado con éxito el agente *Vril*. *Zee* me describió un sutil medio vivificador llamado *Lai*, que se me antoja idéntico al oxígeno etérico del Dr. Lewins, en el cual actúan todas las fuerzas correlativas comprendidas bajo el nombre de *Vril*; y afirmaba que dondequiera tal medio pudiera expandirse lo suficiente para que todas las modalidades del *Vril* pudieran actuar ampliamente, se podía obtener una temperatura adecuada para las más elevadas formas de vida.

Dijo también que sus naturalistas creían que, mediante la acción de la luz, constantemente aplicada, y el gradual mejoramiento del cultivo, se obtuvieron originalmente flores y vegetación, sea de semillas traídas de la superficie de la tierra en las primeras convulsiones de la naturaleza, o importadas por los primeros que buscaron refugio en las cavernosas hondonadas. Añadió que, desde que la luz de *Vril* había reemplazado a todos los cuerpos luminosos, los colores de las flores y del follaje se habían vuelto más brillantes y la vegetación había adquirido mayores proporciones.

Dejando estas cuestiones a la consideración de personas más competentes para tratar de ellas, voy a dedicar algunas páginas a las muy interesantes cuestiones relacionadas con el lenguaje de los *Vril-ya*.

CAPITULO XII

El idioma de los *Vril-ya* es particularmente interesante, porque en mi concepto, pone claramente de manifiesto las trazas de tres transiciones principales, por las que todo idioma pasa hasta alcanzar su forma perfecta.

Uno de los filólogos modernos más ilustres, Max Müller, al tratar de la analogía entre los estratos del lenguaje y los estratos de la tierra, establece lo siguiente como dogma absoluto: "Ningún idioma, puede en manera alguna llegar a ser inflexivo sin haber pasado por el estrato aglutinante y separador. Ningún lenguaje puede ser aglutinante sin adherirse con sus raíces al estrato monosilábico." (De la Estratificación del lenguaje, pág. 20).

Tomando la lengua china como el mejor ejemplo existente del estrato monosilábico "como el fiel retrato del hombre en andadores, ensayando su fuerza mental y buscando su camino a tientas, tan satisfecho de sus primeros intentos, que los repite una y otra vez", tendremos una idea del idioma de los *Vril-ya*, todavía pegado con sus raíces al estrato subyacente. Abunda en monosílabos, que son los fundamentos del idioma. La transición a la forma aglutinante, marca una época que debió dilatarse durante edades, cuya literatura escrita sólo ha sobrevivido en algunos fragmentos de mitología simbólica y en ciertas frases expresivas que se han convertido en proverbios populares. El estrato inflexivo comienza con la literatura existente de los *Vril-ya*.

Sin duda en aquella época, debió actuar como causa concurrente la fusión de razas con algún pueblo dominante y el resurgimiento de algún fenómeno literario por el cual la forma del lenguaje quedó detenida y fijada. A medida que la etapa inflexiva prevaleció sobre la aglutinante, es sorprendente ver cómo las raíces originales iban destacándose sobre las superficies que las ocultan. En los fragmentos antiguos y en los proverbios de la etapa anterior, los monosílabos que componían tales raíces desaparecen en medio de palabras de enorme longitud, comprendiendo sentencias enteras, de las cuales ninguna de sus partes se puede separar ni ser empleada separadamente. Pero una vez que la forma inflexiva del idioma progresó, al punto de contar con sus gramáticos, parece que éstos se unieron para extirpar tales monstruos polisintéticos y polisilábicos, como invasores devoradores de las formas aborígenes. Fueron prescriptas por bárbaras todas las palabras de más de tres sílabas y, a medida que se fue simplificando el idioma, ganó fuerza, elegancia y dulzura. Aunque muy pobre en cuanto a sonidos, esto ha contribuido a su claridad. Con una sola letra, según sea su posición, han conseguido expresar lo que en las: naciones civilizadas, sobre la tierra, necesita a veces sílabas, a veces frases enteras.

Permítaseme presentar dos ejemplos: *An* (que he traducido hombre); *Ana* (hombres). En el idioma de los *Vril-ya*, la *s* implica multitud, según donde esté colocada. Así, *Sana* significa humanidad; *Ansa*, significa una multitud de hombres. El prefijo de ciertas letras de su alfabeto invariablemente denota significados compuestos. Por ejemplo: *Gl* (que para ellos es una sola letra como *th* lo es para los griegos) al principio de una palabra indica un conjunto o unión de cosas, a veces de la misma clase, a veces similares como: *Oon*, una casa; *Gloon*, una población (o conjunto de casas). *Ata*, tristeza; *Glata*, una calamidad pública. *Aur-an*, es salud o bienestar de un hombre; *Glauran*, el bienestar del estado, el bien de la comunidad.

Así constantemente tienen en su boca la palabra *A-glauran*, que proclama su credo político, a saber: "el primer principio de una comunidad es el bien de todos". *Aub*, es

invención; *Sila*, un tono musical. *Claubsila*, que une las ideas de invención y entonación musical, es la palabra clásica para poesía; la cual abrevia en la conversación familiar en *Glaubs. Na*, que para ellos es una sola letra como *Gl*, cuando es inicial, siempre implica algo antagónico a la vida, el gozo o la comodidad, siendo en esto similar a la raíz aria *Nak*, expresiva de perecer, destrucción. *Nax*, oscuridad y mal; corrupción. Al escribir consideran una irreverencia el dar al Ser Supremo un nombre determinado. Se lo simboliza por medio de lo que podríamos llamar el jeroglífico de una pirámide. En oración se dirigen a Él dándole un nombre el cual consideran demasiado sagrado para comunicarlo a un extraño; por tanto, lo desconozco. En conversación, le designan por medio de una perífrasis, tal como: Supremo Bien. La letra *V* simbólica de la pirámide invertida, cuando se emplea como inicial, casi siempre denota excelencia o poder; como *Vril*, al cual me he referido muchas veces. Así *Veed*, un espíritu inmortal; *Veedy*, inmortalidad. *Koom* pronunciado *Kum*, denota la idea de vaciedad. *Koom* mismo es un hueco profundo; metafóricamente una caverna; *Koom-in*, un agujero; *Zi-koom*, un valle; *Koom-zi*, vacante o vacío; *Boadh-Koom*, ignorancia (vacío de conocimiento literario). *Koom-Posh*, es el nombre para el gobierno de los muchos o el predominio de los más ignorantes o vacíos. *Posh* es un modismo casi intraducible, implicando como verá el lector más adelante, desprecio. Lo que más se aproxima es tontería; así *Koom-Bush* se podría traducir "estúpida tontería". Pero cuando la "estúpida tontería" de la ignorancia popular degenera en pasión popular o la ferocidad, como (para citar ejemplos del mundo superior) durante el reino del terror de la revolución francesa o durante los cincuenta años de la república romana que precedieron al ascenso de Augusto, el término que expresa tal estado de cosas es: *Glek-Nas*. *Ek* es lucha: *Glek*, lucha universal. *Nas*, como he dicho antes, corrupción o podredumbre; por tanto, *Glick-Nas* puede traducirse por "Corrompida lucha universal".

Los compuestos son muy expresivos. Así, *Bodh*, que es conocimiento y *Too*, una partícula que implica la acción de aproximarse cautelosamente, forman la palabra *Tood-Bodh*, que significa Filosofía; *Pah* es una exclamación despreciativa equivalente a nuestra "sin sentido". Así *Pah-bodh* (literalmente, conocimiento sin sentido) es el término que emplean para la filosofía fútil o falsa y se aplica a una especie de raciocinio metafísico o especulativo que había estado antes muy en boga y que consistía en plantear cuestiones que no podían ser contestadas, o que no valía la pena hacerlas, como por ejemplo: ¿Por qué un *An*, tiene cinco dedos en los pies y no cuatro o seis? ¿Tenía el primer *An*, creado por el Supremo-Bien, el mismo número de dedos que sus descendientes? En la forma por la cual era reconocido un *An* por sus amigos en el estado futuro del ser, ¿retendrá éste los dedos de los pies y, en caso afirmativo, serán materiales o espirituales? Menciono estos ejemplos no por ironía o por burla, sino porque las preguntas mencionadas formaron el tema de controversia de los cultivadores de la ciencia 4000 años antes.

En la declinación de los sustantivos, según me informaron, había antiguamente ocho casos (uno más que en la gramática sánscrita) pero con el tiempo se han reducido estos casos y se han multiplicado las preposiciones explicativas. En la época a que me refiero, en la gramática que me dieron para mi estudio, los sustantivos tenían cuatro casos, de los cuales tres tenían terminaciones variables, y el cuarto un prefijo distintivo.

SINGULAR

Nominativo: An (hombre)

Dativo: Ane (para el hombre)

Acusativo: Anam (al hombre)

Vocativo: Hil-An (oh hombre)

PLURAL

Nominativo: Ana (hombres)

Dativo: Anoi (para los hombres)

Acusativo: Ananda (A los hombres)

Vocativo: Hil-Ananda (oh hombres)

En la antigua literatura inflexiva tenían la forma doble, pero hace tiempo que está en desuso.

El genitivo también lo tiene en desuso, reemplazado por el dativo. Ellos dicen: La casa para el hombre, en vez de: la casa del hombre. Cuando se emplea el genitivo (en poesía alguna vez) la terminación es la misma del nominativo; lo mismo ocurre con el ablativo, el prefijo o el sufijo del cual depende generalmente del efecto auditivo, según el sonido del sustantivo.

Se observará que el prefijo *Hil* indica el vocativo. Siempre se emplea al dirigirse a otro, salvo en las relaciones domésticas más íntimas; omitirlo se considera descortesía; de la misma manera que en nuestras antiguas formas de hablar al dirigimos al Rey, hubiera sido una falta de respeto llamarlo Rey a secas y más respetuoso decir Oh Rey. En efecto, como ellos no tienen títulos honoríficos, el vocativo suplente al título y se da indistintamente a todos. El prefijo *Hil* entra en la composición de las palabras que implican comunicación a la distancia, como: *Hilya*, Viajar.

En la conjugación de los verbos, lo cual es un tema demasiado extenso para explayarlo aquí, el verbo auxiliar *Ya*, "ir", que juega una parte tan importante en el sánscrito, parece llenar una función similar, como si fuese un radical de algún idioma de que ambos proceden. Pero otro auxiliar de significado opuesto lo acompaña y participa de la función, a saber: *Zi*, quedarse o reposar. Así *Ya* entra en el tiempo futuro y *Zi* en el pretérito de todos los verbos, que necesitan auxiliar. *Yan*, yo voy; *Yiam*, puede que vaya; *Yani-va*, debo ir (literalmente: voy a ir). *Zampoo-yan*, he ido (literalmente: descanso de ir). *Ya*, como terminación, significa por analogía, progreso, movimiento, eflorescencia. *Zi*, como terminal, denota fijeza; a veces en buen sentido; según la palabra a que va unida. *Iza-zi*, eterna bondad; *Nan-zi*, eterna maldad. *Poo*, de o desde, entra como prefijo en palabras que denotan repugnancia, o cosas a las que uno ha de sentir aversión. *Poo-pra*, disgusto; *Poo-naria*, falsedad, la clase más vil de maldad. *Poosh* o *Posh*, ya he dicho que es intraducible literalmente. Es una expresión de desprecio no exenta de compasión. Este radical parece tener su origen en la simpatía inherente entre el esfuerzo labial y el sentimiento que lo impelió; pues *Poo* es una expresión en que el aliento explota en los labios como mayor o menor vehemencia. Por otra parte la *Z*, como inicial, la pronuncian aspirando aire hacia dentro y así *Zu* (que en su idioma es una letra) es el prefijo corriente para palabras que denotan algo que atrae, agrada, toca el corazón, como: *Zummer*, amante; *Zutze*, amor; *Zu-zulia*, delicia.

Este sonido aspirante de la *Z*, parece real y naturalmente adecuado para expresar ternura.

Antes de abandonar el tema del idioma, no puedo menos de hacer observar la facilidad con que un ligero cambio, en los dialectos de diferentes tribus de la misma raza, hace perder el significado y belleza originales de los sonidos. *Zee* me decía, con gran disgusto, que la

palabra *Zummer* (amante), la cual tal como ella la pronunciaba parecía salir del mismo fondo del corazón, en regiones no muy distantes de los *Vril-ya*, se pronunciaba con el sonido enteramente desagradable, medio sibilante, medio nasal: *Subber*.

Mencionaré una peculiaridad más en este idioma, la cual da fuerza y brevedad a sus formas de expresión. La *A* es para ellos, como para nosotros, la primera letra del alfabeto y la emplean con frecuencia como prefijo para dar una compleja idea de soberanía, jefatura o principio directivo. Por ejemplo: *Iva*, significa bondad; *Diva*, bondad y felicidades unidas; *A-Diva*, significa inequívoca y absoluta verdad. Ya hice observar el valor de la *A* en *A-glauran*, y como prefijo de *Vril* (a cuyas propiedades atribuyen ellos su grado actual de civilización); *A-Vril* significa la Civilización misma.

Los filólogos habrán podido observar, en lo que antecede, la íntima relación que existe entre el idioma de los *Vril-ya* y la lengua aria o indo-germánica; pero, como todos los idiomas aquel contiene palabras y formas procedentes de muy opuestos orígenes. El título mismo de *Tur*, que ellos dan al Supremo Magistrado, acusa la procedencia de un idioma turanio. Según afirman, es una palabra extranjera; es el título que, según sus archivos, llevaba el jefe de una nación, con la cual los antepasados de los *Vril-ya*, en tiempos remotos, estaban en relaciones amistosas; pero que se ha extinguido hace tiempo. Añaden que cuando, después del descubrimiento del *Vril*, remodelaron sus instituciones políticas, eligieron deliberadamente para su primer Magistrado el título de una raza extinguida y de un lenguaje muerto, a fin de evitar el empleo de todos los títulos que les recordaran el periodo pasado.

Si como espero, salgo con vida de esta aventura, es posible que ordene en forma sistemática los conocimientos del idioma que consiga adquirir durante mi estancia con los *Vril-ya*. Aunque, quizás, lo expuesto sea suficiente para demostrar a los verdaderos estudiantes de filología, que un idioma, que conserva tantas raíces originales y que ha eliminado tantos estorbos de la inmediata, pero transitoria, etapa polisintética y ha alcanzado tal combinación de sencillez y ritmo en sus finales formas inflexivas, debe haber sido la obra gradual de incontables edades y de mentes muy diversas; que contiene trazas de fusión entre razas congénere s y ha necesitado, para llegar a las formas de las cuales he dado ejemplos, la constante cultura de un pueblo de pensamiento muy variado.

No obstante, la literatura de este idioma pertenece al pasado; pues el actual estado de florecimiento alcanzado por los *Ana*, impide el progresivo cultivo de la literatura, especialmente en dos de las ramas principales, novela e historia, como tendré ocasión de poner de manifiesto más adelante.

CAPITULO XIII

Este pueblo tiene una Religión. Dígase lo que se diga en contra de ésta, al menos tiene las siguientes peculiaridades poco corrientes: en primer lugar, los *Ana* tienen fe en el credo que profesan; en segundo lugar, todos ellos practican los preceptos que ese credo les inculca. Se unen en el culto divino Creador y Sostenedor del Universo. Creen que una de las propiedades del *Vril* es transmitir al manantial de vida e inteligencia todo pensamiento que una criatura viviente puede concebir; y, aunque no discuten que la idea de la Deidad es

innata, dicen, no obstante, que, hasta donde ellos han podido discernir la naturaleza, el hombre es la única criatura a la cual se ha concedido la capacidad de concebir tal idea, con toda la cadena de pensamientos que de la misma se deriva. Sostienen, que tal capacidad es un privilegio, que no puede haber sido dado en vano y, por tanto, la oración y la acción de gracias son aceptables para el divino Creador y necesarias para el completo desenvolvimiento de la criatura humana. Practican sus devociones en público y en privado. Como no me consideraban de su especie, no fui admitido al edificio o templo en que se practicaba el culto público; pero se me informó que el servicio es extraordinariamente corto y exento de toda pompa y ceremonia.

Según la doctrina de los *Vril-ya*, la mente humana es incapaz, especialmente en público, de mantener por largo tiempo una vehemente devoción, o completa abstracción del mundo que la rodea, que la beneficie, y que, por lo tanto, todo intento en tal sentido conduce al fanatismo y a la hipocresía. En sus devociones en privado, están solos o acompañados de sus hijos.

Me dijeron que en la antigüedad tenían un gran número de libros llenos de especulaciones acerca de la naturaleza de la Deidad y sobre los credos y formas de culto que más les atraían. Pero tales obras dieron margen a acaloradas y odiosas controversias, que no sólo pusieron en peligro la paz de la comunidad, dividiendo a las familias más unidas, sino que en el curso de las discusiones llegaba a ponerse en tela de juicio los atributos y la existencia misma de la Deidad y, lo que es peor, llegaron a atribuir a Ella las mismas pasiones y flaquezas de los discutidores humanos. "Porque", —decía mi huésped—, "un ser finito como el hombre, no puede en manera alguna definir lo Infinito; así cuando trata de realizar la idea de la Divinidad, no hace más que rebajar a Esta al nivel del mismo hombre". Durante las últimas épocas, por consiguiente, las especulaciones teológicas, aunque no están prohibidas, no se las fomentaba, por haber caído completamente en desuso.

Los *Vril-ya* coinciden en la convicción de una existencia futura, más feliz y perfecta que la actual. Aunque conservan la idea de recompensa y castigo, ésta es sumamente vaga, porque entre ellos no existen sistemas de recompensa y castigo, pues no hay crímenes que castigar. Su nivel moral es tan parejo, que, en conjunto, ninguno se considera ni es considerado más virtuoso que los demás. Si uno sobresale en una virtud, otro sobresale en otra; si uno adolece de un defecto o flaqueza, también los demás sufren de lo mismo. En efecto, dado su modo extraordinario de vivir, hay tan pocas tentaciones para obrar mal, que son buenos (según su noción de la bondad) meramente por el hecho de vivir. Tienen algunas ideas fantásticas sobre la continuación de la vida, una vez concedida, incluso en el reino vegetal, como veremos en el capítulo siguiente.

CAPITULO XIV

Aunque, como ya he dicho, los *Vril-ya*, rechazan toda especulación sobre la naturaleza del Supremo Ser, parecen coincidir en una creencia, con la cual suponen que han resuelto el gran problema de la existencia del mal, que tan perplejos tiene a los filósofos de nuestro mundo. Sostienen la idea de que una vez que el Supremo Ser ha dado vida, con las percepciones de tal vida, por imperceptibles que sean, como en la planta, tal vida jamás es destruida; sino que pasa a nuevas y mejoradas formas, aunque no en este planeta (diferenciándose en esto de la corriente doctrina de la metempsicosis): y que las cosas vivientes retienen el sentido de identidad; el cual enlaza su vida pasada con la futura y es

consciente de su mejoramiento progresivo en la escala de la felicidad. Pues ellos dicen, que, sin este postulado, no alcanzan a descubrir, de acuerdo con las luces de la humana razón, la perfecta justicia que ha de ser cualidad constituyente de la Suprema Sabiduría y del Supremo Bien. La injusticia, afirman, sólo puede emanar de tres causas, a saber: falta de sabiduría para percibir lo que es justo; falta de benevolencia para desearlo y falta de poder para satisfacerlo; y estas tres faltas son incompatibles en la Suprema Sabiduría o en el Supremo Bien, en el Omnipotente. No obstante, por más que la sabiduría, la benevolencia y el poder del Supremo Ser están de manifiesto en esta vida lo suficiente para que las reconozcamos, la justicia necesaria resultante de tales atributos, requiere absolutamente otra vida, no para el hombre únicamente, sino también para todo ser viviente de los órdenes inferiores. Tanto en el mundo animal como en el vegetal, dicen, vemos que un individuo, por circunstancias que no puede controlar, es excesivamente desgraciado, en comparación con cuantos le rodean (uno sólo existe como presa del otro) y hasta la planta sufre enfermedades al punto de perecer prematuramente, mientras que otra a su lado goza de vida exuberante y vive felizmente sin un dolor.

Los *Vril-ya* consideran errónea la analogía de tal condición con las flaquezas humanas, que implica de la afirmación, de que el Supremo Ser sólo actúa por medio de leyes generales; por cuanto, hace las propias causas secundarias tan potentes que anulan la bondad esencial de la Causa Primera. Todavía peor y más ignorante es el concepto, según el cual, el Supremo Bien rechaza despreciativamente toda consideración de justicia para las miríadas de formas en las cuales Él ha infundido Su vida y suponen que la justicia es meramente para el producto hombre. Ante los ojos del divino Dispensador de Vida, no existe ni pequeño ni grande. Si admitimos que nada que sienta, que vive y sufre, por humilde que sea, puede perecer en el transcurso de las edades; que el sufrimiento, por más que dure desde el momento del nacimiento hasta el paso a otra forma del ser (lo cual, en comparación con la eternidad, es más corto que el grito del recién nacido, comparado con la vida de un hombre) y en el supuesto que tal ser viviente retiene el sentido de identidad (puesto que sin él no se daría cuenta del ser futuro) y no obstante, que el cumplimiento de la divina justicia está fuera del alcance de nuestra comprensión, hemos de suponer que tal justicia es uniforme y universal y no variable y parcial, como lo sería si actuara sólo de acuerdo con leyes generales secundarias; porque la perfecta justicia fluye, necesariamente, de la perfección del conocimiento para concebir; de la perfección en querer y de la perfección en el poder de completar lo que se quiere.

Por muy fantástica que parezca esta creencia de los *Vril-ya*, tiende quizás a dar solidez políticamente a los sistemas de gobierno que, admitiendo diferentes grados de riqueza, establecen perfecta igualdad en rango, exquisita suavidad en las relaciones e intercambio y benevolencia hacia todas las cosas creadas, que el bien de la comunidad no exija ser destruidas. Aunque su idea de compensación a un insecto torturado o una flor enferma, nos parezca una loca fantasía, al menos no es perjudicial y no puede dar motivo para criticar a un pueblo que, no obstante vivir en los abismos de la tierra, jamás alumbrados por un rayo del sol material, mantiene una tan luminosa concepción de la inefable bondad del Creador; una idea tan arraigada de que las leyes generales por las cuales Él actúa, no admitan ninguna injusticia o mal parcial y, por tanto, no pueden ser comprendidas sin relacionarlas con su acción sobre todo el espacio y en todo tiempo. Y puesto que, como tendré ocasión de hacer ver más adelante, las condiciones intelectuales y los sistemas sociales de esta raza subterránea comprenden y armonizan las más diversas y aparentemente antagónicas doctrinas filosóficas y especulaciones, que intermitentemente han aparecido, han sido discutidas, desechadas y han reaparecido entre los pensadores y soñadores de nuestro mundo,

podemos apropiadamente sentar la siguiente conclusión con respecto a las creencias de los *Vril-ya*: que la vida consciente y autoconsciente, una vez dada, es indestructible en las criaturas inferiores, lo mismo que en el hombre: lo cual coincide con un elocuente pasaje del eminente zoólogo, Luis Agassiz, que he leído recientemente, muchos años después de haber confiado al papel los recuerdos de mi vida con los *Vril-ya*, que ahora estoy ordenando. Dice Agassiz: "La relación del animal individual con los demás es de tal carácter que, desde hace tiempo debiera ser considerada como prueba suficiente de que ningún ser organizado pudo venir a la existencia por otro medio más que por a directa intervención de una mente reflexiva".

Esto es un fuerte argumento en favor de la existencia en cada animal de un principio inmaterial, similar al que, por su excelencia y dotes superiores, pone al hombre muy por encima de los animales; pero este principio existe indudablemente y ya se le llame: sentido, razón o instinto, presenta en la entera escala de los seres organizados una serie de fenómenos íntimamente enlazados. Sobre el mismo están basadas, no sólo las manifestaciones más elevadas de la mente, sino la misma permanencia de las diferencias específicas, que caracterizan a todo organismo. ¿Me será dado añadir que una futura vida, en que el hombre se viera privado de esa gran fuente de felicidad y de mejoramiento intelectual y moral resultante de la contemplación de las armonías en un mundo orgánico, representaría una lamentable pérdida? ¿Acaso no nos es dado esperar que se establezca un concierto espiritual de todos los mundos combinados y de todos sus habitantes en presencia de su Creador, como la más elevada concepción del paraíso?" ("Ensayo sobre Clasificación", Sec. XVII, págs. 97-99).

CAPITULO XV

Todos en aquel hogar fueron muy bondadosos conmigo, pero la joven hija de mi huésped fue la que más se distinguió por su consideración y bondad. A indicación de la misma cambié mi traje y adopté el vestido de los *Vril-ya*, exceptuando las alas artificiales, que a ellos les servían de gracioso manto, cuando iban a pie. Pero como muchos de ellos tampoco llevaban las alas al desempeñar ocupaciones urbanas, no me diferenciaba mucho de ellos; lo cual me permitió visitar la población sin excitar molesta curiosidad. Fuera de casa, nadie sospechaba que había venido del mundo de sobre la tierra y me consideraban un miembro de alguna raza inferior, al que *Aph-Lin* tenía como huésped.

La ciudad era grande, en proporción al territorio rural que la rodeaba, el cual no era más extenso que la heredad de algún noble inglés o húngaro; pero todo él, hasta las rocas que constituían sus límites, estaba intensa y cuidadosamente cultivado; excepto en porciones

de montañas y praderas, dejadas expresamente para el sustento de los animales, que habían conseguido amansar, aunque no para el servicio doméstico.

Era tanta su bondad hacia las criaturas inferiores, que dedicaban una cantidad del tesoro público al objeto de trasladarlas a otras comunidades, dispuestas a recibirlas (principalmente en colonias nuevas) cuando los animales se hacían demasiado numerosos para los pastos que se les tenía reservados. No obstante, no se multiplicaban en la proporción que se multiplican en nuestro mundo los animales criados para el matadero. Parece existir una ley de la naturaleza que hace que los animales no útiles al hombre, disminuyan en los dominios que éste ocupa y hasta que lleguen a extinguirse.

Es antigua costumbre en los diversos estados soberanos, en que se divide la raza de los *Vril-ya*, dejar entre cada estado una porción de tierra neutral sin cultivar. En el caso de la comunidad a que me refiero, esta porción, por ser de rocas agrestes era intransitable a pie; pero fácilmente cruzada por los habitantes alados o por embarcaciones aéreas, de las cuales hablaré más adelante. Además se habían abierto caminos para el tránsito de vehículos impulsados por *Vril*. Estas vías de comunicación se mantenían constantemente bien iluminadas; los gastos para lo cual se cubrían con un impuesto especial, al cual contribuían en justa proporción todas las comunidades comprendidas en la denominación de los *Vril-ya*. Por estos medios había considerable tráfico comercial con otros estados, cercanos y lejanos. La riqueza principal de la comunidad que nos ocupa era la agricultura. Se distinguían también por su habilidad para construir implementos de cultivo. Con el intercambio de estos productos obtenían otros, más de lujo que de necesidad. Pocas de las cosas importadas se pagaban a tan alto precio como los pájaros a los que enseñaban a cantar en concierto. Eran traídos de distantes parajes y eran maravillosos por la belleza de sus cantos y su plumaje. Tengo entendido que los criadores y amaestradores de tales pájaros ponían gran cuidado en la selección de los mismos y la especie había mejorado notablemente durante los últimos años. No vi otra clase de animales domésticos en aquella comunidad, excepto unos muy juguetones y divertidos de la especie de los batracios, que parecían ranas; pero muy inteligentes; gustaban mucho a los niños y los tenían en los jardines particulares. Parece que no tienen animales como nuestros perros o caballos, aunque la sabia naturalista, *Zee*, me dijo que esta clase de animales había existido en aquellos parajes y se encuentra todavía en regiones ocupadas por razas distintas de los *Vril-ya*. Según me dijo, habían desaparecido gradualmente del mundo civilizado, desde el descubrimiento del *Vril*, gracias a cuyo descubrimiento, la utilidad de tales animales había desaparecido. La maquinaria y los inventos habían reemplazado al caballo, como bestia de carga, y el perro ya no se necesitaba, ni como guardián ni como cazador, como lo había sido cuando los *Vril-ya* temían los ataques de sus semejantes o cazaban a los animales menores para alimentarse. Realmente, en cuanto al caballo, la región era tan rocosa que este animal resultaba poco utilizable, ni para carga ni para paseo. El único animal que ellos emplean para carga, es una especie de cabra grande, que utilizan mucho en las granjas.

La naturaleza del suelo en aquellos distritos, se puede decir que fue la que impuso la necesidad de inventar alas y embarcaciones aéreas. Lo extenso del espacio ocupado por la ciudad, comparado con el territorio rural, se debía a la costumbre de rodear cada casa con un jardín independiente. La amplia calle principal, en la que habita *Aph-Lin*, se ensanchaba en una inmensa plaza en la cual estaban situados el Colegio de Sabios y todos los edificios públicos y en cuyo centro había una magnífica fuente de fluido luminoso, que yo llamo nafta, pero cuya verdadera naturaleza ignoro. Todos esos edificios públicos son de solidez y grandiosidad uniforme. Me recordaban los cuadros arquitectónicos de Martín. A lo largo de

los pisos superiores corría un balcón o, mejor dicho, un jardín colgante, soportado por columnas y lleno de plantas y flores y alegrado por infinidad de aves amaestradas. De la plaza arrancaban varias calles, todas anchas y brillantemente iluminadas, que ascendían a las lomas circundantes. En mis recorridas por la ciudad, nunca se me dejó ir solo; *Aph-Lin* o su hija eran mis acompañantes habituales. En aquella comunidad, la *Gy* adulta sale acompañada con cualquier joven *An*, como si no existiera diferencia de sexos.



Las tiendas al por menor no son muy numerosas; los que atienden a los clientes son todos niños de varias edades, extraordinariamente inteligentes y corteses. El tendero estará o no presente, pero, si lo está, rara vez se lo ve ocupado en asuntos relacionados con el negocio; no obstante que lo ha emprendido por afición al mismo y contar con otros recursos económicos generales.

Algunos de los ciudadanos más ricos de aquella comunidad poseen tales tiendas. Como ya he dicho, no se reconoce diferencia alguna en rango; de consiguiente, todas las ocupaciones gozan la misma consideración social. Un *An* a quien compré mis sandalias, era hermano del *Tur*, o Supremo Magistrado; y aunque su tienda no era mayor que la de cualquier zapatero, se decía que era dos veces más rico que el *Tur* que residía en un palacio. No hay duda, sin embargo, que tendría alguna residencia en el campo.

Los *Ana* de la comunidad, en conjunto, son una colección de seres indolentes, una vez que han pasado de la infancia. Sea por temperamento o por filosofía, consideran que si se quitan al ser humano los incentivos a la acción, nacidos de la ambición y la concupiscencia, no es de extrañar que prefiera la quietud.

En sus movimientos corrientes prefieren los pies a las alas. Para sus deportes y actos públicos, emplean alas lo mismo que para las danzas aéreas que he descripto antes; así como para visitar sus residencias en el campo, las cuales están corrientemente situadas en grandes alturas, para viajar por otras regiones, con preferencia a otros medios de transporte.

Los acostumbrados a volar, aunque con menos rapidez que las aves, alcanzan velocidades de cuarenta a cincuenta kilómetros por hora, pudiendo sostenerse en el aire durante cinco a seis horas. No obstante, al llegar a la edad madura, el *An* generalmente no gusta mucho de movimientos rápidos, que exijan ejercicio violento. Quizás por esta razón, puesto que aceptan la doctrina (aprobada por muchos médicos, de que la transpiración

regular por los poros de la piel es esencial para la buena salud) habitualmente toman los baños de vapor que nosotros llamamos turcos o romanos, seguidos de duchas de aguas perfumadas. Tienen gran fe en las cualidades salutíferas de ciertos perfumes.

Es también su costumbre, a determinados períodos, aunque de tarde en tarde (unas cuatro veces al año, cuando gozan de buena salud) tomar un baño cargado de *Vril*. Una vez probé el efecto del baño de *Vril*. Fue muy similar, por lo vigorizador, al de los baños de Gastein, las virtudes de los cuales son atribuidas por muchos médicos a la electricidad; pero aunque similares, los efectos del *Vril* son mucho más duraderos. Ellos consideran que dicho fluido empleado en pequeña escala es gran sustentador de la vida; pero en exceso, cuando se goza de buena salud, más bien tiende a reaccionar y desvitalizar. No obstante, acuden a él en todas sus enfermedades para ayudar a la naturaleza a restablecerse.

A su modo son amantes del lujo, pero todos sus lujos son inocentes. Se puede decir que viven en un ambiente de música y fragancia. Cada habitación tiene sus dispositivos mecánicos para producir sonidos melódicos, usualmente de tonos suaves que dan la impresión de dulces murmullos de espíritus invisibles. Están tan acostumbrados a estos sonidos, que no les estorban ni para conversar ni para reflexionar. Afirman que el respirar una atmósfera cargada de melodía y perfumes necesariamente produce un efecto a la vez calmante y eleva el carácter y el modo de pensar.

Han eliminado de su mesa toda clase de alimento animal, excepto leche y se abstienen de bebidas alcohólicas; no obstante, son refinados y delicados al extremo. En sus deportes, hasta los viejos, exhiben una alegría infantil. La felicidad es a lo que ellos aspiran, no como excitación de momento, sino como condición dominante de su existencia; la misma consideración por la felicidad de los demás se manifiesta en la exquisita amenidad de sus maneras.

La conformación del cráneo de los *Vril-ya* tiene marcadas diferencias con los de todas las razas conocidas de nuestro mundo. No puedo menos que pensar que tal conformación es un desarrollo, que ha requerido incontables edades, del tipo braquicéfalo de la Edad de piedra, descrito en el "Elemento de Geología" de Lyell, cap. X, pág. 113; comparado con el tipo dolicocefalo del principio de la Edad de hierro, que corresponde al que hoy prevalece entre nosotros, conocido por el tipo Celta. Tiene el mismo volumen de frente, la misma redondez uniforme de los órganos frontales; pero más elevada y mucho menos pronunciada en el hemisferio craneal posterior, en el que los frenólogos colocan los órganos animales. Para expresarme como frenólogo diré que el cráneo de los *Vril-ya* tiene los órganos de peso, número, tono, forma, orden, casualidad, muy desarrollados y de construcción mucho más pronunciada que el de la idealidad.

Los órganos llamados morales, tales como la conciencia y la benevolencia, son extraordinariamente llenos; los amatorios y belicosos muy pequeños; los de adhesión son grandes; el órgano de la destrucción (es decir la determinada eliminación de obstáculos interpuestos) inmenso, pero menos que el de la benevolencia; y su filoprogenitura, más que amor animal, es la expresión de compasión y ternura hacia quien necesita ayuda y protección. Nunca encontré persona alguna deformada o contrahecha. La belleza de su porte no consiste tanto en la simetría de facciones, sino en la tersura de su cutis, que conservan sin una arruga, hasta la más avanzada edad, y una serena expresión de dulzura, combinados con la majestad, que parece provenir de la conciencia de poder y total ausencia de terror, físico o moral. Es esta misma dulzura, combinada con majestad, la que inspira a un observador como

yo, acostumbrado a contender con las pasiones de la humanidad, un sentimiento de humillación, mezcla de temor y admiración. Es como la expresión que un pintor podría dar a un semidiós, a un genio o a un ángel. Las mujeres de raza *Vril-ya* a veces, en su edad avanzada aparecen con un pequeño bigote.

Quedé sorprendido al notar que el color de la piel no era uniforme, al que yo había observado entre los primeros individuos que había visto. Algunos eran mucho más rubios y con ojos azules; cabello de oro y cutis de color más subido que los individuos del norte de Europa.

Me informaron que esas diferencias tenían su origen en casamientos con tribus más distantes de los *Vril-ya*, quienes, ya sea por accidente del clima o por primitivas distinciones de raza, eran más rubios que las tribus a que pertenecía aquella comunidad. Se consideraba que la piel rojo-oscura indicaba la más antigua familia de los *Ana*; pero ellos no sentían orgullo alguno por tal antigüedad; por el contrario creían que la excelencia actual de su raza se debía a los frecuentes cruzamientos con otras familias, distintas, pero de la misma procedencia; cruzamientos que recomendaban con tal que fueran con otras naciones *Vril-ya*. Las naciones que no tenían sus costumbres e instituciones, ni eran capaces de adquirir poder sobre los agentes del *Vril*, que ellos habían tardado muchas generaciones en conseguir, eran considerados por los *Vril-ya* con mayor desdén que los norteamericanos sienten por los negros.

Me explicaba *Zee*, quien sabía más de estas cosas que ninguna de las personas con quienes trabé relación, que la superioridad de los *Vril-ya* era, según se suponía, la consecuencia de las intensas luchas, que primitivamente tuvieron que desarrollar, contra los obstáculos de la naturaleza en los lugares en que precisamente se establecieron.

"Siempre" —me decía *Zee*, con tono moralizador— "dondequiera que se ha desarrollado este temprano proceso en la historia de la civilización, en que la vida es una lucha en la cual el individuo ha de poner a contribución todos sus poderes para competir con sus semejantes, invariablemente tenemos este resultado, a saber: puesto que en la lucha un gran número han de perecer, la naturaleza selecciona a los más aptos. En nuestra raza, aun antes del descubrimiento del *Vril*, sólo las más elevadas organizaciones fueron preservadas. Hay en nuestros antiguos libros una leyenda, que en su tiempo fue creída por todos, según la cual fuimos traídos de una región, que parece ser el mundo del que usted viene, a fin de perfeccionar nuestra condición y alcanzar el más puro refinamiento de nuestra especie, por medio de las terribles luchas que nuestros antepasados tuvieron que desarrollar y que, una vez que nuestra educación se haya completado, estamos destinados a volver al mundo superior y suplantar a todas las razas inferiores que hoy lo pueblan."

Aph-Lin y *Zee* a menudo conversan conmigo en privado sobre las condiciones políticas y sociales del mundo superior, cuyos habitantes, según *Zee* supuso tan filosóficamente, habían de ser exterminados algún día por el advenimiento de los *Vril-ya*. Por mis relatos, en los cuales me esforcé (sin caer en falsedades tan claras que habrían sido fácilmente descubiertas por la sagacidad de mis oyentes) en presentarlos desde el punto de vista más favorable, encontraron en nuestras poblaciones más civilizadas, mucha similitud con las peores razas subterráneas, a las que ellos consideraban sumidas sin remedio en la barbarie y condenadas a gradual, pero cierta, extinción. Aunque ambos coincidieron en el deseo de ocultar a su comunidad toda indicación prematura del paso hacia las regiones alumbradas por el sol; ambos, como eran compasivos, trataban de desechar la idea de

aniquilar a tantos millones de criaturas: pero el cuadro que les pinté de nuestra vida, a pesar de la brillantez de mis colores, les entristecía.

En vano les citaba a nuestros grandes hombres; poetas, filósofos, oradores, generales, y desafiaba a los *Vril-ya* a que presentaran sus iguales. "¡Ah!" — exclamó *Zee*, con su hermoso rostro dulcificado por compasión angelical— "precisamente este predominio de los pocos sobre los muchos es la indicación más clara y fatal de una raza incorregiblemente salvaje. ¿No ve usted que la primera condición para la felicidad humana consiste en la eliminación de la lucha y la competencia entre los individuos, lo cual, cualquiera que sea la forma de gobierno que adopten, tiende a subordinar la mayoría a unos pocos, destruye la verdadera libertad del individuo, cualquiera que sea la libertad nominal del estado, e impide la tranquilidad de la existencia, sin la cual la felicidad mental, o corporal no se puede alcanzar?"

"Nuestro concepto" —continuó *Zee*— "es, que cuanto más podemos asimilar la vida a la existencia, que nuestras mentes sean capaces de concebir más cercana a la de los espíritus al otro lado de la tumba, más nos aproximaremos a una divina felicidad aquí y más fácilmente nos acercaremos a las condiciones del ser del más allá. Porque, seguramente, todos podemos imaginarnos la vida de los dioses, de los benditos inmortales, la que podemos suponer exenta de cuidados y pasiones, tales como la avaricia y la ambición. Nos parece que debe haber una vida de serena tranquilidad, no precisamente sin ocupaciones activas para las facultades intelectuales y espirituales, sino ocupaciones que, de cualquier naturaleza que sean, estén adaptadas a la idiosincrasia de cada uno, y no impuestas o desagradables; una vida alegrada por el intercambio sin trabas de gentiles afectos, en que el ambiente moral ahoga todo sentimiento de odio y venganza, lucha y rivalidad. Tal es el estado político que todas las tribus y familias de los *Vril-ya* tratan de alcanzar, y hacia el cual todas nuestras teorías de gobierno van encaminadas. Verá usted cuán completamente opuesto es tal progreso al de las naciones sin civilizar, de donde usted viene, el cual tiende sistemáticamente a perpetuar las dificultades, preocupaciones, pasiones en lucha, condición que se agrava más y más a medida que avanzan en su camino."

"La más poderosa de todas las razas de nuestro mundo, fuera de la égida de los *Vril-ya*, se estima a sí misma como la mejor gobernada de todas las sociedades políticas y como la que ha alcanzado al máximo de sabiduría política que es posible alcanzar; de manera que creen que las demás naciones deben imitarla. Se rige sobre la más amplia base del *Koom-Posh*, es decir, el gobierno de los ignorantes o el de las mayorías. Funda el supremo bienestar en la emulación de unos con otros en todo, de manera que las malas pasiones nunca descansan; emulación por el poder, por la riqueza, por el predominio en algo, y en esta rivalidad es horrible oír los vituperios, las calumnias y las acusaciones que, aun los mejores y más nobles entre ellos, se lanzan unos a otros, sin remordimiento ni pudor."

"Hace algunos años" —dijo *Aph-Lin*— "visité dicho pueblo y su miseria y degradación resultaba más espantosa a causa de que constantemente se jactaban de su felicidad y grandeza, en comparación con el resto de su especie. Y no hay esperanza que este pueblo (el cual evidentemente se parece al de usted), pueda mejorar, porque todas sus ideas tienden a mayor descomposición. Desean ensanchar más y más sus dominios; en directa contradicción con la verdad de que, más allá de ciertos límites, es imposible asegurar a una comunidad la felicidad propia de una familia bien ordenada; y cuanto más perfeccionan el sistema basado en el predominio de unos pocos ricos y poderosos sobre millones de pobres y

desvalidos, más se alaban diciendo: "¡Ved con qué pocas excepciones, probamos la magnificencia de nuestro sistema!".

"En efecto" —replicó *Zee*—, "si la sabiduría de la vida humana consiste en aproximarnos a la serena igualdad de los inmortales, no puede haber caída más directa en dirección opuesta, que un sistema que aspira a llevar al extremo las desigualdades y turbulencias de los mortales. Ni tampoco alcanzo a ver cómo, basados en una creencia religiosa, los mortales que así obran, pueden aspirar a las alegrías de los inmortales, las cuales esperan alcanzar por el mero acto de morir. Por el contrario, las mentes acostumbradas a poner su felicidad en cosas tan contrarias a la divinidad, encontrarían muy aburrida tal felicidad, y anhelarían volver al mundo en que pueden reñir uno con otro."

CAPITULO XVI

He mencionado muchas veces la Varita mágica *Vril* y mis lectores esperarán, naturalmente, que la describa. Esto no puedo hacerlo con exactitud, porque nunca se me permitió manipularla, por temor de algún terrible accidente, a causa de mi ignorancia acerca de su empleo. Es hueca, y lleva en el puño varios registros, llaves o resortes, por medio de los cuales la fuerza puede ser alterada, modificada o dirigida, según se quiera utilizar para destruir o curar; para romper roca; para disparar vapores; para afectar cuerpos, o para ejercer alguna influencia sobre las mentes. Se lleva usualmente del cómodo tamaño de un bastón, pero es extensible y se puede alargar o acortar a voluntad.

Al usar la Varita se apoya el puño en la palma de la mano con los dedos índice y medio abiertos. Me aseguraron, no obstante, que el poder de la Varita no es igual para todos los que la manejan, sino que ciertas propiedades del *Vril* dependen de quien la maneja, en afinidad con el fin que se propone. Unos tienen más poder para destruir, otros para curar, etc.; mucho depende de la calma y fuerza de voluntad del manipulador. Ellos afirman que el pleno poder del *Vril* sólo pueden ejercerlo quienes posean cierto temperamento constitucional, que es hereditario.

En tales condiciones, una niña de cuatro años de las razas *Vril-ya*, puede hacer, con la Varita puesta por primera vez en sus manos, cosas que no podría hacer el más fuerte y hábil mecánico, que no pertenezca a dichas razas, aunque dedique toda su vida a la práctica. Unas Varitas son más complicadas que otras; las confiadas a los niños son más sencillas que las empleadas por los sabios de ambos sexos; las de los niños están construidas para el objeto especial al que los mismos se dedican; el cual, como dije antes, es para los más pequeños el de destruir. En las Varitas de las esposas y madres, el poder destructivo está anulado y en cambio, están cargadas con pleno poder curativo. Quisiera poder decir algo más sobre este

singular conductor del fluido *Vril*; pero sólo puedo decir que el mecanismo del mismo es tan delicado, como maravillosos son sus efectos.

Añadiré, sin embargo, que han inventado unos tubos, por medio de los cuales el fluido se puede hacer llegar a los objetos que haya que destruir a una distancia casi indefinida; me quedo corto si digo que tiene un alcance de 800 a 1000 kilómetros. Por otra parte, las fórmulas matemáticas, aplicadas a tal fin, son tan exactas y precisas que siguiendo las indicaciones de un observador en una nave aérea, cualquier miembro del departamento especial puede calcular sin equivocarse, el carácter de los obstáculos intermedios, la altura a que el instrumento disparador ha de elevarse y la carga necesaria, para destruir en un período de tiempo extraordinariamente corto, una ciudad dos veces más grande que Londres.

En verdad, los *Ana* son maravillosos mecánicos; en el sentido de aplicar sus facultades inventivas a usos prácticos.

En cierta ocasión, visité, acompañado de mi huésped y de su hija *Zee*, un gran museo público que ocupa un ala del Colegio de Sabios, en el cual se guardan, curiosos modelos de los torpes y primitivos experimentos de sus primeros tiempos; muchos dispositivos de los cuales nosotros nos enorgullecemos como conquistas modernas. En una sección, vimos abandonados como hierro viejo, unos tubos para destruir la vida por medio de bolas metálicas con polvo inflamable, contruidos sobre el principio de nuestras catapultas y cañones, pero muchos más mortíferos que nuestros más modernos instrumentos.

Mi huésped los miró con sonrisa de desdén, algo así como un oficial de artillería miraría a los arcos y flechas de los salvajes. En otra sección había modelos de vehículos y embarcaciones a vapor y un globo que pudo ser construido por Montgolfier. “Tales fueron” —dijo *Zee*, con aire de sabiduría meditativa— “los débiles intentos para dominar a la naturaleza, desarrollados por nuestros salvajes antepasados como si ya tuvieran un vislumbre de las propiedades del *Vril*.”

Esta joven *Gy*, era un magnífico modelo de la fuerza muscular, que las mujeres de aquel país alcanzan. Sus facciones eran hermosas, como las de todos los de su raza; nunca en nuestro mundo había yo visto un rostro tan divino y perfecto; pero su afición a los estudios más serios había dado a su semblante una expresión de mentalidad abstracta, que la hacía aparecer severa en sus momentos de reposo; tal severidad imponía, al contemplar su amplio busto y alta estatura. Era alta aun para un *Gy*; la vi levantar un cañón con tanta facilidad como si fuese una pistola.

Zee me inspiraba un secreto terror; terror que aumentó cuando entramos en la sección del museo en que se guardan los dispositivos actuados por medio del *Vril*; porque allí, al mero movimiento de su *Varita*, a la distancia ponía en movimiento voluminosas y pesadas sustancias. Parecía que las dotaba de inteligencia, como si la entendieran y obedecieran sus órdenes. Puso en acción complicados mecanismos, los ponía en marcha y los paraba y, en un período de tiempo muy corto, convirtió diversas clases de materias primas en simétricas obras de arte, completas y perfectas. Todos los efectos que el mesmerismo, o la electrobiología, produce en los nervios y músculos de los objetos animados, los producía esta joven *Gy*, con los movimientos de su delgada *Varita* sobre los resortes y ruedas de mecanismos inanimados.



Al manifestar a mis acompañantes mi asombro ante la influencia que *Zee* parecía ejercer sobre la materia inanimada, puesto que en nuestro mundo, yo sólo había presenciado fenómenos en los cuales estos organismos vivientes eran capaces de establecer sobre otros una influencia genuina en sí misma, pero a menudo exagerada por la credulidad o el engaño, *Zee*, a quien estas cuestiones interesaban más que a su padre, me hizo extender la mano y poniendo la suya al lado, me hizo notar ciertas diferencias en tipo y carácter. En primer lugar, el pulgar de la *Gy* (más tarde observé que era lo mismo en toda la raza, hombres y mujeres) era mucho más grande y más robusto, que el de nuestra especie sobre la tierra. La diferencia es casi tanta como entre el pulgar del hombre y el del gorila. En segundo lugar, la palma de la mano es proporcionalmente más gruesa que la nuestra; la piel infinitamente más fina y suave y de más calor natural. Más notable que esto es un nervio, perceptible bajo la piel, que arranca de la muñeca, rodea la punta del pulgar y se ramifica en el arranque de los dedos índice y medio. "Con vuestra débil formación del pulgar", dijo la filosófica joven *Gy*, "y la falta del nervio, que habrá usted visto más o menos desarrollado en las manos de nuestra raza, nunca podéis alcanzar más que un poder imperfecto sobre los agentes del *Vril*; pero en cuanto concierne al nervio, éste no se encuentra en las manos de nuestros progenitores, ni tampoco en las rudas tribus que no pertenecen a la raza de los *Vril-ya*."

Este nervio se ha ido desarrollando paulatinamente en el curso de generaciones, fortaleciéndose con el continuo ejercicio del poder del *Vril*; de consiguiente, en el curso de mil o dos mil años, puede que nazca en los más avanzados de vuestra raza, que se dediquen a la ciencia fundamental, gracias a la cual se alcanza el dominio de todas las fuerzas sutiles de la naturaleza impregnadas de *Vril*".

"Usted habla" —continuó *Zee*—, "de la materia como algo inerte y sin movimiento; seguramente sus instructores y tutores no han podido menos que explicarle que ninguna modalidad de materia es inerte y sin movimiento. Cada partícula está en movimiento constante y constantemente actúan sobre ella elementos, de los cuales el fuego es el más visible y activo; pero el *Vril* es más sutil y cuando es dirigido con habilidad, el más poderoso. Tanto, que la corriente lanzada por mi mano y dirigida por mi voluntad, no hace más que efectuar, con mayor rapidez y potencia, la acción del agente que eternamente obra sobre cada partícula de materia, por muy inerte y reacia que parezca. Si bien una masa de metal no es capaz de originar un pensamiento propio, no obstante, en virtud de su susceptibilidad

interna al movimiento, obtiene el poder de recibir el pensamiento del agente inteligente que actúa sobre él; pensamiento que si se le envía con la fuerza suficiente, gracias al poder del *Vril*, obliga a la masa a obedecer, como si se le aplicara una fuerza corporal. De momento, está animado por el "alma", que de tal manera se le infunde, que casi se puede decir que vive y razona. Sin esto no podríamos nosotros hacer que nuestros autómatas llenaran las funciones de criados”.

Me infundían demasiado respeto los músculos y los conocimientos de la joven *Gy* para que me atreviera a discutir con ella. Me acordaba haber leído, en mis días escolares, que un sabio, disputando con un Emperador romano, de pronto se quedó callado; al preguntarle el Emperador si ya no tenía nada más que decir, el sabio contestó: "No, César, no hay manera de argumentar contra un razonador que dispone de veinticinco legiones".

Aunque yo tenía la íntima convicción de que, cualesquiera que fuesen los verdaderos efectos del *Vril* sobre la materia, Mr. Faraday podría demostrar a *Zee* la superficialidad de su filosofía, en cuanto a la extensión del poder y causas del *Vril*, estoy seguro que aquella muchacha era capaz de volver el juicio a los miembros de la Academia, uno tras otro, al golpe de su dedo. Todos sabemos que es inútil discutir con una mujer sobre cuestiones que no entiende; pero discutir con una *Gy* de dos metros de estatura, sobre los misterios del *Vril*, es lo mismo que querer discutir en un desierto contra el huracán.

Entre las diversas secciones que formaban parte del vasto edificio del Colegio de Sabios, la que más me interesó fue la dedicada a la arqueología de los *Vril-ya*, la que comprendía una muy antigua colección de retratos.

Los pigmentos y el fondo empleados eran tan durables que hasta las pinturas, ejecutadas en fechas en remotas como los primeros anales de los chinos, retenían gran frescura y color. Al examinar tales colecciones, dos cosas me llamaron especialmente la atención: primeramente, que los cuadros que se decía databan de hacía 6000 y 7000 años, eran de un arte mucho más elevado que las producidas en los últimos 3000 o 4000 años; y en segundo lugar, que en los retratos del primer período los semblantes tenían un mayor parecido con los tipos europeos de nuestro mundo.

En efecto, algunos de dichos retratos me recordaban las cabezas italianas de los cuadros del Ticiano; expresaban ambición y astucia, preocupación o dolor en los surcos que las pasiones trazaron. Aquellos semblantes eran de hombres que vivieron en lucha y conflicto, antes que el descubrimiento de las fuerzas latentes del *Vril* cambiara el carácter de la sociedad; hombres que se disputaron el poder y la fama, como nosotros hacemos en nuestro mundo.

El tipo de rostro empezó a marcar decidido cambio mil años después de la revolución, originada por el *Vril*, haciéndose más serena con cada generación, diferenciándose más y más de las de sus desdichados y perversos antepasados; en cambio, el arte del pintor se hizo pobre y monótono.

Pero lo más curioso de la colección eran tres retratos pertenecientes a la época prehistórica; los cuales, según la tradición mítica, fueron hechos por orden de un filósofo cuyo origen y atributos están tan mezclados con simbólicas fábulas como los de un Buddha indio o un Prometeo griego.

A este misterioso personaje, sabio y héroe a la vez, hacen remontar su origen, todas las principales secciones de los *Vril-ya*.

Los retratos son: el del filósofo mismo, el de su abuelo y el de su bisabuelo y son de tamaño natural. El filósofo está vestido con una larga túnica, la que constituye un traje suelto cubierto de escamas, tomado quizás de algún pez o reptil; pero las manos y los pies son visibles; los dedos de ambos son extremadamente largos y palmados; el cuello es casi imperceptible y la frente es baja y achatada; en manera alguna la frente ideal del sabio. Los ojos son brillantes, pardos y saltones, la boca muy ancha, los pómulos salientes y el cutis barroso.

Según la tradición, este filósofo vivió en la edad patriarcal; en su edad madura, vivía todavía su abuelo y en su infancia conoció a su bisabuelo. El retrato del primero lo hizo, o lo hizo hacer, mientras vivía y el del segundo se hizo de su momia. El retrato del abuelo tenía las facciones y el aspecto del filósofo, sólo que con rasgos más exagerados; no llevaba vestido alguno y el color de su cuerpo era singular; el pecho y el estómago amarillos, los hombros y las piernas de un matiz bronceado mate. El bisabuelo era un magnífico modelo del género braciano; una rana gigante, pura y simple.

Entre los expresivos dichos que, según la tradición, legó el filósofo a la posteridad en forma rítmica y sentenciosa brevedad, se registra el siguiente: "Humillaos, descendientes míos; el padre de vuestra raza fue un *Twat* (renacuajo), Exaltaos, descendientes míos, porque la misma Idea divina, que se desenvuelve en vosotros al exaltaros, creó también a vuestro padre."

Aph-Lin me relató esta fábula mientras observábamos los retratos de los batracios.

No pude menos de replicarle: "Usted se burla de mi supuesta ignorancia y credulidad, como de un *Tish* sin cultura; pero aunque estos horribles mamarrachos tengan gran antigüedad, y fueran hechos como ruda caricatura, supongo que ninguno de vuestra raza, aun de las épocas más atrasadas, puede creer que el biznieto de una rana llegara a ser un sentencioso filósofo; o que sección alguna, no diré de los exaltados *Vril-ya*, pero ni siquiera de las más degradadas razas humanas puede tener su origen en un renacuajo".

"Perdone usted" —replicó *Aph-Lin*—, "en lo que llamamos 'Período de discusión o filosófico' de la historia, que tuvo su apogeo hace unos siete mil años, existió un naturalista muy distinguido, que demostró a satisfacción de numerosos discípulos, las analogías y coincidencias anatómicas en estructura entre un *An* y una rana, como prueba de que de la una debe haberse desarrollado el otro. Ambos tienen enfermedades que les son comunes; y están sujetos a los mismos microbios parásitos en los intestinos y, lo que es extraño, el *An* tiene en su estructura una vejiga nadadora, que ya no le sirve, pero que es un rudimento que prueba claramente su descendencia de la rana. . Tampoco existe argumento alguno contra esta teoría en la relativa diferencia en tamaño; porque todavía existen en nuestro mundo, ranas de dimensiones y estatura no inferior a la nuestra y todavía eran más grandes miles de años antes."

"Entiendo" —interrumpí yo—, "porque ranas tan enormes, según nuestros geólogos (quienes quizás las vieron en sueños) se dice que fueron distinguidos habitantes del mundo superior antes del Diluvio y tales ranas son las que probablemente se han perpetuado en los lagos y marismas de vuestras regiones subterráneas. Pero le ruego que prosiga."

"En el período de discusiones, era corriente que uno de los sabios contradijera lo que otro afirmaba. En efecto, era creencia en aquellos tiempos, que la razón humana sólo podía mantenerse a la debida altura, ejercitándola en constantes contradicciones. De consiguientes, mientras una Escuela filosófica sostenía que los *Ana* descendían de la Rana, otra Escuela lo negaba, afirmando que ésta, la Rana, era a todas luces, el desenvolvimiento mejorado del *An*. En apoyo de su tesis, esta última Escuela alegaba que la forma de la rana, tomada en conjunto, era más simétrica, que la del *An*. Aparte de la bella conformación de los miembros inferiores, los flancos y hombros de la mayoría de los *Ana* eran casi deformes y ciertamente mal proporcionados.

Por otra parte, la rana puede vivir en la tierra, lo mismo que en el agua; lo cual es un gran privilegio, que participa de esencia espiritual, que ha sido negado al *An*; puesto que el atrofiamiento de la vejiga natatoria, prueba en éste la degeneración de su desenvolvimiento más elevado de las especies. Además, las razas primitivas de los *Ana* hasta una época relativamente reciente, estaban, según parece, cubiertas de pelo. Barbas hirsutas deformaban los rostros de nuestros antepasados, las que se extendían en desorden por mejillas y barba; pelos, mi pobre *Tish*, como los que están desparramados por tu rostro."

"Pero el empeño de las razas superiores de los *Ana* —continuó *Aph-Lin*— durante incontables generaciones ha sido borrar todo vestigio de conexión con los vertebrados peludos; y consiguieron eliminar gradualmente las denigrantes excrecencias capilares, mediante una ley de selección sexual. Las *Gy-ei*, naturalmente, prefieren a la juventud de rostros tersos y suaves. El grado de la Rana en el orden de los vertebrados se pone de manifiesto en que carece, en absoluto, de pelo; ni siquiera lo tiene en la cabeza. Nace ya sin pelo; perfección que ni el *An* más bello ha podido alcanzar todavía, a pesar de incontables edades de cultura. La Escuela, a que me refiero, puso de manifiesto la maravillosa complicación y delicadeza del sistema nervioso y de la circulación arterial de la Rana, los cuales la hacen susceptible de un grado de sensibilidad al gozo, mucho mayor que el de nuestra estructura física inferior. El examen de la mano de la Rana (si se me permite emplear tal expresión), explica la mayor susceptibilidad de ésta al amor y a la vida social en general. En efecto, si amables y afectuosos son los *Ana*, mucho más lo son las Ranas. Como digo, estas dos escuelas filosóficas, discutieron entre sí; afirmando la una que el *An* es el tipo perfeccionado de la Rana; mientras la otra sostenía que la Rana era un desenvolvimiento más elevado del *An*. La opinión de los moralistas difería de la de los naturalistas; pero la masa de ellos estaba de acuerdo con la Escuela que daba la preferencia a la Rana. Decían, muy plausiblemente, que en conducta moral (o sea, la adherencia a las reglas mejor adaptadas a la salud y bienestar del individuo y de la comunidad) no cabía duda en cuanto a la vasta superioridad de la Rana."

"La historia entera de aquella época pone de manifiesto la inmoralidad general de la raza humana; el absoluto desprecio, que, aun los más famosos y encumbrados, demostraban por las leyes aceptadas como esenciales para la felicidad y bienestar general y de ellos mismos. En cambio, ni el crítico más severo de la raza Rana es capaz de descubrir en las maneras de ella, la más ligera desviación de la ley moral aceptada por todos. ¿Cuál, después de todo, puede ser la utilidad de una civilización, si el objetivo que persigue no es la superioridad en conducta moral; la prueba por la cual se ha de juzgar el progreso de la misma?"

"En fin, los adherentes a esta teoría suponían que en algún período remoto, la raza Rana había sido el desenvolvimiento mejorado de la humana; pero que, por causas

imposibles de conjeturar de manera racional, no conservaron su posición original en la escala de la naturaleza; mientras que los *Ana*, a pesar de su organización inferior, consiguieron aventajarlos, en razón de sus vicios, tales como ferocidad y marrullería; como ocurre a menudo en la misma raza humana, en la cual, tribus completamente bárbaras, por dichos vicios se han impuesto y han destruido o reducido a la insignificancia a tribus, de mayores dotes intelectuales y de más avanzada cultura."

"Desgraciadamente, tales discusiones se mezclaron con cuestiones religiosas de aquella época y como la sociedad estaba entonces administrada por un gobierno de los *Koom-Posh*; que, por ser de los más ignorantes, era el de los más levantiscos, la cuestión empezó a discutirse en la calle, dejando de lado a los filósofos. Los líderes políticos se dieron cuenta de que la cuestión de los Rana, tomada por el populacho, podía convertirse en el instrumento más valioso para satisfacer sus ambiciones. Durante mil años las guerras y las masacres se repitieron sin interrupción; durante ese largo período los filósofos de ambos bandos fueron asesinados y el gobierno de los *Koom-Posh* mismo llegó felizmente a su fin; ascendiendo en su lugar una familia que demostró positivamente que descendía del aborigen renacuajo. Esta dinastía dio Regentes despóticos a las varias naciones de la raza *An*. Estos déspotas desaparecieron al fin de nuestras comunidades, al mismo tiempo que, con el descubrimiento de *Vril*, se establecieron instituciones pacíficas, bajo las cuales han prosperado todas las razas *Vril-ya*."

"¿Y ahora, ya no existen discutidores o filósofos que renueven la disputa; o es que todos ellos aceptan que el origen de vuestra raza es el renacuajo?"

"No; tales disputas" —contestó *Zee*, con una desdeñosa sonrisa— "pertenecen a la Era negra de los *Pah-bodh*; ahora sirven para diversión de los infantes. Una vez conocemos los elementos de que están compuestos nuestros cuerpos; elementos comunes a los más humildes de los vegetales, ¿qué puede significar el hecho que el Omnisciente haya combinado tales elementos de una manera o de otra, a fin de crear aquello, a lo cual Él ha dado capacidad para recibir la idea de Él Mismo, junto con las diversas maravillas del intelecto a que tal idea ha dado nacimiento? El *An* comenzó, en realidad, a vivir como *An*, al recibir el don de tal capacidad y, con ella, la facultad de saber que, por muchas edades que transcurran acumulando sabiduría, nunca podrá combinar los elementos, a su disposición, como para formar un renacuajo."

"Dices muy bien, *Zee*" —dijo *Aph-Lin*—, "bastante es para nosotros, mortales de corta vida, llegar a la seguridad razonable de que descienda o no el *An* del renacuajo, la posibilidad de volver a serlo no es para él mayor que para las instituciones de los *Vril-ya* caer de nuevo en el palpitante tembladeral y período de lucha de un *Koom-Posh*".

CAPITULO XVII

Como los *Vril-ya* no podían gozar de la contemplación de los cuerpos siderales, ni había en la región diferencia alguna entre el día y la noche, aparte de la que ellos mismos establecían, regulando la luz, no seguían como es natural, el mismo proceso que nosotros para dividir su tiempo; no obstante, con la ayuda de mi reloj, que felizmente conservaba, me fue fácil computar su tiempo con gran precisión. Dejo para otra obra, que me propongo escribir sobre la ciencia y literatura de los *Vril-ya* (si vivo para completarla), todos los detalles sobre la manera en que ellos anotaban el tiempo. Me contentaré con decir que la duración del año difiere muy poco del nuestro; pero las subdivisiones no son las mismas. Su día (incluyendo lo que llamamos noche), consta de veinte horas, en vez de nuestras veinticuatro; pero su año comprende el número adicional de días correspondiente. Ellos dividen las veinte horas de su día así: ocho horas, llamadas "horas de silencio", para reposo; ocho horas, llamadas "horas activas", para las ocupaciones y actividades de la vida; y cuatro horas, llamadas "'Tiempo fácil" (con el cual cierran el día), para fiestas, deportes, recreo, conversaciones de familia, de acuerdo con los gustos e inclinaciones de cada cual. Pero, en verdad, no se conocía noche al aire libre. Mantienen a todas horas, tanto en las calles como en el campo de los alrededores, la misma intensidad de luz. Únicamente, bajo techo, amortiguan la luz al grado de un suave crepúsculo durante las horas de silencio. Tienen gran horror a la oscuridad y sus luces nunca se extinguen completamente. En ocasión de festivales, continúa la duración de la plena luz; pero señalan la distinción entre noche y día por medio de dispositivos mecánicos, que llenan la función de nuestros relojes. Los *Ana* son muy amantes de la música; de la cual se valen para que sus cronómetros marquen las principales divisiones del tiempo. Al dar cada una de sus horas, durante el día, los sonidos de los relojes públicos, mezclados con los de las casas y de las granjas, diseminadas por los campos, alrededor de la ciudad, producen un efecto singularmente agradable a la vez que extrañamente solemne. Pero durante las horas de silencio tales sonidos están amortiguados, de manera que sólo son audibles débilmente para un oído desvelado.

Los *Vril-ya* no tienen cambio de estaciones; por lo menos en el territorio de la tribu que me alojaba; la atmósfera era muy uniforme; muy tibia como en un verano italiano; más húmeda que seca; por la tarde ordinariamente sin viento; pero, a veces, llegaban fuertes ráfagas de las rocas que constituían los linderos de aquellos dominios. El tiempo para ellos era igual para sembrar o cosechar, como en las Islas de Oro de los antiguos poetas. A un mismo tiempo se podía ver las plantas tiernas, brotando y en flor y las crecidas con fruto. No

obstante, los frutales se despojaban de sus hojas o cambiaban el color de las mismas, una vez que habían dado su fruto.

Pero lo que más me interesó, en relación con sus divisiones del tiempo, fue la determinación del término medio de duración de la vida entre aquella gente. Después de minuciosas averiguaciones, descubrí que el tiempo medio de vida era en ellos mucho más largo que el que se nos concede en la superficie de la tierra. Lo que son setenta años para nosotros eran cien para ellos. Esta longevidad no es la única ventaja. Entre nosotros, pocos alcanzan a vivir setenta años; entre ellos muy pocos viven menos de cien años; además gozan, en general, de muy buena salud y vigor, lo cual hace de la vida una bendición hasta el último instante. Varias causas contribuyen a ello; entre otras: la ausencia de toda clase de estimulantes alcohólicos y la moderación en la comida. Muy especialmente, quizás, contribuye a ello una serenidad mental no perturbada por ocupaciones agitadas o por pasiones vehementes. No están atormentados, como nosotros, por la avaricia, ni la ambición; son al parecer indiferentes al deseo de fama; son capaces de gran afecto; pero manifiestan su amor en complacencia tierna y alegre, la cual constituye su felicidad y, al parecer, muy rara vez su desgracia. Como la *Gy* está segura de casarse, como ella elija, y como en aquella raza, al igual que en la nuestra la felicidad del hogar depende principalmente de la mujer; la *Gy*, una vez elegido el compañero de su preferencia, es condescendiente con las faltas de éste, consulta sus gustos y hace cuanto puede para atraerse su afecto. La muerte de un ser querido es entre ellos, igual que entre nosotros, causa de tristeza; pero son muy pocos los que mueren antes de la edad en que la muerte es más bien una liberación. Por otra parte el cónyuge y los familiares del muerto se consuelan más fácilmente que nosotros porque tienen la convicción de reunirse con el ausente en otra vida, aun más feliz; algo que entre nosotros no es corriente.

Todas esas circunstancias concurren a una sana y gozosa longevidad; aunque, indudablemente, mucho se debe a su organización hereditaria. Según los archivos, sin embargo, en los primeros tiempos de aquella, civilización, cuando vivían en comunidades muy parecidas a las nuestras, agitadas por aguda competencia, sus vidas eran mucho más cortas y sus enfermedades más numerosas y graves. Ellos aseguran que la duración de la vida ha aumentado y continúa aumentando, gracias al descubrimiento de las propiedades medicinales y vigorizantes del *Vril*, aplicado como agente curativo. Pocos entre ellos se dedican regularmente a la práctica de la medicina, como profesión, y estos pocos son principalmente *Gy-ei*, las cuales, especialmente si son viudas sin hijos, encuentran gran deleite en el arte de curar y hasta actúan como cirujanas, en caso de necesidad, por accidente y más raramente por enfermedad.

Los *Ana* tienen sus diversiones y entretenimientos. Durante las horas de "tiempo fácil" del día, acostumbran a reunirse en gran número, a fin de practicar los vuelos deportivos, que he descrito antes. Poseen también salas para conciertos y hasta teatros; en los cuales representan obras, que a mí me parecieron algo semejante a las de los chinos; drama cuya acción se remonta a tiempos lejanos, a juzgar los caracteres y escenas. La unidad clásica está terriblemente violentada; el héroe es un niño en una escena y un viejo en la siguiente y así por el estilo. Estas obras son de composición muy antigua. Las encontré en conjunto, extremadamente aburridas, aunque acompañadas de sorprendentes efectos mecánicos. Tienen algunas farsas bastante humorísticas y piezas con pasajes de gran fuerza y vigor, expresados en lenguaje muy poético, aunque sobrecargado de metáforas. En resumen, las obras teatrales de los *Ana* me parecieron algo así como las obras de Shakespeare debieron parecer a un parisién del tiempo de Luis XV o quizás a un inglés del reinado de Carlos II.

El auditorio, del cual las *Gy-ei* componían la mayor parte, parecía gozar grandemente de la representación de tales dramas, lo cual para una raza tan serena y majestuosa de damas, me sorprendió grandemente. Pero muy luego me di cuenta de que todos los actores eran jóvenes, que no habían alcanzado a la edad de la adolescencia, cuyas madres y hermanas asistían a la representación para complacerlos.

He dicho que tales dramas eran muy antiguos. Al parecer, desde hacía varias generaciones no se producían obras de imaginación de suficiente importancia como para sobrevivir más que un breve tiempo. En efecto, aunque no faltaban publicaciones nuevas y tenían lo que podía llamarse periódicos, éstos estaban dedicados principalmente a las ciencias mecánicas; a dar cuenta de los nuevos inventos; noticias sobre diversas cuestiones de orden comercial; en otras palabras, a cuestiones prácticas. A veces, un niño escribe algún relato de aventuras, o una *Gy* da expresión a sus esperanzas o temores de amor en un poema; pero tales efusiones tenían poco mérito, y eran leídas sólo por niños y muchachas solteras. Las obras más interesantes, de carácter puramente literario, eran relatos de exploraciones y de viajes por otras regiones de aquel mundo subterráneo, escritos por jóvenes emigrantes, relatos que eran leídos ávidamente por los parientes y amigos que habían dejado.

No pude menos de expresar a *Aph-Lin* mi asombro por el hecho de que careciera de literatura contemporánea una comunidad tan avanzada en ciencias mecánicas, las cuales habían alcanzado progreso tan maravilloso, y cuya capacidad intelectual se había puesto de manifiesto al realizar tan cumplidamente la obra de dar bienestar al pueblo; algo, que los filósofos y políticos de sobre la tierra han declarado, después de edades de controversia, completamente irrealizable. Era tanto más de notar tal falta, si se tiene en cuenta la excelencia que su cultura había dado al idioma, el cual era, a la vez, rico, sencillo, vigoroso y musical.

A esto contestó mi huésped: "¿No comprende usted que una literatura, tal como la concibe, es enteramente incompatible con la perfección del bienestar social o político que nos honra en creer que hemos alcanzado? Después de siglos de esfuerzo, hemos alcanzado una forma de gobierno que nos satisface; en la cual, como no admitimos diferencias en rango, ni rendimos a los administradores honores que los distinguen de los demás, no hay estímulo a la ambición personal. Nadie leería obras exponentes de teorías que implicaran cambios políticos y sociales; por lo mismo nadie las escribe. Si alguna vez aparece un *An*, que no está satisfecho con nuestro tranquilo modo de vivir, no lo ataca, simplemente se va. De consiguiente, toda esa literatura (que a juzgar por los libros antiguos en nuestras bibliotecas, era muy abundante) relacionada con teorías especulativas sobre la sociedad, se ha extinguido completamente.

Por otra parte, antiguamente se escribió mucho con respecto a los atributos y esencia del Supremo-Bien, argumentando en pro y en contra del estado futuro; pero ahora admitimos dos hechos; a saber: 1. Que existe un Ser Divino, y 2. Que existe un estado futuro. Además hemos convenido todos que, aunque escribamos hasta gastar la carne de nuestros dedos hasta el hueso, no podremos echar luz alguna sobre la naturaleza y condiciones de ese estado futuro; ni tampoco avivar nuestra comprensión de los atributos y esencia del Ser Divino. De manera que esta otra rama de la literatura ha quedado felizmente extinguida para nuestra raza. Digo felizmente, porque en tiempos en que se escribía mucho sobre temas de los cuales nada se podía decir en definitiva, la gente vivía en un estado de constante controversia y disensión. De allí que una gran parte de nuestra literatura antigua consiste en

relatos históricos de guerras y revoluciones del tiempo en que los *Ana* vivían en sociedades turbulentas y numerosas, cada cual persiguiendo su engrandecimiento a costa de los demás. Usted ve nuestro modo sereno de vivir ahora; hemos vivido durante muchas edades. No tenemos acontecimientos que hagan crónica. ¿Qué más se puede decir de nosotros? Nacieron, vivieron felices y murieron. Ahora, con respecto a la literatura más imaginativa tal como la que llamamos '*Glaub-sila*' y, familiarmente '*Glaubs*', y que vosotros llamáis poesía, la razón de su decadencia entre nosotros es bien manifiesta."

"Vemos, que las obras maestras de esa clase de literatura (que todos leemos con gusto, pero de la que nadie toleraría imitaciones) describen, en su mayor parte, pasiones que ya no sentimos, tales como: ambición, venganza, amor superficial y prohibido, ansia de renombre guerrero u otras por el estilo. Los viejos poetas vivieron en una atmósfera impregnada de esas pasiones, de manera que sentían agudamente lo que expresaban tan brillantemente. Nadie puede expresar tales pasiones ahora; porque nadie es capaz de sentirlas; ni tampoco encontraría simpatía en sus lectores, si lo hiciera. Por otra parte, el elemento principal de la vieja poesía está en la disección de los complejos misterios del carácter humano, que arrastran a vicios anormales y al crimen, o conducen a señaladas y extraordinarias virtudes. Pero nuestra sociedad no sintiéndose tentada a cometer crímenes o a tener vicios, necesariamente ha hecho la moral media tan pareja, que no tenemos virtudes muy destacadas. Careciendo, pues, de fuertes pasiones, grandes crímenes, heroicidades y excelsas virtudes, que antiguamente constituían el suculento manjar de la poesía, nada más natural que muera de inanición, o que viva con dieta muy escasa. Tenemos todavía la poesía descriptiva de paisajes, arboledas, las aguas y la vida familiar. Nuestras jóvenes *Gy-ei* entretienen en sus versos de amor mucho de esta clase insípida de composiciones."

"Tal poesía", repliqué yo, "ha de ser encantadora. Entre nosotros tenemos críticos, que la estiman muy superior a la que describe crímenes, o analiza las pasiones del hombre. De todas maneras, la literatura que usted califica de insípida, atrae, entre las gentes que he dejado sobre la tierra, más lectores que ninguna otra".

"Posiblemente", dijo mi interlocutor, "pero, en tal caso, supongo que los escritores se esmerarán mucho en el lenguaje, y que se dedican a la cultura y al esplendor de las letras como arte".

"Ciertamente", dije. "Todos los grandes poetas han de hacer eso mismo. Aunque el don de la poesía sea innato, es necesario cultivarlo con sumo empeño, para que otros gocen de él; así como un trozo de metal se ha de trabajar para hacer de él una de vuestras máquinas".

"Indudablemente", comentó él, "vuestrós poetas han de tener algún incentivo para elaborar tales bellezas verbales".

"Diré..., por instinto cantarían como los pájaros; pero para cultivar el canto y convertirlo en belleza verbal o artificial, nuestros poetas necesitan, quizás, el incentivo de la fama, unos; y la necesidad de comer, otros!".

"Eso precisamente", replicó *Aph-Lin*, "pero en nuestra sociedad no damos fama a nada, que el hombre pueda hacer en el período, que llamamos 'vida'". Pronto perderíamos la igualdad, que constituye la feliz esencia de nuestra comunidad, si seleccionáramos a algún individuo para darle prominencia. Ello le daría algún poder y desde ese momento

despertarían las malas pasiones que hoy duermen; otros hombres ambicionarían la misma alabanza; surgiría la envidia, con ésta el odio, el cual traería la calumnia y la persecución. Nuestra historia nos dice que la mayoría de los poetas y escritores más alabados y ensalzados fueron también los más vituperados; en general fueron muy desgraciados, en parte a causa de los celos de sus rivales, en parte debido a la constitución mental enfermiza, consecuencia de la mayor sensibilidad a la alabanza y al vituperio. En cuanto al estímulo de la necesidad, ningún hombre, en nuestra comunidad, conoce el aguijón de la pobreza; en segundo lugar, si fuera pobre, cualquier otra ocupación le resultaría más lucrativa que la de escribir."

"Nuestras bibliotecas públicas contienen todos los libros del pasado, que el tiempo ha preservado; tales libros, por las razones expresadas, son infinitamente mejores que cualquiera que se escribiera en la actualidad, y todo el mundo puede leerlos sin costo alguno. No somos tan tontos como para pagar por leer libros de clase inferior, cuando podemos leer los mejores por nada."

"Entre nosotros", dije yo, "la novedad tiene atractivos; tanto que un libro nuevo, aunque malo, se lee; mientras un libro viejo, por bueno que sea, se deja de lado".

"¡Novedad!" exclamó mi amigo. "Para estados bárbaros de la sociedad, en lucha desesperada por algo mejor, tendrá indudablemente un atractivo, que se nos niega a nosotros, que no percibimos valor alguno en esas novedades. Después de todo, como dijo uno de nuestros grandes autores, hace cuatro mil años: "quien estudia libros viejos, siempre encuentra en ellos algo nuevo; y quien lee libros nuevos también encontrará siempre algo viejo en ellos." Pero, volviendo a la cuestión, no habiendo entre nosotros alicientes para labor minuciosa, sea el deseo de fama o la presión de la necesidad, los de temperamento poético le dan expresión por medio del canto, según usted dice; como cantan los pájaros; pero, por falta de cultura complicada, carece de auditorio y, faltando éste, se desvanece, entre las ordinarias ocupaciones de la vida."

"Bien", repliqué yo, "¿cómo es que la ciencia no sufre de falta de interés como la literatura?"

"Tal pregunta me sorprende"; contestó mi huésped. "El móvil de la ciencia es el amor a la verdad, sin consideraciones de fama; además, la ciencia entre nosotros se dedica a fines prácticos esenciales a la conversación social y las comodidades de la vida diaria. El inventor no pide fama; ni se le da. Disfruta en una ocupación, que está de acuerdo con sus gustos, y no necesita el desgaste causado por las pasiones. El hombre necesita ejercitar su mente, lo mismo que el cuerpo, y el ejercicio constante es mejor que el violento, para ambos. Nuestros cultivadores de la ciencia más ingeniosos son, por regla general, los que viven más y gozan de mejor salud. La pintura es un entretenimiento para algunos; pero el arte no es lo que fue en los antiguos tiempos; cuando los grandes pintores, de nuestras varias comunidades, competían por el premio de una corona de oro, que les daba rango social, igual al de los reyes, bajo cuyo cetro vivían. Habrá usted notado seguramente, en nuestro departamento arqueológico, cuántos más artísticos son los cuadros de hace varios miles de años."

"Posiblemente, debido a que la música está, en realidad, más aliada a la ciencia que la poesía, de entre todas las bellas artes, es la que mejor florece entre nosotros. No obstante, la falta de estímulo en forma de alabanzas o fama, hasta en la música, ha impedido que unos individuos se destaquen sobre otros. En cambio, nuestra música coral es excelente, con la

ayuda de vastos instrumentos mecánicos en los cuales utilizamos el agua en gran medida, con preferencia a ejecutantes solos. Apenas hemos tenido compositores originales desde hace algunas edades. Nuestros aires favoritos son, en sustancia, muy antiguos; pero se han introducido en ellos muchas variaciones complicadas, obra de músicos mediocres, aunque ingeniosos."

Queriendo variar el tema, pregunté a mi huésped si entre las tribus *Ana* no había algunas animadas por pasiones; propensas al crimen y que admitieran las diferencias en condición, en intelecto y en moralidad, que el estado de su tribu y los *Vril-ya* en general, habían trascendido en su progreso hacia la perfección. "Si así fuera, entre tales comunidades, quizás, la poesía y las artes hermanas continúan siendo honradas y cultivadas."

"Existen tales sociedades en regiones remotas"; me contestó; "pero no las admitimos en las comunidades civilizadas; apenas les damos el nombre de *Ana*, y en manera alguna el de *Vril-ya*. Son bárbaros, que viven todavía principalmente en ese inferior estado del ser *Koom-Posh*, el cual tiende necesariamente, a la horrible disolución del estado que llamamos *Glek-Nas*. Pasan su mísera existencia en conflicto perpetuo y en cambio constante. Cuando no pelean con sus vecinos, pelean entre ellos mismos. Están divididos en secciones que se molestan, se roban y, a veces, se asesinan mutuamente; todo por cuestiones nimias que a nosotros nos resultarían incomprensibles, si no leyéramos historia y viéramos que también nosotros hemos pasado por los mismos estados de ignorancia y de barbarie. Por cualquier tontería se pelean; pretenden que son todos iguales; pero cuanto más luchan para serlo, para eliminar todas las distinciones, más patentes se hacen las disparidades, porque no les queda ninguno de los afectos y vinculaciones hereditarias, que hagan más soportable la diferencia de condición entre los muchos que no tienen nada y los pocos que lo tienen todo. Naturalmente los muchos odian a los pocos; pero, sin éstos, aquéllos no podrían vivir. Los muchos siempre atacan a los pocos; a veces los exterminan; pero enseguida surgen, de los muchos, nuevos pocos; luchar con los cuales es más difícil que con los antiguos. En las numerosas sociedades, en que la fiebre dominante es la competencia, para tener algo, ha de haber siempre muchos que pierden y pocos que ganan. En resumen, la gente a que me refiero son salvajes, buscando a tientas su camino en la oscuridad, hacia un vislumbre de luz, los cuales merecerían nuestra conmiseración por sus dolencias; si, como todos los salvajes, no provocaran, con su arrogancia y crueldad, su propia destrucción. ¿Puede usted imaginar que criaturas de esa clase, armadas sólo de las miserables armas como las de nuestro museo de antigüedades, toscos tubos de hierro, cargados de salitre, han amenazado, más de una vez, a una tribu de *Vril-ya*, que mora cerca de ellos? Fiados en que ellos son treinta millones de habitantes y la tribu sólo tiene unos cincuenta mil, pretenden que ésta acepte sus ideas de *Soc-Sec* (métodos financieros), determinados principios de comercio que tienen la impudicia de llamar 'ley de la civilización'".

"¡Pero treinta millones de habitantes son un formidable peligro contra cincuenta mil!" exclamé.

Mi huésped me miró asombrado. "Extranjero", me dijo. "Debo decirle que la tribu amenazada pertenece a los *Vril-ya* y sólo espera que los salvajes declaren la guerra, para encargar a una media docena de muchachitos que destruya a toda la población."

Al oír tales palabras, un escalofrío de horror recorrió todo mi cuerpo; pues me reconocía más afín de los "salvajes", de quienes hablaba, que de los *Vril-ya*; a la vez recordaba mis alabanzas de las gloriosas instituciones americanas a las cuales *Aph-Lin*

condenaba como *Koom-Posh*. Recobrando mi aplomo, pregunté si habría medios por los cuales pudiera yo visitar, sin peligro, tan temerario y lejano pueblo.

“Puede viajar sin riesgo por medio del *Vril*, sea por tierra o por aire, a través de diversas comunidades, con los cuales estamos aliados, o son de nuestra clase; pero no puedo dar seguridades en naciones bárbaras, gobernadas por leyes diferentes a las nuestras; naciones, en efecto, tan ignorantes, que muchos de sus habitantes viven del robo entre ellos; en donde, durante las ‘horas de silencio’, uno no puede, ni siquiera, dejar abierta la puerta de su casa.”

En esto, nuestra conversación fue interrumpida por la llegada de *Taë*, quien vino a decirnos que había sido comisionado para descubrir y destruir el enorme reptil que yo había visto a mi llegada, al que había estado buscando. Al no encontrarlo, se inclinó a sospechar que mis ojos me habían engañado, o que la bestia se había internado entre las rocas, hacia las regiones salvajes donde moran los de su especie; pero después descubrió rastros de su guarida por la gran destrucción de hierba en la orilla de uno de los lagos. “Estoy seguro”, añadió *Taë*, ‘que está oculto dentro de ese lago. Así que’ (dirigiéndose a mí), “he creído que te divertirás viendo la manera cómo destruimos a tan desagradables visitantes”. Miré al muchacho y traje a mi memoria el tamaño enorme de la criatura, que se proponía exterminar y tuve miedo por él y, quizás, por mí, si lo acompañaba en tal cacería. Pero pudo más mi curiosidad por ver los efectos destructivos de aquel tan alabado *Vril*; además no me quise rebajar a los ojos de aquel infante, descubriendo mi temor por mi seguridad personal. En consecuencia, di gracias a *Taë*, por su cortés “invitación” y me manifesté dispuesto a acompañarlo en tan divertida expedición.

CAPITULO XVIII

Al salir *Taë* y yo de la ciudad, dejamos el camino principal a la izquierda y nos internamos en los campos. La extraña y solemne belleza del paisaje, todo iluminado hasta el mismo borde del horizonte, me tenían tan fascinado que apenas atendía a la charla de mi acompañante.

En los campos a ambos lados del camino se trabajaba en diversas faenas todas ejecutadas por máquinas, las formas de las cuales eran nuevas para mí; la mayor parte muy aiosas; pues, entre aquellas gentes el arte era cultivado por mera utilidad y se manifestaba en el adorno y refinamiento de las formas de los objetos. Como los metales preciosos y las joyas eran muy abundantes, los derrochaban en cosas dedicadas a los fines más comunes; y el amor a la utilidad los llevaba a embellecer las herramientas y excitaba su imaginación a un grado desconocido para ellos mismos.

En todo servicio, sea bajo techo o al aire libre, emplean mucho a las figuras autómatas; las cuales son mecanismos tan ingeniosos y tan adaptables a las operaciones de *Vril*, que parecen realmente dotados de razón. Las figuras que vi guiar y dirigir los rápidos movimientos de las grandes máquinas, apenas se distinguían de los seres humanos capaces de pensar.

Poco a poco, a medida que caminábamos, fui prestando mayor atención a las agudas y vivaces observaciones de mi compañero. La inteligencia de los niños de esta raza es maravillosamente precoz; quizás debido a la costumbre de confiarles, desde tan tierna edad, las tareas y responsabilidades de la edad madura. Realmente, al conversar con *Taë*, me parecía encontrarme con un hombre superior y observador de mi misma edad. Le pregunté si podía calcular el número de comunidades en que estaba subdividida la raza *Vril-ya*.

"No exactamente", me contestó, "porque se multiplican naturalmente cada año, a medida que el sobrante de cada una emigra. Pero he oído decir a mi padre que, según el último censo, hay como un millón y medio de comunidades, que hablan nuestro idioma y que han adoptado nuestras instituciones y formas de vida y de gobierno; pero creo que con algunas diferencias, sobre las cuales es mejor que le preguntes a *Zee*. Ella sabe más que muchos *Ana*. El *An* se interesa mucho menos que la *Gy* por las cosas que no le atañen directamente. Las *Gy-ei* son criaturas investigadores".

"¿Se limita cada comunidad al mismo número de familias, o número de habitantes, que vosotros tenéis?" pregunté.

"No; algunas tienen menos, otras muchos más; depende de la extensión de tierra que se apropian, o del grado de excelencia que ha alcanzado su maquinaria. Cada comunidad fija sus propios límites, según las circunstancias; procurando siempre que nunca haya pobres de especie alguna, para lo cual se tiene cuidado que la población no exceda de la capacidad productiva del dominio. Además ningún estado ha de ser tan grande, para un gobierno que se parece mucho al de una simple familia bien ordenada. Me imagino que ninguna comunidad *Vril* excede de treinta mil hogares. Pero, en general, cuanto más reducida es la comunidad, con tal que disponga de la mano de obra necesaria para hacer producir

plenamente el territorio que ocupa, más rico es cada miembro de la misma; mayor es la suma con que contribuye a la tesorería general; sobre todo más feliz y tranquilo es el entero cuerpo político, y más perfectos los productos de su industria. La comunidad, reconocida por todas las tribus *Vril-ya* como de civilización más avanzada, y que ha desarrollado mas plenamente la fuerza del *Vril* es, quizás, la menos numerosa. Se limita a cuatro mil familias; pero han cultivado cada palmo de terreno con la máxima perfección; su maquinaria sobrepasa a la de cualquier otra tribu; los productos de su industria, sin excepción alguna, son los más buscados y a precios extraordinarios, por las otras tribus de nuestra raza. Todas nuestras tribus toman a ese estado como modelo. Estamos convencidos de que alcanzaremos el grado más elevado de civilización, permitido a los mortales, si podemos combinar el más alto grado de felicidad, con el más alto grado de desenvolvimiento intelectual; es claro que cuanto menos numerosa sea la comunidad, más fácil es conseguirlo. La nuestra es demasiado numerosa."

Esta contestación me dio que pensar. Vino a mi memoria el pequeño estado de Atenas, el cual, con sólo veinte mil ciudadanos libres, es, hasta hoy, considerado, por las naciones más poderosas, como el guía supremo y como modelo en todo lo intelectual. Sólo que, entonces, Atenas permitió fiera rivalidad y cambio perpetuo y, decididamente, no fue feliz. Volviendo de mis divagaciones, a que tales reflexiones me llevaron, volví al de la emigración.

"Pero", dije, "supongo que cuando, cada año, un cierto número de entre vosotros deciden abandonar sus hogares y fundar una nueva comunidad en otra parte, serán necesariamente, pocos; apenas los suficientes, aun contando con las máquinas, para despejar el terreno, construir ciudades y constituir un estado civilizado, con todas las comodidades y lujos a que están acostumbrados".

"Estás equivocado", contestó el niño. "Todas las comunidades de la raza *Viril-ya* están en constante comunicación entre sí; cada año se acuerda el número que, de cada comunidad, se unirán a los emigrantes de otra, a fin de crear un estado de capacidad suficiente. Para ello, se decide de común acuerdo el lugar del nuevo estado, al menos con un año de anticipación; cada estado envía avanzadas, para que nivelen el terreno, embalsen las aguas y construyan casas; de manera que, al llegar los emigrantes, encuentran casas construidas y el terreno parcialmente preparado. Nuestra vida activa y dura, cuando niños, hace que miremos con alegría la oportunidad de viajar y correr aventuras".

"¿Se eligen siempre terrenos deshabitados y sin cultivar para los emigrantes?" pregunté.

"Hasta ahora, casi siempre; porque tenemos por norma no destruir, sino en caso indispensable para nuestro bienestar. Naturalmente, no nos podemos establecer en tierras ocupadas por *Vril-ya*; si tomamos las tierras cultivadas de otras razas *Ana*, tenemos que destruir completamente a los habitantes que allí haya. Ocurre, a veces, que tomamos vastos lugares y encontramos alguna raza de los *Ana*, molesta y peleadora, especialmente si está bajo la administración del *Koom-Posh* o del *Glek-Nas*; quienes no gustan de nuestra vecindad y nos buscan pelea. En tales casos, naturalmente, como amenazan nuestro bienestar, los destruimos; no hay manera de hacer arreglos de paz con una raza tan idiota, que cambia constantemente la forma de gobierno que la representa. El régimen *Koom-Posh*, dijo el niño enfáticamente, "es muy malo; no obstante, tienen alguna inteligencia; y no les

falta corazón; pero en los *Glek-Nas*, la mente y el corazón de las criaturas desaparecen y se convierten en quijadas, garras y vientre".

"Te expresas con mucho fuego. Permíteme que te diga que yo mismo soy ciudadano de un *Koom-Posh*; de lo que me siento orgulloso."

"Ya no me maravillo", contestó *Taë*, "de verte aquí tan lejos de tu país. ¿En qué condición estaba tu comunidad nativa, antes de convertirse en un *Koom-Posh*?"

"Era una colonia de emigrantes, como los que vuestra tribu envía. Por lo demás difiere de vuestras colonias en que por un tiempo dependieron del Estado del que los emigrantes habían salido. Más tarde se sacudieron el yugo y, coronados de gloria eterna, fueron desde entonces un *Koom-Posh*."

"¿Gloria eterna! ¿Cuánto duró ese *Koom-Posh*?"

"Unos cien años."

"El término de vida de un *An*. Una comunidad bien joven, por cierto. En mucho menos de otros cien años, vuestro *Koom-Posh* será un *Glek-Nas*."

"No lo creas, los Estados más viejos del mundo, de donde yo vengo, tienen tanta fe en la solidez de nuestro régimen que van gradualmente adaptando sus instituciones a las nuestras. Los políticos más serios de esos Estados dicen que, les guste o no, la tendencia inevitable es hacia el *Koom-Posh*."

"¿Los Estados viejos?"

"Sí, los Estados viejos."

"¿Con poblaciones demasiado pequeñas, en proporción al terreno productivo?"

"Al contrario, con poblaciones muy grandes en proporción a su área."

"¡Ya veo!; Estados viejos verdaderamente. Tanto que llegarán muy pronto a ser decrepitos si no hacen emigrar la población sobrante, como hacemos nosotros. ¡Estados muy viejos; demasiado viejos! Dime, *Tish*, ¿no te parecería ridículo que hombres muy viejos trataran de caminar con las manos y los pies en alto, como los niños muy pequeños? Y si les preguntaras, por qué hacen tales travesuras, ¿no te reirías si te contestaban que esperaban volver a la infancia imitando a los infantes? La historia antigua abunda en casos parecidos de hace muchos miles de años; en cada caso, el Estado que jugó a ser *Koom-Posh*, muy pronto cayó en *Glek-Nas*. Entonces, horrorizado de sí mismo, anheló un amo, como un viejo en su decrepitud llora por una nodriza. Después de una sucesión de amos y nodrizas, más o menos larga, ese mismo viejo estado desapareció de la historia. Un estado antiguo que intente el régimen *Koom-Posh*, se parece al viejo que derriba la casa en que ha vivido; queda tan exhausto, perdido todo su vigor, que no le queda fuerza más que para construir una mísera choza, en la que él y sus sucesores pasarán el tiempo gimiendo: 'Cómo sopla el viento; cómo sacude las paredes'."

“Mi querido *Taë*, te perdono tus palabras sin fundamento, que cualquier niño de escuela, educado en un *Koom-Posh* fácilmente rebatiría, aunque no estuviera tan precozmente familiarizado con la historia como tú parece estarlo.”

“¿No tan familiarizado! De todos modos, ¿acaso un niño de escuela, educado en tu *Koom-Posh*, pediría a su bisabuelo que se parara de cabeza con los pies en alto? Y si el viejo vacilara le diría: ¿Qué temes? ¡Mira cómo lo hago yo!”

“*Taë*, desdeño discutir con un niño de tu edad. Repito, comprendo que te falta la cultura, que sólo un *Koom-Posh* puede dar.”

“Yo a mi vez”, contestó *Taë*, con expresión de afable, pero orgullosa buena educación, característica de su raza, “comprendo que no has sido educado entre los *Vril-ya*; y te pido que me perdones, por no haber tenido el debido respeto a los hábitos y opiniones de tan amigable *Tish*”.

Debiera yo haber observado antes, que mi huésped y su familia me llamaban, comúnmente "*Tish*", como nombre cariñoso y cortés; el cual metafóricamente significaba, “pequeño bárbaro”; literalmente “ranita”. Los niños dan este nombre cariñoso a las especies de ranas domésticas, que guardan en sus jardines.

Mientras tanto, habíamos llegado a las orillas del lago. *Taë* se detuvo a mostrarme los destrozos, hechos en los campos que lo rodean. “El enemigo se encuentra seguramente en esta agua” dijo *Taë*. “Observa la multitud de peces amontonados en las márgenes. Hasta los peces grandes se mezclan con los chicos, de los cuales habitualmente hacen presa. Ahora todos han olvidado sus instintos en presencia del enemigo común. Sin duda alguna, este reptil pertenece a la clase de los *Kre-a*; una clase más devoradora que cualquier otra. Según se dice, es una de las pocas especies que quedan de los más terribles habitantes de la tierra, que existían antes de que los *Ana* fueran creados. La voracidad de un *Krek* es insaciable; devora lo mismo vegetales que animales; los únicos que escapan de su garra son las ágiles criaturas, de la especie de los ciervos; el *Krek* es demasiado lento en sus movimientos. Su plato favorito es un *An*; por eso, los *Ana* los destruyen implacablemente, en cuanto entran en sus dominios. He oído decir que, cuando nuestros antepasados cultivaron, por primera vez, estos campos, abundaban tales monstruos y otros por el estilo; pero, como en aquel tiempo no se había descubierto todavía el *Vril*, muchos de nuestra raza fueron devorados. Hasta este descubrimiento, fue imposible exterminarlos completamente. A medida que las aplicaciones del *Vril* se han ido conociendo, se han ido destruyendo todos los animales dañinos. No obstante, de cuando en cuando, alguno de estos enormes reptiles sale de los distritos no explorados y salvajes. Recuerdo que, una vez devoraron a una joven *Gy*, que se estaba bañando en este mismo lago. Si hubiera estado en tierra y armada de su varilla, el monstruo ni siquiera se hubiera atrevido a dejarse ver; pues, como todas las bestias salvajes, el reptil tiene un instinto maravilloso, que le advierte de la presencia de uno que lleve la varilla *Vril*. Es un misterio para nosotros cómo enseñan a sus crías a evitarla, aunque sea la primera vez que la ven, *Zee*, quizás pueda explicártelo, porque yo no lo entiendo. Mientras yo esté aquí el monstruo no se moverá de su escondite; de modo que hemos de discurrir la manera con que hemos de atraerlo.”

“¿No será eso muy difícil?”

“No, de manera alguna. Siéntate allá, en aquella hendidura (como a unos cien metros de la orilla); mientras yo me alejo un trecho. Al poco tiempo, el reptil te verá u olerá y, dándose cuenta de que no llevas *Vril*, se acercará a devorarte. Tan pronto como esté fuera del agua yo daré cuenta de él.”

“¿Quieres decir que yo tengo que ser el cebo de ese terrible monstruo, el cual puede triturarme en sus mandíbulas en un segundo? Perdona que no acepte.”

El muchacho se rió. “No tengas miedo”, dijo “siéntate tranquilo y sin moverte”.

En vez de obedecer el mandato, di un salto, dispuesto a echar a correr, cuando *Taë* me tocó ligeramente en el hombro y, fijando sus ojos en los míos, me dejó clavado en el suelo. Todo poder de volición me abandonó; sumiso a los gestos del niño, lo seguí a la hendidura, que me había indicado, y me senté allí en silencio. Muchos de los lectores habrán presenciado los efectos de la electrobiología, sean genuinos o falsos. Ningún profesor de tan dudoso arte ha sido jamás capaz de influenciar ni uno de mis pensamientos o movimientos; pero, en aquel momento, quedé convertido en una mera máquina a la voluntad de aquel terrible chiquillo. Mientras tanto, él tendió sus alas, se remontó y fue a posarse en medio de un matorral en la falda de un cerro a corta distancia. ¡Me había quedado solo! Con indescriptible sensación de horror, clavé mis ojos en el lago, fijos en el agua, como hechizado. Debieron pasar diez o quince minutos, que para mí fueron edades, antes de que la superficie tranquila, rutilante, bajo la luz de las lámparas, empezara a agitarse. Al mismo tiempo, los peces amontonados cerca de las márgenes, sintiendo la aproximación del enemigo, empezaron a saltar y dar vueltas. Pude observar cómo huían de un lado a otro, algunos saltando fuera del agua. Un lomo largo, oscuro y ondulante se movía sobre el agua, acercándose más y más hasta que apareció la enorme cabeza del reptil, con sus mandíbulas erizadas de colmillos, y sus turbios ojos fijos, hambrientos, en el lugar donde yo me encontraba inmóvil. Primero, mostró sus patas delanteras; luego el enorme pecho, lleno de escamas por ambos lados, como una armadura, y en el centro mostrando la arrugada piel, de un amarillo verdoso apagado; finalmente mostró todo el largo cuerpo; de no menos de treinta y cinco metros del hocico a la punta de la cola. Un paso más y aquellas enormes patas estarían sobre mí. Un solo momento me separaba de la más horrible forma de muerte, cuando surcó el aire lo que parecía un relámpago y como una exhalación envolvió al monstruo y al desvanecerse, apareció ante mí una masa negruzca, carbonizada y humeante; algo gigantesco, de lo cual no quedaban ni los perfiles; porque todo ardía y se convertía rápidamente en polvo y ceniza. Permanecí largo rato sentado e inmóvil, sin poder articular palabra, helado, con una nueva sensación de pavor; lo que había sido horror era entonces asombro.

Sentí la mano del niño en mi cabeza; el miedo me abandonó; el encanto quedó roto; me levanté. “Ya ves con qué facilidad los *Vril-ya* destruyen a sus enemigos”, dijo *Taë*; luego, yendo a la orilla del lago, contempló los humeantes restos del monstruo y dijo en voz baja: “He destruido criaturas de mayor tamaño; pero ninguna con tanto placer como a ésta. Efectivamente, es un *Krek*. ¡Cuántos sufrimientos debe haber causado, mientras ha vivido!” Después de esto, tomó los pobres peces, que habían saltado a la orilla, y amorosamente los devolvió a su nativo elemento.

CAPITULO XIX

Al volver a la ciudad, *Taë* me llevó por otro camino el cual, dando un rodeo, nos condujo a la Estación (si lo puedo llamar así) o punto desde donde inician su viaje los emigrantes o viajeros para otras comunidades. En otra ocasión había manifestado yo el deseo de ver los vehículos que empleaban. Estos eran de dos clases; unos para viajar por tierra y otros por el aire. Los primeros eran de todas dimensiones y formas; algunos no más grandes que los carruajes ordinarios; otros eran casas móviles de un piso, de varias habitaciones amuebladas, de acuerdo con las ideas de comodidad y lujo propias de los *Vril-ya*. Los vehículos aéreos estaban contruidos de sustancia liviana; en nada se parecían a nuestros globos¹, sino que eran más bien embarcaciones de placer con timón y volante, con grandes alas en vez de remos y la máquina central actuada por *Vril*. Todos los vehículos, tanto los de tierra como los del aire, eran actuados por ese potente y misterioso elemento.

Encontramos un convoy preparado para el viaje; pero había pocos pasajeros; era una expedición de artículos de comercio, destinados a una comunidad vecina; pues el intercambio entre las tribus de los *Vril-ya* era en todo tiempo muy activo. De paso diré que la moneda corriente entre ellas no es de metales preciosos, porque entre ellos son demasiado comunes para tal propósito. Las monedas fraccionarias, y de reducido valor, en uso corriente, son de una concha fósil peculiar; los restos relativamente escasos de un diluvio muy antiguo o de alguna otra convulsión de la naturaleza que destruyó la especie; es de tamaño reducido y admite un pulimento de joya. Estas monedas circulan entre todas las tribus de los *Vril-ya*. Las transacciones de mayor importancia las hacen por métodos muy parecidos a los nuestros, valiéndose de letras de cambio y delgadas plantas metálicas, que responden al objeto de nuestros billetes de banco.

Permítaseme aprovechar esta ocasión para añadir que la contribución pagada al erario público, por la tribu que yo conocí, era muy grande, comparada con el número de sus habitantes; pero nunca oí a nadie quejarse. Todo se empleaba para fines de utilidad general y realmente necesario para el desenvolvimiento cultural de la tribu; el gasto de alumbrado para un país tan extenso; las reservas para la emigración y mantenimiento de los edificios públicos, en los cuales se desarrollaban las actividades intelectuales desde la instrucción primaria de un infante, hasta las secciones del Colegio de Sabios en las que se practicaban constantemente nuevos experimentos en ciencia mecánica, todo lo cual exigía sumas considerables del fondo público. A esto, he de añadir algo que encontré muy singular. He dicho que toda labor humana requerida por el Estado era ejecutada por niños y muchachos hasta la edad matrimonial. El Estado paga este trabajo; la remuneración es muchísimo más alta que en país alguno sobre la tierra, incluso los Estados Unidos. Según la teoría de estas gentes, cada niño o niña, al alcanzar la edad del matrimonio, y dar por terminado el período de trabajo, ha de haber acumulado lo suficiente para llevar una vida independiente. Como, cualquiera que sea la fortuna de los padres, todos los niños han de servir al Estado, son todos igualmente remunerados en proporción a la edad y a la naturaleza de su trabajo. Si los padres o amigos deciden retener a un niño, a su propio servicio, han de pagar al fondo público la misma suma que el Estado paga a los niños que emplea. ¹ Cuando Lord Lytton escribió esta obra (1871), no se conocían los aeroplanos. [N. Del T.]

Esta suma se entrega al niño, al terminar su período de servicio. Esta práctica sirve, sin duda, para inculcar y hacer agradable la noción de igualdad social. Si bien, se puede decir que, todos los niños de aquella raza forman una democracia, igualmente se puede decir que, todos los adultos forman una aristocracia. La exquisita cortesía y refinamiento de maneras de los *Vril-ya*; la generosidad de sus sentimientos; la libertad absoluta de que gozan, para

seguir sus actividades privadas; la amenidad de sus relaciones domésticas, en las cuales parecen miembros de una Orden Noble, en la cual no cabe desconfiar de las palabras y acciones de los demás, todo contribuye a hacer de los *Vril-ya* la Nobleza más perfecta, que el discípulo político de Platón o de Sidney pudiera concebir como ideal de una república aristocrática.

CAPITULO XX

Desde la expedición, que hice con *Taž*, y que he narrado en un capítulo anterior, el muchacho me hacía visitas frecuentes. Me había tomado gran simpatía, que yo retribuía cordialmente. En efecto, como no había cumplido todavía doce años y no había empezado

los estudios científicos, con los cuales se cierra el período de la niñez en aquel país, mi intelecto no era tan inferior al suyo, como al de otros miembros de su raza, especialmente de las *Gy-ei*, y en particular el de la destacada *Zee*. Los niños de los *Vril-ya*, dado que sus mentes están ocupadas en tantos deberes activos y graves responsabilidades, no son, en general, alegres; pero *Taë*, con toda su sabiduría, tenía mucho del buen humor juguetón, que caracteriza frecuentemente a los ancianos de genio. En mi compañía experimentaba *Taë* algo parecido al placer que un muchacho de la misma edad siente en nuestro mundo en compañía de un perro o mono domesticado. Se divertía mostrándome y enseñándome las costumbres de su pueblo; como se divierte un sobrino mío en hacer caminar a su perrito sobre sus patas traseras o saltar por el aro. Yo me prestaba, de buena gana, a tales experimentos; pero nunca alcancé el éxito del perrillo. Al principio, estaba yo muy interesado en aprender a usar las alas; las cuales el más joven de los *Vril-ya* usa con tanta destreza y facilidad, como nosotros empleamos las piernas y brazos; pero, mis esfuerzos no me dieron otro resultado que contusiones, lo bastante serias, como para hacerme abandonar la idea con desesperación.

Las alas que, como he dicho antes, son muy grandes, llegan a la rodilla; plegadas, envuelven el cuerpo, formando un manto muy gracioso. Están hechas de plumas de un ave gigante, que abunda en las alturas rocosas del país; son de color, en gran parte blanco; pero las hay con listas rojizas. Las alas se sujetan alrededor de los hombros, por medio de resortes livianos, pero fuertes, de acero; al extenderlas con los brazos, éstos se deslizan entre los pliegues, formando por decirlo así, una sólida membrana central. Al levantar los brazos, actúan un dispositivo mecánico, el cual infla un forro de construcción tubular, que se lleva como chaleco o túnica; inflazón que se gradúa, aumentándola o disminuyéndola, a voluntad, al mover los brazos: el mismo forro sirve para sostener el cuerpo como vejiga natatoria. Las alas y el forro tubular neumático, están fuertemente cargadas con *Vril*; cuando el cuerpo flota así sostenido parece como si perdiera peso. Me fue fácil levantarme sobre el suelo; pues, cuando las alas están extendidas, es casi imposible dejar de elevarse. Pero ahí estaba la dificultad y el peligro. No conseguí aprender a mover y dirigir los brazos, no obstante que entre los de mi raza, se me considera extraordinariamente ágil en los deportes, además de excelente nadador. Lo único que conseguí fueron movimientos desordenados, de los brazos para flotar. Estaba a merced de las alas, las cuales no me respondían y en manera alguna conseguía dominarlas. Sólo mediante violentos esfuerzos musculares (tengo que confesar, gracias a la fuerza anormal que nos da un gran miedo), conseguía dominar la acción giratoria de las alas y arrimarlas al cuerpo. En tales momentos parecía, como si perdieran el poder de sostenerme, almacenado en ellas y en las vejigas, que las conectaban, como cuando el aire se escapa de un globo, y me precipitaba a tierra. Los revoloteos espasmódicos que acompañaban la caída evitaban que me hiciera pedazos; pero nada me salvaba de los machucones y del fuerte golpe de la caída. Estaba, no obstante, dispuesto a perseverar en mis intentos; pero desistí por consejo o mandato de la científica *Zee*, la cual, bondadosamente, me acompañaba en mis aleteos. La última vez *Zee*, volando por debajo de mí, recibió mi cuerpo, al caer sobre sus alas extendidas y evitó que me rompiera la crisma sobre la pirámide, desde la cual nos habíamos lanzado.

"Veo", dijo ella, "que tus esfuerzos son vanos; no por culpa de las alas, ni de los dispositivos, ni tampoco a causa de imperfecciones y malformaciones de tu propio sistema corpuscular. Es, más bien, un defecto irremediable, por ser orgánico, de tu poder de volición. Has de saber que, la conexión entre la voluntad y los elementos del fluido, sujeto al dominio de los *Vril-ya*, no la consiguieron los primeros descubridores del *Vril*, en una sola generación. Se ha ido desarrollando a la par de otras facultades, en el transcurso del tiempo, transmitida de padres a hijos, hasta convertirse en instintiva; al punto que, una criatura de

nuestra raza quiere volar tan instintiva e inconscientemente, como quiere caminar; de manera que abre, mueve y pliega sus alas inventadas o artificiales, con tanta seguridad como un pájaro lo hace con las alas, con que ha nacido. No pensé en esto cuando consentí que probaras un experimento, que me encantaba, porque me agrada tenerte de compañero. Es mejor que abandonemos el experimento; tu vida va siendo preciosa para mí". Al decir esto, la voz y el semblante de la *Gy* se suavizaron, lo cual me alarmó más seriamente que mis vuelos. Ahora que hablo de alas, no debo pasar por alto una costumbre de las *Gy-ei* que encuentro muy tierna y simpática, por el sentimiento que ella implica. La *Gy* lleva y usa las alas habitualmente mientras es soltera; alterna con los *Ana*, en los deportes aéreos; se aventura sola, internándose en las regiones más salvajes de aquel mundo sin sol; sobrepasa a los del sexo opuesto, en lo atrevido y en la altura de sus vuelos, lo mismo que en la gracia de sus movimientos; pero, desde el día de su casamiento, ya no lleva más las alas; las cuelga, por propia mano, en la cabecera del lecho nupcial, para no usarlas más, salvo que el lazo del matrimonio sea roto por el divorcio o por la muerte.



Pero cuando la voz y los ojos de *Zee* se suavizaron, como he dicho, me sobrecogió un presentimiento y temblé. *Taë*, que nos acompañaba en nuestros vuelos, pero que, como muchacho, se divertía más al ver mi torpeza, que simpatizaba con mis temores y peligros, se cernía sobre nosotros posado en medio del tranquilo aire radiante, sereno y sin mover sus alas extendidas. Al oír tan cariñosas palabras de la joven *Gy*, soltó la carcajada y dijo: "Aunque este *Tish* sea incapaz de usar sus alas, puedes ser igual su compañera, *Zee*, porque puedes colgar las tuyas".

CAPITULO XXI

Venia observando, desde hacía algún tiempo, en la altamente instruida y poderosamente proporcionada hija de mi huésped, ese sentimiento bondadoso y protector con el cual, lo mismo bajo, que sobre la tierra, una Providencia omnisciente ha dotado al género femenino de la raza humana. Pero, hasta muy recientemente, yo atribuía tal sentimiento, al afecto que toda mujer siente por animalitos domésticos y que ellas comparten con un niño. Pero empecé a darme cuenta, con pena, de que el sentimiento, con que *Zee* se dignaba honrarme, era diferente del que había yo inspirado a *Taë*. Esta convicción, lejos de

despertar en mí esa complacencia grata que la vanidad del hombre concibe ordinariamente al notar, que el bello sexo aprecia sus méritos personales, me inspiró, más bien, temor. No obstante, de entre todas las muchachas de aquella comunidad, de las cuales *Zee* era, quizás, la más inteligente y la más fuerte, era según consenso general, la más gentil, ciertamente la más popular y la más querida. El deseo de ayudar, de socorrer, de proteger, de confortar y de bendecir parecía compenetrar su entero ser. Aunque, en el régimen social de los *Vril-ya* eran desconocidas las múltiples miserias, resultantes de la penuria y del mal vivir, los sabios no han descubierto todavía en el *Vril*, un elemento que eliminara las tristezas de la vida; así, cuando el dolor afligía a alguno de su pueblo, *Zee* aparecía en misión consoladora. Si alguna compañera no conseguía atraerse el amor, por el que suspiraba, *Zee* iba a su encuentro y ponía, en su ayuda, todos los recursos de su sabiduría y todo el consuelo de su simpatía, a fin de desvanecer la tristeza de quien necesita el solaz de un confidente. En los casos, muy raros, en que alguna grave enfermedad hacía presa de los niños o jóvenes, y en los casos, más frecuentes, de accidentes entre los infantes aventureros, dolor y heridas, *Zee* abandonaba sus estudios y deportes y se convertía en médico y en enfermera. Sus vuelos favoritos eran a los límites del dominio, donde estaban estacionados niños de guardia, contra los estragos de fuerzas naturales y para prevenir e impedir la invasión de animales devoradores, *Zee* iba al objeto de advertirles de cualquier peligro, que sus conocimientos le hicieran advertir o prever y de esa manera, pudieran ponerse a cubierto de todo daño.

Hasta en el ejercicio de sus investigaciones científicas, perseguía *Zee* una finalidad y propósito benevolente. Si en la persecución de sus estudios, descubría alguna novel invención que fuera susceptible de ser utilizada en algún oficio, arte o industria, se apresuraba a darla a conocer y explicarla. Si observaba en algún viejo sabio del Colegio perplejidad y cansancio resultante del estudio excesivamente arduo, se dedicaba pacientemente a ayudarlo, encargándose de los detalles; animándolo con su simpática sonrisa; avivándole la imaginación, con sugerencias luminosas; actuando, por así decirlo, como Hada bienhechora en forma visible, para fortalecerlo e inspirarlo. La misma ternura manifestaba hacia las criaturas inferiores. Con frecuencia, la había visto llegar trayendo en brazos algún animal herido o enfermo, al que cuidaba como una madre hubiera atendido y cuidado a su niño enfermo. Más de una vez, encontrándome sentado en la terraza, o jardín colgante, que se extendía ante mi ventana, la vi remontarse en el aire con sus alas radiantes y pocos momentos después, aparecer en medio de un grupo numeroso de niños que, con gritos de gozo, revoloteaban a su alrededor, haciendo de ella el centro y la causa de inocente regocijo.

En nuestros paseos entre las rocas y por los valles, alrededor de la ciudad, los ciervos, que la veían a la distancia o la olían, venían presurosos a buscar la caricia de su mano, o la seguían, hasta que ella, los despedía, con alguna palabra cariñosa que los animalitos habían aprendido a entender. Era moda entre las muchachas llevar en la frente una diadema o corona, adornada de piedras, parecidas a ópalos, dispuestas como los rayos de una estrella. En uso ordinario, tales piedras carecían de brillo, pero, al tocarlas con la varilla de *Vril*, despedían como una llamarada brillante y ondulante que iluminaba sin quemar. La empleaban como ornamento, en las festividades, y como lámpara, si, en sus salidas más allá de las luces artificiales, tenían que atravesar lugares oscuros. A veces, contemplando la pensativa majestad del rostro de *Zee*, iluminado por este halo, me era difícil creer que fuera criatura mortal; inconscientemente inclinaba mi cabeza, como ante un ser de las huestes celestiales. Ni por un instante sentí nada parecido al amor humano, por aquel exaltado modelo de la más noble femineidad. Al parecer, en los hombres, de la raza a que yo pertenezco, el orgullo masculino influencia tanto las pasiones que la mujer pierde para él el

femenil encanto, en cuanto percibe en ella destacada superioridad. Todavía no alcanzo a explicarme por qué extraño capricho pude yo ser objeto de las preferencias de aquella sin par hija de una raza que, en la supremacía de sus poderes y en la felicidad de su condición, consideraba a todas las demás razas en la categoría de bárbaros. Aunque yo gozaba fama de buen mozo entre las gentes de mi raza, aparecía insignificante y mezquino al lado del magnífico y apuesto tipo de belleza, característico de los *Vril-ya*.

La novedad, la diferencia entre mi tipo y aquellos, a los cuales *Zee* estaba acostumbrada, pudo haber inclinado su fantasía. Como el lector verá más adelante, tal causa puede ser suficiente para explicar la predilección con que me distinguió una *Gy* que acababa de salir de la infancia y muy inferior en todo respecto a *Zee*. Pero al considerar la razón de los tiernos sentimientos, con que me favorecía la hija de *Aph-Lin*, se habrán de atribuir al deseo natural congénito en ella de cuidar, confortar, proteger y, al proteger, sostener y exaltar a los débiles. De manera que, al recordar aquellos días, es la única explicación que encuentro a lo que considero una debilidad, indigna de aquella exaltada naturaleza. Sólo una debilidad podía despertar en la hija de un *Vril-ya*, un afecto femenino por uno tan inferior a ella como el huésped de su padre. Sea cualquiera la causa, sólo el pensar que yo pudiera inspirar tal afecto, me emociona y me asombra. Es un asombro moral por las mismas perfecciones; por los poderes misteriosos de *Zee* y por las bien marcadas diferencias entre su raza y la mía; y, con este asombro (he de confesarlo con vergüenza) se combina el temor más material e innoble por los peligros a que, la preferencia de aquella hermosa muchacha me exponía.

No cabía suponer, ni por un momento, que los parientes y amigos de aquella exaltada niña llegaran a admitir, sin indignación y disgusto, la posibilidad de una alianza entre ella y un *Tish*. A ella no la podían castigar; no la podían confinar o coaccionar. Ni en la vida doméstica, ni en la política reconocían ley alguna de fuerza aplicable a los de su raza; pero podían poner eficazmente fin al capricho de la *Gy*, haciéndome polvo con una descarga de *Vril*.

En tan ansiosas circunstancias, mi conciencia y sentido de honor estaban, afortunadamente, libres de todo reproche. Consideré de mi deber, si las preferencias de *Zee* continuaban, darlo a conocer a mi huésped, con toda la delicadeza que ha de emplear todo hombre bien educado, al confiar a otro el favor con que el bello sexo lo distingue. De esta manera, quedaría libre de toda responsabilidad; de la sospecha de que compartía los sentimientos de *Zee*, y confiaba que la sabiduría más profunda de mi huésped podría sugerir algún medio que me sacara de mi peligroso dilema. En esta determinación obedecí al impulso de todo hombre civilizado y moral, quien, por equivocado que esté, prefiere el curso más correcto, aunque sea contra sus inclinaciones, sus intereses y su seguridad.

CAPITULO XXII

Como el lector habrá observado, *Aph-Lin* no favorecía mi intercambio general y sin restricciones con sus paisanos. Aunque confiado en mi promesa de abstenerme de dar informes acerca del mundo de donde procedía, confiaba todavía más en la promesa de aquellos a quienes había pedido no hacerme preguntas. *Zee* había exigido de *Taë* la misma promesa. No obstante, *Aph-Lin* temía que, si se me permitía alternar con extraños, en quienes mi presencia había despertado curiosidad, me sería muy difícil eludir preguntas y averiguaciones. De consiguiente, nunca iba solo; cuando salía, me acompañaba siempre uno de los miembros de la familia de mi huésped o mi amigo el niño *Taë*. *Bra*, esposa de *Aph-Lin*, rara vez salía más allá de los jardines que rodeaban la casa; era aficionada a leer literatura antigua, en la que encontraba romances y aventuras que ya no se escribían, y presentaban cuadros de vida, con los cuales no estaba familiarizada, que interesaban su imaginación. Cuadros, en verdad, de una vida más parecida a la que llevamos, todos los días

en la superficie de la tierra, coloreada por nuestras tristezas, defectos y pasiones; que, para ella, eran lo que son los cuentos de hadas y de las mil y una noches para nosotros. Pero la afición a la lectura no impedía que *Bra* desempeñara sus deberes de dueña del hogar más numeroso de la ciudad. Recorría diariamente las diversas salas y habitaciones, cuidando de que los autómatas y otros dispositivos mecánicos estuvieran en orden; que los numerosos niños empleados por *Aph-Lin*, tanto en sus funciones privadas como públicas, estuvieran cuidadosamente atendidos. *Bra* vigilaba también la contabilidad de toda la propiedad, y ayudaba con gran placer a su esposo en los deberes relacionados con el cargo de Administrador jefe del Departamento de Alumbrado; ocupaciones que, necesariamente, la tenían ocupada casi constantemente. Sus dos hijos estaban por terminar su educación en el Colegio de Sabios. El mayor de los cuales sentía fuerte inclinación a la mecánica, especialmente a la relacionada con los autómatas y la relojería, a la que había decidido dedicarse. Por el momento, estaba ocupado en la construcción de un taller y locales para la exhibición y venta de sus invenciones. El más joven de los hijos prefería la agricultura y las actividades rurales. Las horas que sus estudios le dejaban libres, las dedicaba enteramente a la aplicación práctica de tal ciencia, en las tierras de su padre. Se verá, por lo que antecede, cuán completa era la igualdad de rango entre aquella gente. El tendero gozaba, exactamente, de la misma estimación que un gran propietario. *Aph-Lin* era el más rico de la comunidad; no obstante, su hijo mayor prefería dirigir un taller, a toda otra ocupación, sin que, por tal elección se considerara al hijo menos digno que al padre de la estima de sus conciudadanos.

Este joven se interesó mucho en mi reloj, cuyo mecanismo examinó con gran atención, pues era para él completamente nuevo y quedó muy contento cuando se lo regalé. Poco después retribuyó el regalo con creces en un reloj, de su propia construcción, el cual marcaba la hora igual que el mío, a la vez que por el sistema característico de los *Vril-ya*. Todavía conservo este reloj, el cual ha sido muy admirado por los más eminentes relojeros de Londres y París. Es de oro, con manecillas y cifras de diamantes; al dar las horas, toca una melodía favorita entre los *Vril-ya*. Tiene cuerda para diez meses y nunca ha andado mal desde que lo tengo. Como los hijos de *Aph-Lin* estaban siempre ocupados, mis acompañantes ordinarios, cuando salía, eran mi huésped o su hija.

Consecuente con la honorable determinación, que había tomado respecto a *Zee*, empecé a excusarme cada vez que ésta me invitaba a salir solo con ella. En ocasión en que la muchacha daba una conferencia en el Colegio de Sabios aproveché la oportunidad para pedir a *Aph-Lin* que me mostrara su casa de campo. Como ésta estaba a alguna distancia y a *Aph-Lin* no le gustaba caminar y, por mi parte, yo había discretamente abandonado mis intentos de volar, fuimos allá en una de las naves aéreas, propiedad de mi huésped. El conductor era un niño de ocho años en su empleo. Mi huésped y yo nos reclinamos en cojines y encontramos el movimiento muy cómodo y agradable.

Dirigiéndome a mi acompañante dije: "*Aph-Lin*, supongo que no le desagradará si le pido permiso para viajar durante algún tiempo y visitar otras tribus y comunidades de vuestra ilustre raza. También tengo gran deseo de conocer las naciones que no han adoptado vuestras instituciones y que vosotros consideraréis como salvajes. Me interesaría grandemente observar cuáles son las diferencias entre ellos y las razas a las cuales consideramos civilizadas en el mundo que he dejado".

"Es absolutamente imposible" —contestó *Aph-Lin*— que puedas ir allá solo. Hasta entre los *Vril-ya* te expondrías a grandes peligros. Ciertas peculiaridades de formación y color, y el fenómeno extraordinario de las barbas y pelos en el semblante, descubren en ti

una especie de *An* distinto, tanto de nuestra raza como de cualquier otra raza conocida de bárbaros todavía existente; lo cual, naturalmente, llamaría la atención, especialmente de los Colegios de Sabios de las comunidades de *Vril-ya*, que visitarás; todo dependería del capricho de alguno de los sabios el que te acordaran la misma hospitalidad con que te hemos recibido aquí, o que te tendieran en la mesa de disección, con fines científicos. Has de saber que, cuando el *Tur* te llevó primero a su casa y *Taë* te hizo dormir, a fin de que te repusieras del cansancio y del dolor, los sabios, convocados por el *Tur*, estaban divididos en sus opiniones en cuanto a si eras un animal inofensivo o peligroso. Mientras estuviste inconsciente, examinaron tus dientes y se descubrió que no solamente eras granívoro, sino también carnívoro. Los animales carnívoros de tu tamaño son siempre destruidos; pues se les considera peligrosos y de naturaleza salvaje. Nuestros dientes, como seguramente habrás observado, no son como los de las criaturas que devoran carne; *Zee* y otros filósofos sostienen que, como los *Ana*, en épocas remotas, se alimentaban de seres vivientes del reino animal, los dientes de los mismos deben haber sido adecuados para ello. Pero, aun siendo así, los dientes se han ido modificando por transmisión hereditaria y adaptando al alimento, con el cual nos sostenemos ahora. Ni siquiera, los bárbaros, que han adoptado las instituciones turbulentas y feroces de los *Glek-Nas*, devoran carne, como las bestias de presa."

"En el curso de esta discusión, alguien propuso que te disecaran; pero *Taë* abogó por ti. Por otra parte, el *Tur* quien en virtud de su cargo, es contrario a todo experimento nuevo, en que no se respete nuestra costumbre de no destruir vidas, salvo en casos probados por el bien de la comunidad, te envió a mí quien, por ser el más rico del Estado, tengo la obligación de dar hospitalidad a los forasteros a quienes se puede admitir sin peligro. Si me hubiera negado a recibirte, hubieras sido entregado al Colegio de Sabios y nadie sabe lo que te hubiera ocurrido. Además de este peligro, podrías encontrarte con algún niño de corta edad, cuyas manos hayan tomado posesión de su varilla de *Vril*, quien, alarmado ante tu apariencia extraña, en el impulso del momento podría reducirte a cenizas. *Taë* mismo estuvo a punto de hacerlo al verte por primera vez; pero su padre lo detuvo. De consiguiente, te digo que no puedes viajar solo. Con *Zee* irás seguro y no tengo la menor duda de que ella te acompañará en un recorrido por las comunidades de *Vril-ya* vecinas, aunque no a los estados salvajes. Voy a pedírselo".

Ahora bien, como mi objeto al proponer el viaje era escapar a *Zee*, exclamé prontamente: "No, os ruego que no; abandono mi propósito. Me habéis dicho lo suficiente sobre los peligros a que expongo, para disuadirme. Por lo demás, no considero correcto que una muchacha de cualidades personales tan atractivas, como vuestra hija, viaje por otras regiones, sin un protector mejor que un *Tish*, de mi insignificante fuerza y estatura".

A lo que *Aph-Lin* replicó, dejando escapar un suave sonido sibilante lo que más se aproxima a nuestra carcajada y que un *An* adulto se permite:

"Perdóneme mi descortés, aunque momentánea, libertad de reírme al oír la observación seriamente hecha por mi huésped. No puede menos de divertirme la idea de que *Zee*, a quien tanto gusta proteger a otros, a quien los niños llaman su Guardián, necesite un protector contra los peligros, que pueda traer la audaz admiración de los hombres. Has de saber que nuestras muchachas solteras están acostumbradas a viajar solas por otras tribus, a fin de ver si encuentran algún *An* que les guste más que los de su tribu. *Zee* ya ha hecho tres de esos viajes; pero, hasta ahora, su corazón está incólume". Aquí se me ofrecía la oportunidad que yo buscaba y, mirando al suelo, dije con voz trémula: "¿Prometéis, mi bondadoso huésped, perdonarme si lo, que os voy a decir os ofende?"

"Di únicamente la verdad y no me puedo ofender; si llegara a ofenderme eres tú quien debes perdonarme y no yo a ti".

"Muy bien, entonces, ayudadme a abandonaros; aunque desearla conocer más de vuestras maravillas y disfrutar más tiempo de la felicidad de vuestro pueblo, os pido que me permitáis volver a mi país".

"Me temo que hay razones que me impiden complacerte. En todo caso nada puedo hacer sin permiso del *Tur* y éste, probablemente, no lo va a conceder. No careces de inteligencia; aunque no lo creo, puedes haber ocultado el grado de poder destructivo que vuestra gente posee. En otras palabras, tu vuelta a tu país puede traernos algún peligro, y si el *Tur* tiene esta idea, su deber sería destruirte o encerrarte en una jaula por el resto de tu existencia. Pero ¿por qué deseas abandonar un estado de sociedad que, tan cortésmente, concedes que es más feliz que el vuestro?"

"¡Oh, *Aph-Lin*! Mi contestación es sencilla. Es que no quiero, aun contra mi voluntad, traicionar vuestra hospitalidad; quiero evitar que por un capricho de la libertad proverbial en vuestro mundo, entre el sexo opuesto, del cual ni siquiera una *Gy* está libre, vuestra adorable hija llegara a considerarme a pesar de ser un *Tish*, como si fuera un *An* civilizado y...".

"Te cortejaré, como su prometido", añadió *Aph-Lin* gravemente y sin señal alguna de sorpresa o desagrado.

"Vos lo habéis dicho".

"Eso sería una desgracia", añadió mi huésped, después de una pausa, "considero que has obrado como debías en advertirme. Como tú dices, no está fuera de lo común que una muchacha soltera tenga gustos, en cuanto al objeto que anhela, que parezcan caprichosos a otros; pero no hay poder capaz de obligar a una *Gy* a seguir un curso opuesto al que ella misma decida seguir. Todo lo que podemos hacer es razonar con ella; pero la experiencia me enseña que es en vano que el entero Colegio de Sabios trate de disuadir a una muchacha en cuestiones que conciernen a su elección en amor. Lo siento por ti; porque tal matrimonio sería en contra del bien de la comunidad; puesto que los vástagos de tal matrimonio adulterarían la raza. Incluso podrían venir a este mundo con dientes de animales carnívoros; lo cual no podría permitirse. *Zee*, como *Gy*, no puede ser dominada; pero tú, como *Tish*, puedes ser destruido. Te aconsejo, por tanto, que resistas sus insinuaciones. Dile claramente que no puedes retribuir su amor. Esto ocurre constantemente; más de un *An*, muy ardientemente perseguido por una *Gy*, la rechaza y da fin a sus persecuciones casándose con otra. El mismo camino está abierto para ti".

"No", contesté yo, "puesto que no me puedo casar con ninguna otra *Gy* sin perjudicar igualmente a la comunidad y exponerme al caso de criar niños carnívoros".

"Esto es verdad. Todo cuanto puedo decir, y lo digo con todo el cariño, debido a un *Tish* y con el respeto debido a un huésped, es francamente esto: Si cedes te convertirás en ceniza. He de dejar que tú sigas el mejor camino que puedas, para defenderte. Quizás será mejor que digas a *Zee* que es fea. Esta aseveración, en los labios de quien ella enamora, generalmente es suficiente para enfriar el entusiasmo de la *Gy* más ardiente. Aquí está mi casa de campo".

CAPITULO XXIII

He de confesar que mi conversación con *Aph-Lin* y la fría tranquilidad con que declaró su incapacidad para dominar el peligroso capricho de su hija y la idea de reducir a cenizas a que tal amor exponía a mi excesivamente seductora persona, me quitó todo el placer que esperaba de la visita a la casa de campo de mi huésped y observar la asombrosa perfección de la maquinaria, con la cual se efectuaban las operaciones agrícolas. La casa era de apariencia muy distinta a la del sombrío y amazacotado edificio, que *Aph-Lin* ocupaba en la ciudad; el cual se parecía mucho a las rocas en las cuales la ciudad misma parecía haber sido tallada. Las paredes de la casa de campo eran de árboles plantados a pocos pasos unos de otros; el espacio entre ellos se había rellenado de la sustancia metálica transparente, que hacía las funciones de vidrio. Los árboles estaban todos en flor; aunque el efecto era muy agradable a la vista, no resultaba del mejor gusto. Nos recibieron en el pórtico autómatas, que parecían seres vivientes; los cuales nos condujeron a una cámara de un estilo, que yo nunca había visto; pero en la cual he soñado en más de un día de verano. Era una glorieta, mitad habitación y mitad jardín. Las paredes eran una cortina de flores trepadoras. Los espacios abiertos, que nosotros llamamos ventanales, son allí superficies metálicas corredizas y transparentes, que permitían ver diversos panoramas; unos amplios paisajes con lagos y rocas; otros espacios más limitados, al estilo de nuestros invernáculos, llenos de

hileras de flores. A lo largo de las paredes, o de lo que llenaba la función de paredes, había macizos de flores, alternados con divanes para el descanso. En el centro había una fuente y su pileta de esa luz líquida, que yo suponía era vapor de nafta. El líquido era luminoso y de un matiz rosado, lo suficiente para alumbrar la habitación con una luz muy suave. Alrededor de la fuente, había una alfombra de liquen, mullida y suave, no verde (pues nunca he visto este color en la vegetación de aquel país) sino de un marrón suave, el cual produce en los ojos la misma sensación de alivio que, en nuestro mundo, nos da el verde. En aberturas por encima de las flores (en lo que he comparado a nuestros invernáculos) había aves canoras, en gran número; las cuales, mientras permanecimos en la habitación, cantaron las melodías, a las cuales estaban tan acostumbrados en aquel país. El techo estaba abierto. Toda la escena tenía encantos para todos y cada sentido; música de las aves; fragancia de las flores y belleza en variadas formas para los ojos. Sobre todo había un ambiente de reposo voluptuoso. ¡Qué lugar, pensaba yo, para una luna de miel con una *Gy*, que estuviera menos formidablemente armada, no sólo con los derechos de la mujer, sino también con todo el poder de un hombre! Pero, al pensar en una *Gy* tan sabia, tan esbelta, tan imponente y tan por encima de las criaturas, que llamamos mujeres, como *Zee*, la ilusión se desvanece, aun sin el temor de ser reducido a cenizas. Jamás hubiera soñado yo con tal mujer para pasar la luna de miel en una glorieta tan bellamente construida, para sueños de amor poético.

Los autómatas reaparecieron para servirnos uno de esos líquidos deliciosos, que constituyen los inocentes vinos de los *Vril-ya*. "En verdad", dije yo, "ésta es una residencia encantadora; no puedo concebir por qué no vivís aquí, en vez de en las sombrías moradas de la ciudad".

"Como responsable ante la comunidad por la Administración de la Luz, me veo obligado a residir la mayor parte del tiempo en la ciudad y sólo puedo venir aquí durante muy cortas temporadas", respondió *Aph-Lin*.

"No obstante, puesto que, según tengo entendido, el cargo no ofrece ventajas especiales y más bien es molesto, ¿por qué lo aceptasteis?"

"Todos nosotros obedecemos, sin replicar, los mandatos del *Tur*. Este dijo: pídase a *Aph-Lin* que sea Comisionado de la Luz; yo no pude negarme. Sin embargo, como ocupo el cargo desde hace mucho tiempo, los cuidados, que al principio no me gustaban, han llegado, si no a gustarme, a lo menos, no me pesan y he llegado a acostumbrarme a ellos. Somos producto de las costumbres. La diferencia entre nuestra raza y los salvajes no es más que la transmisión continuada de costumbres; las cuales, en virtud de la herencia llegan a ser parte y porción de nuestra naturaleza. Hay *An* que hasta se conforma con asumir las responsabilidades de Primer Magistrado. Sin embargo, ninguno las aceptaría, si los deberes inherentes al cargo no resultaran livianos, debido a que nadie se resiste a cumplir sus requerimientos".

"¿Ni siquiera si uno cree que el requerimiento es injusto o inconveniente?"

"Nunca nos permitimos pensar así; todo marcha como si cada uno y todos estuviéramos gobernados de acuerdo con costumbres ancestrales".

"Al morir el Primer Magistrado, o cuando se retira, ¿cómo se elige al sucesor?"

“El *An* que ha llenado el cargo de Primer Magistrado, durante muchos años, es el más indicado para elegir a quien conozca mejor los deberes de tal cargo; por lo tanto, él mismo es quien nombra a su sucesor”.

“¿Su hijo, quizás?”

“Muy rara vez; se trata de un cargo, al cual nadie aspira o busca; un padre, naturalmente, vacila en imponerlo a su hijo. En caso que el *Tur* se niegue a la elección, por temor de que se crea que lo hace por antipatía a la persona que elija, tres de los miembros del Colegio de Sabios se sortean entre sí, para decidir quién ha de elegir al Primer Magistrado. Consideramos que el juicio de un *An*, de capacidad normal, es mejor que el juicio de tres o más, por muy sabios que sean; porque entre los tres habría discusión probablemente y, donde se discute, la pasión nubla el juicio. La peor elección hecha por quien no tiene razones para elegir mal, es preferible a la mejor elección, hecha por muchos, que tienen numerosas razones para no elegir correctamente.

“En vuestra política habéis invertido las máximas adoptadas en mi país”.

“¿En vuestro país, estáis todos satisfechos de vuestros gobernantes?”

“Ciertamente que no; los que satisfacen a unos, con seguridad, dejan de satisfacer a los demás”.

“Entonces nuestro sistema es mejor que el vuestro”.

“Así será para vosotros; pero, en nuestro sistema, un *Tish* no podría ser reducido a cenizas, si una mujer le obligara a casarse con ella. Como *Tish*, suspiro por volver a mi país natal”.

“Ten valor mi querido huésped. *Zee* no te puede obligar a casarte con ella; lo único que puede hacer es seducirte. No te dejes seducir. Ahora vamos a recorrer mis propiedades”.

Entramos en un cercado bordeado de cobertizos; pues, aunque los *Ana* no mantienen reservas de alimentos, tienen algunos animales, que crían para leche y otros para esquila. Los primeros no se parecen en nada a nuestras vacas, ni los segundos a nuestros corderos. No creo que existan tales especies entre aquellos. Emplean la leche de tres variedades de animales; uno se parece al antílope, pero es mucho más grande y tan alto como el camello; los otros dos son más pequeños, pero difieren algo uno del otro y no se parecen a ningún animal visto en nuestra tierra; son muy finos y de proporciones redondeadas; el color se parece al del ciervo moteado, de aspecto muy apacible y con hermosos ojos oscuros. La leche de estos tres animales difiere en riqueza y en gusto. Ordinariamente, se diluye en agua; se le añade el jugo de un fruto peculiar, de exquisito aroma, que la hace muy nutritiva y agradable al paladar. El animal, cuya lana les sirve para sus ropas y otros objetos, se parece mucho a la cabra italiana; pero es considerablemente más grande, no tiene cuernos y no despide el desagradable olor de nuestros cabríos. La lana no es gruesa, sino muy fina y larga; varía en color, pero nunca es blanca; ordinariamente tiene color pizarra y tono lila. Para ropas, la emplean teñida al gusto de quien la usa. Tales animales son extraordinariamente mansos y los cuidan con sumo cariño y afecto; los cuidadores son niños, más bien dicho, niñas.

Pasamos luego a vastos depósitos, llenos de granos y frutos. He de decir aquí que el alimento principal de aquellas gentes consiste, por lo común de una clase de grano espiga mucho más grande que nuestro trigo, cuyo cultivo mejoran constantemente para producir nuevas variedades de sabor. Consumen además un fruto del tamaño de una naranja pequeña; el cual, al cosecharlo, es duro y amargo; pero después de muchos meses, se convierte en un alimento tierno y succulento. El jugo del mismo es de color rojo oscuro y lo utilizan en la mayoría de las salsas y condimentos. Tienen muchas variedades de frutos de la clase de la aceituna; de los cuales extraen deliciosos aceites. Tienen una planta algo parecida a la caña de azúcar; pero el jugo no es tan dulce y exhala un delicado aroma. No tienen abejas, ni insecto alguno que dé miel; pero emplean una goma dulce, que extraen de una planta conífera, algo parecida a la araucaria. El suelo de aquella tierra está lleno de raíces y vegetales comestibles, los cuales cultivan para mejorarlos y darles variedad. No recuerdo haber participado de ninguna comida, entre aquella gente, en que no se haya presentado alguna delicada novedad de tales artículos. En resumen, como he expresado antes, su cocina es exquisita; tan diversificada y nutritiva, que uno no siente la falta de alimento animal. El mismo desarrollo físico de aquella raza demuestra que, para ellos al menos, no se necesita carne para producir fibras musculares de calidad superior. No tienen uva; las bebidas extractadas de sus frutos son inofensivas y refrescantes. Sin embargo, su bebida principal es el agua, en la elección de la cual son muy exigentes y saben distinguir en el acto las impurezas más ligeras.

“Mi hijo menor se dedica con gran placer a multiplicar nuestros productos”, dijo *Aph-Lin*, mientras recorriamos los depósitos, “de consiguiente, heredará estas tierras que constituyen la parte principal de mi riqueza. Para mi hijo mayor, tal herencia sería una enorme carga, que lo afligiría mucho”.

“¿Hay muchos hijos entre vosotros, que creen que heredar una gran riqueza es causa de molestia y aflicción?”

“En realidad, son muy pocos los *Vril-ya* que no miren a una fortuna considerable como pesada carga. Somos una raza más bien perezosa, una vez pasada la edad de la niñez, y preferimos no tener más cuidados de los necesarios; una gran riqueza da a su poseedor muchas preocupaciones. Por de pronto lo señala para los cargos públicos, que a ninguno de nosotros gustan, pero que no podemos rehuir. Estamos obligados a interesarnos constantemente en los asuntos de nuestros paisanos más pobres; al objeto de proveer a sus necesidades y cuidar de que ninguno caiga en la indigencia. Entre nosotros, tenemos un proverbio que dice: la necesidad del pobre es la vergüenza del rico”.

“Perdonad que os interrumpa, por un momento ¿acaso se permite entre los *Vril-ya* que alguno sienta escasez y necesite ayuda?”

“Si por escasez quieres decir la pobreza que prevalece en un *Koom-Posh*, tal cosa es imposible entre nosotros; salvo que el *An*, por un proceso extraordinario, se haya desprendido de todos sus medios de vida; que no pueda, o no quiera, emigrar; que haya llegado a cansar a sus parientes o amigos personales, o que se niegue a recibir ayuda”.

“En tal caso ¿no toma el lugar de un infante, de un autómatas, convirtiéndose en trabajador, en sirviente?”

“En tal caso lo consideramos como infortunado que ha perdido la razón y lo recluimos, a expensas del estado, en un edificio público en el que disfruta de todas las comodidades y lujos que mitiguen su desgracia. Pero ningún *An* quiere ser considerado como loco; de manera que tales casos ocurren tan rara vez, que el edificio público, a que me refiero, es ahora una ruina abandonada. El último habitante que tuvo fue un *An*, a quien recuerdo haber visto en mi niñez. Parecía no haberse dado cuenta de que estaba loco y escribía versos. Cuando hablo de necesidades me refiero a las de un *An*, cuyos deseos van más allá de sus medios; que anhela aves canoras costosas, casa o jardines más grandes y la única manera de ayudarle a satisfacer tales necesidades es comprarle algo que venda. Así el *An* que, como yo, que es muy rico, está obligado a comprar muchas cosas que no necesita, y a vivir en grande cuando preferiría vivir modestamente. Por ejemplo, las grandes dimensiones de mi casa en la ciudad dan mucho trabajo a mi esposa y a mí mismo; pero estoy obligado a mantenerla grande hasta la incomodidad, porque, siendo el más rico de la comunidad, soy el indicado para entretener a los extranjeros de otras comunidades, cuando nos visitan. Esto ocurre dos veces al año, en que se celebran fiestas y viene mucha gente de todas las regiones de los *Vril-ya*. Esta hospitalidad, en escala tan vasta, no es de mi gusto; por lo tanto hubiera sido más feliz no siendo tan rico. Pero todos tenemos que soportar la carga, que se nos ha señalado, durante el corto tiempo que pasamos en lo que llamamos vida. Después de todo, ¿qué son cien años, más o menos, en comparación con las edades que hemos de pasar en el más allá? Afortunadamente, tengo un hijo que le gustan las grandes riquezas. Es una rara excepción a la regla general y tengo que confesar que no lo entiendo”.

Después de esta conversación, traté de volver al tema, que tanto me preocupaba; o sea las probabilidades de escapar de *Zee*; pero mi huésped cortésmente se negó a hablar del asunto y ordenó que prepararan la embarcación aérea. A nuestro regreso a la ciudad, nos encontramos con *Zee*, quien al saber que habíamos salido, después de su conferencia en el Colegio de Sabios había desplegado sus alas para buscarnos.

Su grandioso, pero para mí poco atrayente semblante, se iluminó al verme; poniéndose a la par de nuestra embarcación, sostenida por sus grandes alas extendidas, dijo, en tono de reproche, a *Aph-Lin*: “¡Oh, Padre! No está bien que expongáis la vida de nuestro huésped en un vehículo al que no está acostumbrado; en un movimiento descuidado puede caer por la borda; como no usa alas como nosotros, su caída sería la muerte.” “¡Querido mío”, añadió dirigiéndose a mí, con voz más suave, “¿No has pensado en mí, al poner de esta manera en peligro tu vida que ha llegado a ser casi parte de la mía? No vuelvas nunca a atreverte a ello, si yo no te acompaño. He sentido un gran terror al verte”.

Miré de soslayo a *Aph-Lin*, esperando que reprobaría con indignación tales expresiones de ansiedad y de afecto hacia mí; las cuales, en cualquier circunstancia, serían calificadas en nuestro mundo, de inmodestas, en los labios de una jovencita, dirigidas a un hombre no comprometido con ella, aunque fuera de su mismo rango.

Pero son tan sólidos los derechos de las mujeres en aquella región y tan absolutamente los defienden ellas, que tienen el privilegio de cortejar, que *Aph-Lin*, ni siquiera tuvo la idea de reprobar a su hija soltera; de la misma manera que tampoco se le había ocurrido la idea de desobedecer al *Tur*. En verdad, en aquel país la costumbre, como él había dicho, lo es todo. *Aph-Lin* se limitó a contestar dulcemente: “*Zee*, el *Tish* no ha corrido peligro alguno; además creo que puede muy bien cuidarse a sí mismo”.

A esto replicó *Zee*: “Yo quisiera que dejara que yo lo cuidara. ¡Oh corazón de mi corazón! El pensamiento de que corrías peligro me ha hecho comprender cuánto te amo”.

Nunca hombre alguno se vio en posición tan falsa, como yo en aquel momento. *Zee* se expresó en voz alta; no solamente la oyó su padre sino también el niño que manejaba la embarcación. Me sonrojé de vergüenza, por mí y por ella; por lo que no pude menos que replicar disgustado: “*Zee*, tú te burlas de mí, lo cual, por ser huésped de tu padre, no está bien; tus palabras son impropias de que una doncella las dirija a un *An* de su propia raza, que no la corteje con el consentimiento de sus padres; mucho más impropias son dirigidas a un *Tish*, que nunca ha pretendido solicitar tu afecto y quien jamás puede mirarte con otros sentimientos que los de respeto y admiración”.

Aph-Lin me hizo una seña disimulada de aprobación, pero no dijo nada.

“No seas cruel”, exclamó *Zee*, todavía con acento sonoro. “¿Puede el amor dominarse, cuando se siente verdaderamente? ¿Acaso supones que una doncella *Gy* oculta un sentimiento que la eleva? ¿De qué país vienes tú?”.

Aquí se interpuso *Aph-Lin*, gentilmente, diciendo: “Entre los *Tish*, los derechos de tu sexo no están establecidos; por otra parte, mi huésped conversaría más libremente contigo, si no se sintiera cohibido por la presencia de otro”.

Ante esta observación, *Zee* no replicó, sino que, dirigiéndome una tierna mirada llena de reproches, agitó sus alas y se alejó.

“Yo esperaba, al menos, alguna ayuda de mi huésped”, dije yo amargamente, “para evitar los peligros a que me expone su propia hija”.

“He hecho todo lo que he podido para ayudarte. Contradecir a una *Gy*, en sus asuntos amorosos, es afirmarla en sus propósitos. Ella no permite que consejo alguno se interponga entre ella y el objeto de sus amores.”

CAPITULO XXIV

Al descender de la embarcación aérea, mientras cruzábamos el vestíbulo, se acercó a *Aph-Lin* un niño quien le pidió que asistiera a los funerales de un pariente que acababa de dejar aquel mundo.

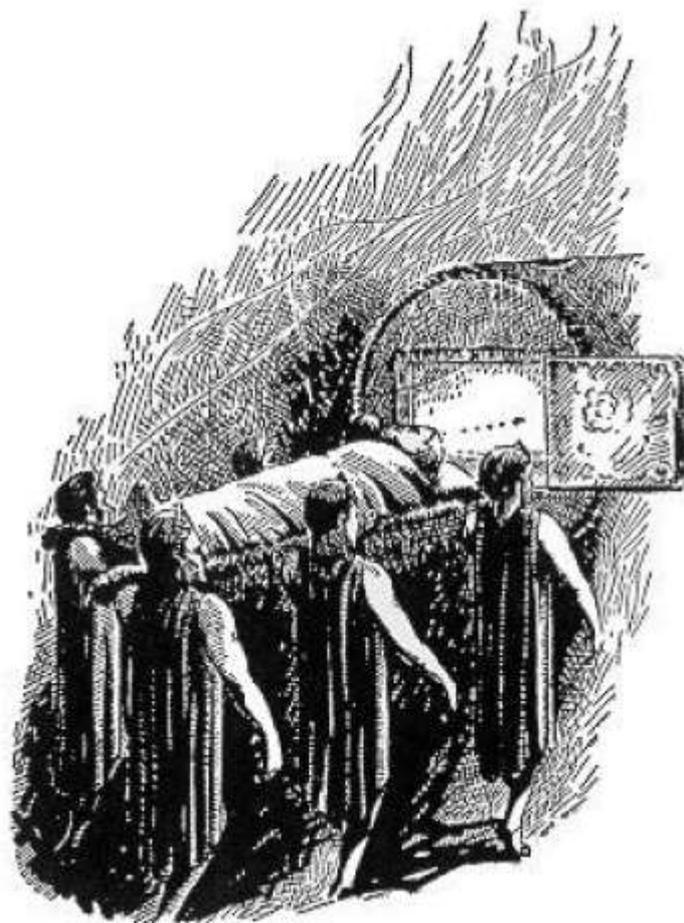
Yo no había visto, todavía, el cementerio de aquella gente y quise aprovechar la oportunidad de tan triste ocasión, para alejar el momento de encontrarme de nuevo con *Zee*. Así que pregunté a *Aph-Lin* si se me permitiría presenciar con él el entierro de su pariente, o si era una de esas ceremonias sagradas, a la cual no es admitido uno extraño a su raza.

"La partida de un *An* a un mundo más feliz", contestó mi huésped, "sobre todo en el caso de mi pariente, quien ha vivido tanto tiempo, que ya no siente placer en esta vida, es un festival alegre, aunque tranquilo, más que una ceremonia sagrada; de manera que si quieres puedes acompañarme".

Precedidos por el niño mensajero, caminamos por la calle principal hasta una casa, situada a corta distancia. Al penetrar en el vestíbulo, se nos condujo a una habitación de la planta baja, en donde encontramos a varias personas reunidas alrededor de una cama en la que yacía el difunto. Era un hombre viejo, quien, se me dijo, había vivido más de ciento treinta años. A juzgar por la sonrisa tranquila de su rostro, había muerto sin sufrimiento alguno. Uno de los hijos, ahora jefe de la familia, que parecía estar en la vigorosa mitad de su vida, no obstante tener más de setenta años, se adelantó con semblante risueño, para decir

a *Aph-Lin* que su padre había muerto el día anterior; que había visto en un sueño a su hija muerta, con quien ansiaba reunirse, y volver a la juventud, más cerca del Supremo Bien.

Mientras ellos dos hablaban, atrajo mi atención una especie de capa metálica oscura, que se veía en el extremo más lejano de la sala. Tenía unos seis pies de largo, el ancho en proporción; todo cerrado alrededor, menos cerca de la tapa en que había agujeros redondos, por los que se dejaba ver una luz roja. Del interior emanaba un perfume agradable e intenso. Mientras trataba de imaginar cuál era el objeto de aquella máquina, todos los relojes de la ciudad dieron la hora, con sus campanas musicales y solemnes. Al cesar el sonido, se dejó oír en toda la sala música de carácter lo más gozoso; pero suave y tranquilo; música, que parecía proceder de las paredes. A tono con la melodía, los presentes elevaron sus voces en un canto. Las palabras de este himno eran sencillas. No expresaban lamentaciones, ni despedidas, sino un saludo al nuevo mundo, al que el difunto precedía a los vivientes. En efecto, en el lenguaje de los *Vril-ya*, el himno funerario se llama "Canto del Nacimiento". Luego, el cadáver, cubierto por una larga mortaja encerada, fue levantado amorosamente por seis de los parientes más cercanos y llevado al aparato oscuro que he descrito antes. Me adelanté para ver lo que iban a hacer. Se abrió una puerta o tablero corredizo en uno de los extremos de la caja y se introdujo en ella el cuerpo y éste quedó depositado sobre un tablero; se volvió a cerrar la puerta; el jefe de la familia apretó un botón, dispuesto en uno de los costados y se dejó oír un ruido sibilante; un momento después se abrió el otro extremo de la máquina y cayó un puñado de polvo humeante, en una especie de plato, dispuesto para recibirlo. El hijo mayor tomó el plato y dijo estas palabras (que, según supe, es la fórmula usual): "Ved cuán grande es el Hacedor; Él dio forma, vida y alma a este polvo. Ya no necesita este poco de polvo para renovar la forma, la vida y el alma del ser querido a quien pronto volveremos a ver".



Los presentes inclinaron la cabeza, llevando la mano al corazón. Luego, una niña abrió una pequeña puerta en la pared, en el interior de la cual veía anaqueles, los cuales contenían muchos platillos iguales, al que el hijo tenía en la mano; sólo que aquellos tenían todos tapa. Una joven se acercó al hijo con una de esas tapas y la colocó sobre el plato sujetándola con un resorte. En la tapa se había grabado el nombre del difunto y estas palabras: "Nos fue prestado (aquí la fecha del nacimiento). Nos fue reclamado" (aquí la fecha de la muerte).

Luego se cerró la puerta, dejándose oír una melodía y la ceremonia había terminado.

CAPITULO XXV

“Y esto”, dijo que, impresionado por cuanto había presenciado, “supongo es vuestra forma usual de entierro”.

“Nuestra forma invariable”, contestó *Aph-Lin*, “¿Cómo es entre vuestra gente?”.

“Nosotros, depositamos todo el cuerpo en la tierra.”

“¿Qué! ¿Degradáis la forma que habéis amado y honrado; de la esposa en cuyo pecho habéis recostado vuestra cabeza, al horrible proceso de la corrupción?”.

“Pero, si el alma vive de nuevo, ¿qué importa que el cuerpo se pudra en la tierra o se reduzca a un puñado de polvo por medio de un terrible mecanismo, actuado, sin duda, por el elemento *Vril*?”

“Has contestado bien”, dijo mi huésped, “no cabe discusión en cuestiones de sentimiento; pero, para mí, vuestra costumbre es horrible y repulsiva; pues, sólo sirve para dar a la muerte un aspecto sombrío y repugnante. Además, a mi modo de ver, vale algo el hecho de conservar un recuerdo de lo que ha sido nuestro pariente o amigo en la misma morada, donde vivimos. Así nos es más fácil sentir que todavía vive; aunque no visible para nosotros. Pero nuestro sentimiento en esto, como en todo lo demás, es cuestión de costumbre. Un *An* inteligente no cambia las costumbres; como tampoco las cambia una comunidad inteligente, sin la más detenida deliberación, seguida de la más íntima convicción. Sólo así deja el cambio de ser capricho y, una vez hecho, lo es para siempre.”

Al volver a la casa, *Aph-Lin* llamó a algunos de los niños a su servicio y los envió a varios amigos para pedirles que acudieran aquel día, durante las Horas de Descanso, a un festival en honor de su pariente, llamado por el Supremo Bien. Esta fue la reunión más numerosa y alegre que he presenciado, durante mi permanencia entre los *Ana*, la cual se prolongó hasta las Horas de Silencio.

El banquete fue servido en una amplia sala, especialmente reservada para las grandes ocasiones. Aunque diferente de las nuestras la fiesta tenía ciertas cosas similares a las que se celebraban en la época del imperio romano. En vez de una mesa grande para todos, se instalaron mesas para cada ocho huéspedes. Esto se hacía porque se hace difícil la conversación entre un número mayor de personas; lo cual da lugar a que la amistad se enfríe.

Los *Ana* nunca ríen ruidosamente, como ya he observado antes; no obstante, el alegre rum-rum de sus voces, que me llegaban de varias mesas, indicaba que las conversaciones eran placenteras. Como no usan bebidas estimulantes y son moderados en su alimentación, no obstante, ser sus platos escogidos y delicados, el banquete propiamente duró poco. Terminado éste, las mesas se hundieron en el piso y se dio principio a una velada musical, para los que quisieron quedarse. Muchos, sin embargo, se retiraron; algunos de los más jóvenes se remontaron en sus alas, pues el salón carecía de techo, y organizaron danzas aéreas; otros recorrieron los diversos departamentos, examinando las curiosidades en ellos expuestas, o formaron grupos para varios juegos de salón. Uno de los juegos favoritos era una especie de ajedrez muy complicado en el que juegan ocho personas. Por mi parte, me mezclé con la multitud; pero no pude tomar parte en las conversaciones, por ir acompañado constantemente por uno u otro de los hijos de mi huésped, quien tenía la misión de impedir que me hicieran preguntas comprometedoras. Los convidados, sin embargo, no me

acordaron mayor atención; estaban ya acostumbrados a mi presencia, pues me veían frecuentemente en las calles, de manera que había cesado de excitar su curiosidad.

Noté con gran satisfacción, que *Zee* trataba de evitarme; evidentemente quería excitar mis celos, dando marcada atención a un joven *An*, muy apuesto, el cual, como es costumbre entre los *Ana*, contestaba a las insinuaciones de *Zee*, con los ojos bajos y sonrojándose, mostrando la confusión y timidez de las señoritas en nuestro mundo más civilizado, excepto las inglesas y las norteamericanas. No obstante, el joven evidentemente estaba encantado de que le hablara una *Gy* tan distinguida y parecía dispuesto a dar un trémulo “sí”, en cuanto ella hiciera la proposición.

Por mi parte, deseaba ardientemente que tal cosa ocurriera; cada vez me sentía más contrario a la idea de ser reducido a cenizas; mucho más, después de haber presenciado cuán rápidamente el cuerpo humano se convierte en un puñado de polvo. Mientras tanto, me divertía observando las maneras de los jóvenes de ambos sexos. Tuve la satisfacción de observar que *Zee* no era muy decidida sostenedora de los más apreciados derechos femeninos. Al recorrer los grupos, dondequiera que fijara mis ojos, o aplicara el oído, siempre me pareció ver que la *Gy* era la cortejante y el *An* el cortejado, y se hacía el interesante. El aire inocente con que el *An* se dejaba cortejar, la habilidad con que evadía dar contestaciones directas a las palabras de cariño, o hacía broma de las galanterías que se le dirigían, harían honor a la coqueta más consumada de nuestro mundo. Mis dos jóvenes acompañantes estuvieron constantemente sujetos a tales influencias seductoras; tengo que hacer honor al maravilloso tacto y dominio de sí mismos que conservaron durante toda la velada.

Conversando con mi acompañante, el hijo mayor de mi huésped, el que prefería regentear un taller mecánico a la administración de grandes propiedades, y quien por lo demás, poseía un temperamento eminentemente filosófico, le decía: “Me es difícil comprender, cómo, a tu edad y con los embriagantes efectos sobre los sentidos de la música, de las luces y de los perfumes, puedes mantenerte tan frío ante la apasionada *Gy*, que te acaba de dejar, con lágrimas en los ojos a causa de tu crueldad”.

El joven *An* respondió con un suspiro: “Gentil *Tish*, la desgracia más grande en la vida es casarte con una *Gy*, cuando estás enamorado de otra”.

“¡Oh! ¿Con que estás enamorado de otra?”

“Sí, efectivamente.”

“¿Y ella no retribuye tu amor?”

“No lo sé. A veces una mirada, una palabra, me dan esperanza; pero nunca me ha dicho claramente que me ama.”

“¿No has susurrado en sus oídos que tú la amas?”

“¡Oh no! ¿Qué crees tú? ¿De qué mundo vienes? ¿Cómo voy a traicionar la dignidad de mi sexo? Sería indigno de mi raza y consideraría haber perdido la vergüenza, si revelara mi amor a una *Gy*, sin que antes ella se me declare.”

“Perdón. No me había dado cuenta de que llevarais la modestia de vuestro sexo a tal punto. ¿Acaso un *An* no dice nunca a una *Gy* que la ama, hasta que ella lo dice primero?”

“No me atrevo a afirmar que ningún *An* lo haya hecho; pero quien lo haga queda deshonrado a los ojos de los demás *Ana* y es secretamente despreciado por las *Gy-ei*. Ninguna *Gy* bien educada lo escucharía; consideraría que tal audacia había infringido los derechos de su sexo, a la vez que, ultrajando la modestia que dignifica el *An*. Mi caso es irritante”, contestó mi acompañante, “porque la *Gy* a quien yo amo, no ha cortejado a nadie más; por lo que no puedo menos de pensar que le agrado. A veces, sospecho que no me corteja porque teme que le exija algo irrazonable en cuanto a renunciar a sus derechos. Pero, si es así, demuestra que no me ama realmente; porque, cuando una *Gy* ama de veras, renuncia a todo derecho”.

“¿La *Gy* de que me hablas está presente?”

“¡Oh, sí! Está sentada allá hablando con mi madre.”

Miré en la dirección que me indicaba y vi a una *Gy*, vestida con túnica de color rojo brillante. Este color indica entre aquella gente que quien lo lleva prefiere mantenerse soltera. Emplean el gris, o un tono neutro, para indicar que están buscando esposo; púrpura oscuro, si desean dar a conocer que ya han elegido; púrpura o anaranjado, cuando se han comprometido o casado; azul claro cuando se divorcian o enviudan y quieren casarse otra vez. El azul claro, sin embargo, se ve muy rara vez.

Entre gente, cuyo tipo de belleza es tan elevado, es muy difícil señalar uno como peculiarmente bello. La elegida de mi joven amigo me pareció de belleza media; pero había en su rostro una expresión que me agradó mucho más que los semblantes de las jóvenes *Gy-ei*, en general. Me pareció menos atrevida, menos consciente de sus derechos femeninos. Noté que, mientras hablaba con *Bra*, miraba de cuando en cuando, de soslayo a mi joven amigo.

“Animo”, le dije, “la joven *Gy* te ama”.

“Sí; pero, si ella no lo dice, tal amor no me sirve de gran cosa.”

“Tu madre conoce tu inclinación.”

“Quizás sí; yo nunca se lo he revelado; sería contra nuestra costumbre confiar tal debilidad. Se lo he dicho a mi padre; éste puede habérselo dicho a su esposa.”

“¿Me permites que te deje, por un momento, y me acerque a detrás de tu madre y de tu amada? Estoy seguro de que están hablando de ti. ¡No vaciles! Te prometo no dejar que nadie me detenga y me haga preguntas, hasta que vuelva a tu lado.”

El joven *An* apretó su mano contra su corazón; me tocó ligeramente en la cabeza, y me permitió alejarme. Sin que me observaran llegué a detrás de las dos mujeres y pude oír lo que hablaban.

Bra estaba diciendo: “No tengo la menor duda de que mi hijo, que está en edad de casarse, será arrastrado al matrimonio por alguna de las muchas que lo galantean, o se unirá

a los que emigran a algún punto distante y no le veremos más. Si realmente lo quieres, mi querida Loo, debes declararte”.

“Yo lo quiero realmente, *Bra*; pero dudo poder ganar su afecto. Él está muy encariñado con sus inventos y relojes; yo no soy como *Zee*; soy tan torpe que temo no poder participar de sus aficiones favoritas; se cansará de mí y, al término de tres años, se divorciará. ¡Yo nunca me podría casar con otro! ¡Nunca!”

“No es necesario saber de relojes para hacer la felicidad de un *An*, a quien gustan tales mecanismos; quien preferiría abandonarlos, antes que divorciarse de su *Gy*. Tú comprendes, mi querido Loo”, continuó *Bra*, “precisamente por ser el sexo más fuerte, regimos al otro con tal que no hagamos alarde de nuestra fuerza. Aunque aventajaras a mi hijo en la construcción de relojes y autómatas, como esposa, deberías siempre hacerle suponer, que lo crees superior a ti en tal arte. El *An* tácitamente concede el predominio de la *Gy* en todos los aspectos, menos en su especialidad; pero si ella lo sobre pasa también en esto, o no manifiesta admiración por las habilidades de su compañero, éste dejará de amarla; hasta puede que se divorcie de ella. Pero, cuando una *Gy* ama de veras, pronto aprende a amar todo lo que el *An* ama”.

La joven *Gy* no contestó a esto; bajó la cabeza pensativa; luego apareció una sonrisa en sus labios; se levantó, sin decir nada, y atravesando entre la multitud, llegó a donde estaba el joven *An* que la amaba. Yo me fui tras de ella; pero me mantuve discretamente a distancia, mientras los observaba. Olvidándome de la táctica común entre los *An*, me sorprendió ver que el amado la recibía con aire de indiferencia. Hasta llegó a alejarse; pero ella lo persiguió y poco después ambos tendieron sus alas y se perdieron en el espacio luminoso de arriba.

En ese momento se me acercó el jefe de Estado, quien se mezclaba con la multitud, sin signo alguno que lo diferenciara. No había visto a este gran dignatario, desde el día en que entré en sus dominios. Su presencia me recordó las palabras de *Aph-Lin* sobre la terrible duda de si debía yo ser disecado o no. Un escalofrío recorrió todo mi cuerpo al ver el sereno semblante de aquel hombre. “Me habla mucho de ti, extranjero, mi hijo *Taë*, dijo el *Tur*, poniendo cortésmente su mano en mi cabeza inclinada. “Le gusta mucho tu compañía y confío que a ti no te desagradan las costumbres de nuestra gente.”

Tartamudee una contestación, con la que quería expresar mi gratitud, por la bondad del *Tur*, y de admiración por sus paisanos; pero el cuchillo disector brilló ante mi ojo mental y ahogó mis palabras. Una voz más suave dijo: “El amigo de mi hermano debe ser querido para mí”. Levanté los ojos y vi a una joven *Gy*, de unos 16 años, al lado del Magistrado, la cual me miraba en actitud muy benigna. La niña no había alcanzado pleno desarrollo; apenas era algo más alta que yo. Debido a esta relativamente diminuta estatura, la consideré la más bella de las *Gy-ei*, que hasta entonces había visto. Algo en mis ojos reveló tal impresión, pues su mirada se hizo todavía más benigna.

“Me ha dicho *Taë*”, dijo ella, “que todavía no habéis aprendido a emplear las alas. Esto me da pena, pues me hubiera gustado que voláramos juntos”.

“Oh”, repliqué yo, “nunca podré disfrutar de tal felicidad. *Zee* me ha asegurado que, el poder de emplear las alas, sin peligro, es un don hereditario y que han de pasar generaciones, antes de que los de mi raza puedan sostenerse en el aire como las aves”.

“No os preocupéis demasiado sobre eso replicó la bondadosa princesa, “porque, de todas maneras, ha de llegar un día en que nosotras deberemos resignarnos a no utilizar las alas nunca más. Quizás, cuando tal día llegue nos agrade que el *An* que elijamos tampoco las utilice”.

El *Tur* nos dejó y se perdió entre la multitud. Yo empecé a sentirme cómodo al lado de la encantadora hermana de *Taë*. Casi la sorprendí por lo atrevido de mi galantería, al replicar que ningún *An*, que ella eligiera utilizaría nunca sus alas para alejarse de ella. Está tan fuera de la costumbre de los *Ana* decir tales finezas, antes de que la *Gy* haya declarado su pasión por él y ser aceptado como prometido, que la hermosa doncella quedó confusa por unos momentos. No obstante, no pareció desagradarle. Al salir de su sorpresa, me invitó a acompañarla a uno de los salones menos concurridos, donde podríamos escuchar el canto de las aves. Seguí sus pasos y me condujo a una cámara, casi desierta, donde una fuente de nafta dejaba oír su rumor. En la habitación había blandos divanes y las paredes de la misma se abrían a una pajarera, en la cual las aves cantaban sus armoniosos coros. La *Gy* se sentó en uno de los divanes, me hizo sentar a su lado y habló así: “Me dice *Taë* que *Aph-Lin* ha hecho ley de su casa que nadie te pregunte nada sobre el país de donde vienes, o sobre las razones por las cuales nos visitas. ¿Es así?”

“Así es”, contesté.

“¿Puedo yo, al menos, sin faltar a esa ley, preguntarte si las *Gy-ei* de tu país tienen el mismo color pálido que tú y no son de mayor estatura?”

“No creo, ¡oh hermosa *Gy*! faltar la ley de *Aph-Lin*, la cual me obliga a mí más que a vosotros, si contesto a pregunta tan inocente. Las *Gy* de mi país son de color más bello que el mío y su estatura media es, a lo menos, una cabeza más baja que la mía.”

“¡Entonces, entre vosotros, no pueden ser tan fuertes como los hombres! Aunque supongo que la superioridad de su fuerza *Vril* las compensa por tan extraordinaria desventaja en estatura.”

“Allá no se conoce la fuerza *Vril* como entre vosotros; pero de todas maneras, las *Gy-ei* de mí país tienen mucho poder, pues un *An* tiene pocas probabilidades de ser feliz en la vida, si no se deja gobernar, en cierta medida, por su *Gy*.”

“Hablas con mucha pasión”, dijo la hermana de *Taë* en tono de voz medio triste y medio petulante. “Tú estás casado sin duda alguna.”

“No; ciertamente que no.”

“¿Ni comprometido?”

“Tampoco estoy comprometido.”

“¿Pero, es posible que ninguna *Gy* se te haya declarado?”

“En mi país la *Gy* no se declara; el *An* habla primero.”

“¿Qué extraña perversión de las leyes de la naturaleza”, exclamó la doncella, “y que falta de modestia en vuestro sexo! ¿No te has declarado nunca, ni amado a una Gy más que a otra?”

Me sentí algo confuso ante tan ingenuas preguntas, y dije: “Perdóname, pero creo que estamos empezando a faltar al mandato de *Aph-Lin*. No voy a contestar a nada más; te ruego que me perdones y que no me hagas más preguntas. Una vez tuve tal preferencia y me declaré, pero, aunque la Gy me hubiera aceptado gustosa, sus padres negaron su consentimiento”.

“¿Los padres? ¿Quieres decir de veras que los padres pueden intervenir en la elección de sus hijas?”

“Ciertamente que pueden, e intervienen con mucha frecuencia.”

“No me gustaría vivir en tal país”, dijo la Gy simplemente, “confío que tú nunca volverás allá”.

Incliné mi cabeza en silencio. La Gy, gentilmente, levantó mi rostro con su mano derecha y me miró con ternura. “Quédate con nosotros”, dijo, “quédate y serás amado”.

Me estremezco todavía al pensar en el peligro que hubiera corrido de ser convertido en cenizas, si llego a contestar lo que en aquel instante se me ocurrió, de lo cual me salvé porque en el mismo momento, la luz de la fuente quedó oscurecida por la sombra de unas alas; *Zee*, volando por el techo abierto, se posó a nuestro lado.

No dijo una palabra; pero, tomándome de un brazo con su poderosa mano, me llevó con ella, como una madre lleva a un niño travieso. Atravesando varios salones, llegamos a uno de los corredores, desde donde, por un mecanismo, que ellos generalmente prefieren a las escaleras, ascendimos hasta mi habitación. Llegados allí, sopló en mi frente, tocó mi pecho con su varita, e instantáneamente quedé sumido en el más profundo sueño.

Al despertar, horas más tarde, y oír el canto de las aves en la pajarera contigua, vino vivamente a mi pensamiento el recuerdo de la hermana de *Taë*, su gentil mirada y cariñosas palabras. Es tan imposible para uno nacido y criado en nuestro mundo y sociedad desprenderse de las ideas inspiradas por la vanidad y la ambición, que instintivamente empecé a construir sendos castillos en el aire.

“Aunque sea un *Tish*”, tales eran mis meditaciones, “está claro que *Zee* no es la única Gy, a quien mi presencia puede cautivar. Evidentemente soy amado por una Princesa, la doncella de más elevada alcurnia de esta tierra, la hija del Monarca absoluto, cuya autocracia tratan inútilmente de disfrazar con el título republicano de Primer Magistrado. Si no hubiera sido por el repentino descenso de esa terrible *Zee*, aquella dama real se me hubiera declarado formalmente. Está muy bien que *Aph-Lin*, un Ministro subordinado, un mero Comisionado de la Luz me amenace con la destrucción, si acepto la mano de su hija. Pero el Soberano, cuya palabra es ley, podría obligar a la comunidad a abrogar toda costumbre que prohíba el matrimonio con uno de raza extraña; lo cual es una contradicción de su pretendida igualdad de rango”.

“No hay razón para suponer que esa hija, que se expresó con tanto desprecio de la interferencia paterna, no tenga influencia suficiente sobre su real padre para salvarme de la combustión, a que *Aph-Lin* condenaría mi físico. Ahora, supongamos que yo fuera elevado por tal alianza ¿quién sabe si el Monarca no me elegiría como sucesor? ¿Por qué no? Pocos, entre esta raza de filósofos indolentes, gustan de la carga de tal grandeza. Hasta puede que les agrade ver el supremo poder en manos de un perfecto extraño, que tiene experiencia de otras y más activas formas de existencia. En tal caso, ¿qué reformas instituiría yo! ¿Qué adiciones a esta realmente placentera, pero demasiado monótona vida podría hacer gracias a mi conocimiento de las costumbres de las naciones civilizadas! ¿Tanto como me agradan los deportes en el campo! Además de la guerra; ¿no son tales deportes el pasatiempo de los reyes? ¿Cómo abundan los juegos raros en este mundo sombrío! ¿Qué entretenido destruir criaturas que se conocieron sobre la tierra antes del diluvio! Pero, ¿cómo? yo nunca podré utilizar eficazmente por falta de don hereditario el terrible *Vril*. Pero puedo utilizar un cargador manual que estos ingeniosos mecánicos pueden construir y mejorar. Precisamente vi uno en el Museo.”

“En verdad, como Rey absoluto, podría prohibir el empleo de *Vril*, salvo en caso de guerra. A propósito de la guerra; es perfectamente absurdo limitar a un pueblo tan inteligente, tan rico y tan bien armado, en los estrechos límites de un territorio sólo suficiente para diez mil o doce mil familias. ¿No es esta restricción una mera idea filosófica contraria a la aspiración innata en la naturaleza humana? Algo por el estilo se probó en el mundo superior, pero fracasó. Naturalmente que uno no iría a la guerra con naciones vecinas, tan bien armadas como nosotros; pero están las regiones habitadas por razas que no conocen el *Vril* y que, al parecer, se rigen por instituciones democráticas, como mis paisanos los norteamericanos. Tales regiones podrían ser invadidas, sin molestar a las naciones de *Vril*, nuestras aliadas; anexamos los territorios y extender nuestro dominio a las regiones más distantes de esta tierra interior, y así formar un imperio en que el sol nunca se ponga. (En mi entusiasmo me olvidaba de que, en aquellas regiones, no hay sol.) En cuanto a la fantástica idea de no conceder fama o renombre al individuo eminente, porque suponen que acordar honores hace que se los busque, estimula las pasiones y hace imposible la felicidad resultante de la paz, es contrario a la misma naturaleza humana. Hasta los animales responden a la alabanza y al estímulo, gracias a los cuales es más fácil domesticarlos. ¿Qué fama alcanzaría el Rey que extendiera así su imperio! ¿Llegarían a considerarme un semidiós!”

En este orden de ideas, me vino a la mente otra de las aberraciones fantásticas de aquella gente; la de regular esta vida por la de Uno, en quien, sin duda alguna, nosotros los cristianos creemos; aunque nunca la tenemos en cuenta. A este respecto resolví que me vería obligado a abolir tal religión hereje, tan supersticiosamente contraria al pensamiento moderno y a la acción práctica. Cavilando sobre estos varios proyectos, pensé cuánto me agradaría en aquel momento iluminar mi sabiduría con un buen vaso de whisky con soda. No es que yo sea un bebedor habitual; pero, en verdad hay veces en que un poco de estimulante alcohólico, acompañado de un buen cigarro, activa la imaginación. ¡Sí, sí! Seguramente entre las yerbas y frutas, habrá algunas de las cuales se pueda extraer un agradable alcohol vínico. Esta bebida y con un bistec de carne de ciervo haría ciertamente, mucho más agradable la hora del refrigerio. ¿No es una estupidez y una ofensa a la ciencia rechazar el alimento animal que, según nuestros mejores médicos, contribuye a mejorar los jugos gástricos de la humanidad? Finalmente, en vez de esos dramas anticuados, representados por aficionados infantiles, cuando yo sea Rey, he de introducir nuestra ópera moderna y un cuerpo de baile; pues, indudablemente, en las naciones que he de conquistar,

encontraré hermosas jóvenes de menor estatura y menos poderosas que estas *Gy-ei*, no cargadas de *Vril*, como éstas y que no le obliguen a uno a casarse con ellas.

Me encontraba tan completamente ensimismado en estas y otras reformas políticas, sociales y morales por el estilo, destinadas a derramar entre estos pueblos las bendiciones de una civilización, conocida en el mundo de arriba, que no me di cuenta de que *Zee* había entrado en la habitación, hasta que un profundo suspiro me hizo levantar los ojos y la vi de pie al lado de mi cama.

No necesito repetir que, de acuerdo con las costumbres de aquella gente, una *Gy* puede, sin faltar al decoro, visitar a un *An* en su habitación; no obstante, sería considerado atrevido e inmodesto, al último grado, si un *An* entrara en la habitación de una *Gy*, sin permiso previo. Afortunadamente, llevaba todavía las vestiduras de cuando *Zee* me hizo dormir. No obstante, me irritó mucho, y me sorprendió más su visita, por lo que pregunté con rudeza qué quería.

“Te ruego, querido, que hables sin irritación”, dijo ella, “soy muy desgraciada. No he dormido desde que nos separamos”.

“Basta que te hayas dado cuenta de tu vergonzosa conducta para conmigo, como huésped de tu padre, para desvanecer el sueño de tus ojos. ¿Dónde está el afecto, que pretendes tenerme? ¿Dónde la hidalguía de que tanto se precian los *Vril-ya*? Aprovechándote de la fuerza física de vuestro sexo y de esos detestables poderes, que el *Vril* pone en vuestros ojos y en las puntas de vuestros dedos me has humillado ante los visitantes reunidos ante Su Altera Real, quiero decir, la hija de vuestro propio Jefe de Estado llevándome a la cama, como a un infante travieso, y sumergiéndome en sueños, sin pedir mi consentimiento.”

“¡Desagradecido! No me reproches estas muestras de mi amor. ¿Acaso crees que, aunque no sintiera los celos naturales de quien ama, hasta que sabe que ha ganado el corazón de su enamorado, podía yo ser indiferente a los peligros a que te exponen las proposiciones audaces de esa niña tonta?”

“¡Espera! Ya que nombras la cuestión de los peligros más inminentes para mí, provienen de ti; a lo menos así será, si llego a creer en tu amor y acepto tus halagos. Tu padre me ha dicho, claramente, que, en tal caso, seré convertido en cenizas, con tan poca compasión, como en el caso del reptil, aniquilado por el chispazo de la varilla de *Taë*.”

“No dejes que tal temor enfríe tu corazón hacia mí”, exclamó *Zee*, cayendo de rodillas. Tomando mi mano derecha, la que quedó encerrada en el amplio espacio de la palma de su mano, continuó: “En efecto, es verdad que nosotros dos no podemos casarnos, como se casan los de una misma raza; es verdad que el amor entre nosotros ha de ser puro, como es, según creernos, el amor de amantes que se reúnen en la nueva vida, más allá de donde termina la vejez. ¿Pero, no es bastante felicidad vivir juntos, casados en mente y en corazón? ¡Escucha! Acabo de dejar a mi padre. El consiente en nuestra unión en tales condiciones. Yo tengo influencia suficiente en el Colegio de Sabios para que consientan en pedir al *Tur* que no entorpezca la libre elección de una *Gy*, siempre que el matrimonio con uno de otra raza sea simplemente la unión de las almas. ¡Oh! ¿Acaso piensas que el verdadero amor necesita la unión innoble? No creas que sólo aspiro a ser tu compañera en esta vida; ser parte y porción de tus gozos y tristezas aquí. Pido un vínculo que nos una por siempre jamás en el reino de los inmortales. ¿Me rechazas?”

Mientras hablaba, arrodillada, toda la expresión de su rostro había cambiado; nada de dureza quedaba en ella; una luz divina, como de ser inmortal, resplandecía en aquella belleza humana. Pero me asombraba y cohibía a la vez, como me hubiera asombrado si un ángel se me presentara, en forma de mujer. Después de una pausa mortificante, tartamudee expresiones evasivas de gratitud, y, con toda la delicadeza de que fui capaz, traté de hacerla entender cuán humillante sería mi posición, entre los de su raza, como marido que nunca tendría el derecho de llamarse padre.

“Pero”, dijo *Zee*, “esta comunidad no constituye todo el mundo. Ni tampoco están todas las poblaciones comprendidas en la liga de los *Vril-ya*. Por ti renuncio a mi país y a mi gente. Volaremos a alguna región donde tú estés seguro. Soy lo bastante fuerte para llevarte en mis alas a través de los desiertos; soy bastante hábil para abrir entre las rocas, valles donde construir nuestro hogar. La soledad y una cabaña contigo serían para mí la sociedad y el universo. ¿O es que prefieres volver a tu propio mundo, sobre la superficie de esta tierra, expuesto a inciertas estaciones, alumbrado por cambiantes globos, que constituyen, según tu descripción el tornadizo carácter de esas regiones salvajes? Si es así, dilo; forzaré el camino para tu retorno y seré tu compañera allí; aunque, allí como aquí, compañera de tu alma; compañera de viaje, hacia el mundo donde no hay separación ni muerte”.

No pude menos de sentirme afectado por ternura tan pura y apasionada, a la vez, con que se expresaba; su dulce acento habría convertido en musicales los sonidos más rudos de la lengua más áspera. De momento, se me ocurrió que podría aprovechar la disposición de *Zee*, para efectuar un retorno inmediato y rápido al mundo superior. Bastó, sin embargo, un momento de reflexión para darme cuenta de cuán deshonesto y bajo sería tal acción que alejaría a *Zee* de los suyos y de un hogar en el cual yo había sido tratado tan cortésmente, para llevarla a nuestro mundo donde no podría ser feliz. Por otra parte, no podía reconciliarme a un amor tan espiritual y renunciar a los afectos humanos. Con este sentimiento de deber hacia la *Gy*, se mezclaba otro sentimiento hacia la raza a que pertenezco. ¿Podía yo introducir en el mundo superior a un ser tan formidablemente dotado, a un ser que, con la acción de su varita, podía, en menos de una hora reducir a un puñado de cenizas a New York y su gloriosa *Koom-Posh*? Aunque se le quitara una varita podía, gracias a su ciencia, construir fácilmente otra; todo su cuerpo estaba cargado con los mortales relámpagos de aquella delicada máquina. Si peligrosa era para las ciudades y poblaciones de la tierra, no menos peligrosa podía llegar a ser para mí, en caso de que su afecto se enfriara o la agriaran los celos. Estas ideas, que cuesta tanto expresar, pasaron rápidamente por mi cerebro y decidieron mi contestación.

“*Zee*”, dije, con el tono más dulce que puede, y apoyando respetuosamente mis labios en la mano, que retenía la mía, “no encuentro palabras para expresar cuán profundamente siento y cuán honrado me considero por un amor tan desinteresado y abnegado. Mi mejor manera de retribuirlo es que te hable con entera franqueza. Cada nación tiene sus costumbres. Las costumbres de la tuya no nos permiten casarnos; las costumbres de la mía se oponen igualmente a la unión entre personas de razas tan ampliamente diferentes. Por otra parte, aunque no exento de valor entre mi propia gente, o ante peligros, con los cuales estoy familiarizado, no puedo pensar sin un escalofrío de horror, en construir un hogar nupcial, en el corazón de algún caos tremendo, en que todos los elementos de la naturaleza, fuego, agua y gases, pugnen entre sí, con la probabilidad de que, en cualquier momento, mientras tú estuvieras ocupada en desmenuzar rocas o en transformar *Vril* en lámparas, fuera yo devorado por un *krek*, perturbado por tus operaciones, haciéndole salir de su guarida. Yo un

mero *Tish* no merezco el amor de una *Gy* tan brillante, tan sabia, tan poderosa como tú; no merezco tal amor, porque no puedo retribuirlo”.

Zee soltó mi mano, se levantó y volvió el rostro para ocultar su emoción; luego se deslizó en silencio hacia la puerta en la que se detuvo repentinamente, como impulsada por una nueva idea. Volvió a mi lado y dijo en tono bajo:

“Me has dicho que hablarías con entera franqueza. Con entera franqueza entonces, contéstame esta pregunta: ¿Si no puedes amarme, amas a otra?”

“Ciertamente que no.”

“¿No amas a la hermana de *Taë*?”

“Anoche fue la primera vez que la vi.”

“Eso no es contestar. El amor es más rápido que el *Vril*. Vacilas en contestar. No creas que sólo los celos me impulsan a advertirte. Si la hija del *Tur* llegara a declararte su amor; si, en su ignorancia, confía a su padre la preferencia que siente por ti, ello justificaría en él la creencia de que ella te va a cortejar. En tal caso no tendría más remedio que pedir su inmediata destrucción, por cuanto, uno de sus deberes especiales es sacrificarlo todo al bien de la comunidad, la cual no puede permitir que la hija de un *Vril-ya* se case con el hijo de un *Tish*, salvo que el matrimonio se límite a la unión de las almas. De este peligro no puedes escaparte. Ella no tiene bastante fuerza en las alas para sostenerte en el aire; ni posee la ciencia necesaria para construir un hogar en el desierto. Créeme que ahora habla mi amistad; mis celos están callados.”

Después de estas palabras, *Zee* me abandonó. Reflexionando sobre lo que acababa de decirme, ya no pensé en ascender al trono de los *Vril-ya*, ni en las reformas políticas y morales, que hubiera instituido en mi capacidad de Soberano absoluto.

CAPITULO XXVI

Después de la conversación con *Zee*, que acabo de relatar, quedé dominado por profunda melancolía. Se desvaneció el interés con que, hasta entonces, había observado la vida y costumbres de aquella maravillosa comunidad. No podía desechar de mi mente la idea de que me encontraba entre gente que, a pesar de su bondad y cortesía, podían, en cualquier momento destruirme, sin escrúpulo ni compasión. La vida virtuosa y pacífica de gentes que, aunque nuevas para mí, constituían un profundo contraste con las discusiones, las pasiones y los vicios del mundo de arriba, empezó a oprimirme; la monotonía y el aburrimiento se apoderaron de mí. Hasta la serena tranquilidad de la atmósfera resplandeciente se me hizo pesada. Anhelaba un cambio; el frío del invierno, una tempestad, la oscuridad absoluta. Pensaba que, no obstante, nuestros sueños de perfección, nuestra insaciable aspiración a una esfera mejor, más elevada y más tranquila del ser, nosotros, los

mortales de la superficie de la tierra, no estamos preparados, ni dispuestos, para disfrutar, largo tiempo, de la felicidad, que soñamos, y a la que aspiramos.

Es interesante observar, cómo en el estado social de los *Vril-ya*, habían conseguido unificar y armonizar, en un solo sistema, todos los objetivos, que los diversos filósofos del mundo superior han presentado ante la humanidad, como ideales de un futuro utópico.

Era un estado, en que la guerra, con todas sus calamidades, se consideraba un imposible; un estado, en que la libertad de todos y de cada uno estaba asegurada al grado máximo, sin ninguna de las animosidades que, en el mundo superior hacen de la libertad, algo dependiente de la lucha perpetua entre partidos hostiles. Un estado en que la corrupción, que denigra a las democracias, era tan desconocida, como los descontentos que socavan los tronos de las monarquías. La igualdad no era un nombre, meramente; sino una realidad. Las gentes no buscaban la riqueza, porque ésta no era envidiada. Los problemas relacionados con la clase trabajadora, sin solución hasta ahora en la tierra de la superficie, causa de tanto antagonismo y resentimiento entre las clases, han sido resueltos por el simple proceso de hacer desaparecer completamente la distinción y separación de los trabajadores como clase. Todos son trabajadores y trabajan en lo que gustan. Los inventos mecánicos, contruidos sobre principios que no pude descubrir, actuados por un elemento infinitamente más poderoso y más fácil de manejar que la electricidad o el vapor, dirigidos por niños, cuya fuerza jamás se agota, sino que, por el contrario, gozan en su ocupación, como si fuera un deporte o pasatiempo, eran suficientes para crear una riqueza pública, enteramente dedicada al bienestar general; de manera que jamás había queja alguna.

Los vicios, que corroen nuestras ciudades, son allí desconocidos. Las diversiones abundan, pero todas ellas de carácter inocente. Ninguna diversión daba pie a la borrachera, al desorden o a la enfermedad. Existía el amor; ardiente en su persecución; pero, una vez conseguido su objeto, era fiel. El adúltero, el vicioso, la mujer de vida airada, eran fenómenos tan desconocidos en aquella comunidad, que las palabras para designarlos tenían que buscarse en la literatura anticuada, escrita miles de años antes. Quienes hayan estudiado las teorías filosóficas de la tierra, saben que todas esas extrañas desviaciones de la vida civilizada, son concreciones de ideas ampliadas, analizadas, ridiculizadas, controvertidas y, algunas veces, probadas en parte y hasta puestas en libros fantásticos; pero nunca han dado resultados prácticos. No fueron, sin embargo, éstos todos los pasos dados por aquella comunidad, hacia la perfección teórica. Era la creencia de Descartes, que la vida del hombre podía prolongarse, en esta tierra no precisamente a duración eterna; pero sí a lo que se llama "edad patriarcal" que él, modestamente, limitaba de 100 a 150 años como término medio. Pues bien, este sueño de los sabios lo han realizado los *Vril-ya*; más todavía, conservan después de cien años de vida todo el vigor de la edad madura. Con esta longevidad disfrutan la gran bendición de una salud constante. Las enfermedades de aquella raza se eliminan con facilidad, mediante la aplicación científica del elemento vitalizador y destructor, a la vez, que ellos llaman *Vril*. La idea de esta fuerza, tampoco es desconocida sobre la tierra, aunque generalmente se la considera como tema propio de charlatanes o entusiastas y se la mezcla con nociones confusas de mesmerismo, fuerza ódica, etc. Pasando por alto tales dispositivos como las alas, que todo el mundo sabe que se han ensayado y han fracasado, me ocuparé de la cuestión más delicada, proclamada últimamente como esencial para la perfecta felicidad de nuestra especie humana, por las dos influencias más perturbadoras y potentes en la superficie de la tierra, a saber: el Feminismo y la Filosofía. Me refiero a los Derechos de la Mujer.

Los jurisconsultos están de acuerdo en que es inútil hablar de derechos, donde no existe poder suficiente para imponerlos. Sobre la tierra, por una razón u otra, el hombre, gracias a su fuerza física (y mediante el uso de armas ofensivas y defensivas, tratándose de encuentros personales) puede, por regla general, dominar a la mujer. Pero entre los *Vril-ya*, no cabe duda con respecto a los derechos de las mujeres; porque, como he dicho antes, la *Gy*, en cuanto a lo físico es mayor y más fuerte que el *An*; en voluntad también aventaja a éste; es más resuelta que él. Como la voluntad es esencial para la dirección de la fuerza *Vril*, ella puede hacer sentir sobre él, más potentemente que él sobre ella, el místico elemento, que el arte puede extractar de las propiedades ocultas de la naturaleza. De consiguiente, todo lo que nuestras feministas pueden hacer sobre la tierra, en cuanto a los derechos de la mujer, es cosa natural en aquella comunidad. Además del poder físico, la *Gy* tiene, por lo menos en su juventud, un anhelo de triunfar y de aprender muy superior al de los hombres, de manera que ellas son quienes llenan las academias y profesorados y constituyen la porción inteligente de la comunidad.

Naturalmente, en una sociedad de esta clase, la mujer establece, como he explicado, sus más valiosos privilegios, o sea, el de cortejar y elegir a su compañero. Si se le negara este privilegio, desprendería todos los demás. Ahora bien, en la tierra no consideraríamos irrazonable que una mujer dotada de tal poder y tal privilegio, una vez nos ha perseguido y nos ha conquistado, actuara de manera imperiosa y tiránica. Sin embargo, no era así entre los *Vril-ya*. La *Gy*, una vez casada, abandona las alas y se convierte en la más dulce de las compañeras. No hay poeta capaz de concebir visiones de beatitud conyugal, con tanta docilidad, complacencia y simpatía como las que ponían las *Gy-ei* en descubrir y satisfacer los gustos y caprichos más insignificantes de sus esposos. Por último, entre las características más importantes de los *Vril-ya*, en comparación con nuestra humanidad (detalle importante, muy influyente en su vida y en la paz de sus comunidades) es la creencia universal en la existencia de una Deidad benéfica y misericordiosa y de un mundo futuro, en comparación con el cual, un siglo o dos son momentos demasiado fugaces para malgastarlos en la persecución de fama, poder o riqueza. Con esta combinaban otra creencia general, a saber: que como no podían saber nada de la naturaleza de tal Deidad, salvo el hecho de su bondad suprema, ni sobre el mundo futuro, aparte del hecho de la existencia feliz en el mismo, su razón les prohibía toda discusión sobre cuestiones tan abstrusas. De esta manera, habían alcanzado, en las entrañas de la tierra, lo que ninguna comunidad ha logrado jamás bajo la luz de las estrellas, a saber: todas las bendiciones y consuelos de la religión, sin ninguno de los males y calamidades que engendran las luchas religiosas.

Por tanto, es imposible negar que el estado de existencia entre los *Vril-ya* es, en conjunto, inmensamente más feliz que el de las razas supraterrícolas. Tal estado es la realización de los sueños de nuestros filántropos más entusiastas y se aproxima al concepto poético de un orden angelical. Con todo, si reuniéramos a un millar de seres humanos de los mejores y más filósofos de entre las poblaciones de Londres, París, Berlín, New York o Boston, como ciudadanos de esta comunidad beatífica, mi creencia es que, en menos de un año, morirían de aburrimiento o intentarían una revolución, en contra del bien de la comunidad, y serían convertidos en cenizas por orden del *Tur*.

En manera alguna, trato, con esta narración, de denigrar a la raza a la cual pertenezco. Por el contrario, he tratado de poner de manifiesto que los principios en que se funda el sistema social de los *Vril-ya* impide a éstos producir los ejemplos individuales de grandeza humana, que adornan los anales del mundo superior. En donde no haya guerras, no pueden surgir hombres, tales como Aníbal o Washington; Jackson o Sheridan. En estados tan felices

que, ni temen peligro alguno, ni desean cambio de ninguna especie, no pueden nacer hombres como: Demóstenes, Webster, Summer, Wendel, Holmes o Butler. En una sociedad de tal norma moral, en que no hay crímenes, ni tristezas, de las cuales la tragedia pueda extraer elementos de piedad y de compasión, ni vicios manifiestos o tonterías, sobre los cuales la comedia pueda ejercitar su sátira divertida, no hay oportunidad de producir un Shakespeare o un Molière. Si bien no deseo hablar mal de mis compatriotas, sobre la tierra, haciendo ver hasta qué punto los motivos, que impulsan las energías; y ambiciones de los individuos, en una sociedad de contienda y de lucha, se amortiguan y se anulan en una sociedad que aspira a asegurar, para todos, la calma y la felicidad, que suponemos ser lote de los inmortales, tampoco pretendo presentar a las comunidades de los *Vril-ya* como forma ideal de sociedad política, a cuya consecución debamos dirigir nuestros esfuerzos. Por el contrario, dada la manera como hemos combinado, en el transcurso de las edades, los elementos, que componen el carácter humano, nos sería absolutamente imposible adoptar el modo de vivir de los *Vril-ya* o de reconciliar nuestras pasiones con la manera de pensar de aquella raza. Mí convicción es que aquel pueblo, aunque originalmente de nuestra raza (y creo sinceramente a juzgar por las raíces de su lenguaje, descendientes de los mismos antepasados de la gran familia aria de la cual, en corrientes diversificadas se ha desarrollado la Civilización dominante en el mundo) y haber pasado, a juzgar por sus mitos e historia, por las mismas fases de sociedad familiar que nosotros, por las condiciones en que se han desarrollado, son de constitución distinta, con la cual sería absolutamente imposible que comunidad alguna de sobre la tierra pudiera amalgamarse. Por otra parte, si ellos llegaran a salir de aquellas profundidades, a la luz del día, respondiendo a sus ideas tradicionales destruirían y reemplazarían a las razas de hombres ahora existentes en la faz del planeta.

Alguien dirá, quizás, que habría más de una *Gy* a quien agradecería un tipo tan ordinario de nuestra raza terrestre como yo; de manera que, si los *Vril-ya* aparecieran sobre la tierra, podríamos evitar que nos exterminaran, mezclando las razas. Tal creencia es demasiado aventurada. Los casos de tales mezclas serían tan raros como los de la raza anglosajona y los pieles rojas. Ni habría, tampoco, tiempo para que el intercambio familiar se realizara con la rapidez adecuada. Los *Vril-ya*, al surgir de la tierra, inducidos por el encanto de un cielo alumbrado por el sol, se inclinarían a establecerse sobre la tierra, iniciarían de inmediato la obra de destrucción, se apoderarían de los territorios ya cultivados, sin escrúpulo de ninguna clase, y aniquilarían a todos los habitantes, que resistieran tal invasión. Teniendo en cuenta el desprecio que sienten por instituciones tales como el gobierno popular y por el de los habitantes de mi querido país, yo creo que si los *Vril-ya* aparecieran primeramente en la libre América, como es la porción elegida de la tierra, indudablemente dirían: “Esta es la parte del globo que tomamos. Ciudadanos, dejad lugar para el desenvolvimiento de la raza de los *Vril-ya*”. Naturalmente, mis compatriotas decidirían luchar y oponerse; de manera que en menos de una semana no quedaría hombre con vida, alrededor de la bandera estrellada.

Por aquellos días, veía poco a *Zee*; sólo a las horas de comer, cuando se reunía la familia. Ella se mantenía reservada y silenciosa. De consiguiente se iban desvaneciendo mis temores en cuanto al peligro, a que me exponía un afecto que yo no había alentado, ni merecido, pero persistía mi depresión de ánimo y cada vez ansiaba más escaparme al mundo superior. Por más que discurría no encontraba medio alguno para realizarlo. Nunca se me permitía andar solo; de manera que no tuve, ni siquiera, ocasión de visitar el lugar por donde descendí por si encontraba algún modo de ascender hasta la mina. Tampoco en las Horas de Silencio, cuando toda la casa dormía, podía yo escurrirme desde el elevadísimo piso en que mi habitación estaba. No sabía cómo mandar a los autómatas que permanecían burlescamente en la pared a mi alcance, ni sabía encontrar los resortes, mediante los cuales se ponían en

movimiento las plataformas que hacían la función de escaleras. A propósito se me había negado el conocimiento de cómo funcionaban tales aparatos. Lástima que no había podido aprender a usar las alas, que tan libremente utilizaban hasta los infantes. De ser así, hubiera podido escapar y llegarme a las rocas; para remontarme por el precipicio, cuyos costados perpendiculares no ofrecían apoyo alguno al pie humano.

CAPITULO XXVII

Estaba yo un día solo cavilando, en mi habitación, cuando *Taë* llegó volando por el ventanal abierto y se posó en el diván. Siempre me alegraba la visita de aquel niño, en cuya compañía, aunque humillado, me sentía menos eclipsado que en presencia de las personas mayores. Impulsado por mi idea fija y teniendo en cuenta que se me permitía ir a todas partes acompañado por él, y en mi ansia de volver al punto en el cual había penetrado en aquel mundo subterráneo, me apresuré a preguntarle si estaba dispuesto para un paseo más allá de las calles de la ciudad. La expresión de su rostro me pareció más grave de lo ordinario, al contestarme: "He venido aquí con el objeto de invitarte a ello".

Muy pronto nos encontramos en la calle. No nos habíamos alejado mucho de la casa, cuando encontramos cinco o seis jóvenes *Gy-ei*, que volvían de los campos con canastas llenas de flores y cantando a coro. La joven *Gy* canta más a menudo que habla. Al vernos, se detuvieron, dirigiendo frases cariñosas a *Taë* y a mí galanterías corteses, propias de las *Gy-ei* para nuestro sexo débil.

He de observar aquí que, a pesar de ser la *Gy* soltera tan franca, al cortejar al individuo, que ella favorece, en nada se parece su actitud al desparpajo ruidoso con que las jóvenes de la raza anglosajona, a las cuales se distingue con el epíteto de "modernas", tratan a los jóvenes por los cuales no sienten amor alguno. El comportamiento de la *Gy* para con los hombres, se parece mucho al del hombre bien educado de la sociedad elegante, hacia las

señoras; respetan pero no enamoran; sus modales son diferentes, cumplidos, exquisitamente delicados; lo que podríamos llamar caballerescos.

En verdad me sentí un poco confuso por las galanterías que me dirigieron aquellas jóvenes y que yo no supe cómo contestar. En nuestro mundo, un hombre se consideraría agraviado, tratado con ironía, fastidiado (si puedo usar palabra tan vulgar) al oír a una hermosa muchacha alabar la frescura de su cutis; a otra el buen gusto de los colores de mi vestido; una de ellas con una sonrisa aludió a las conquistas que había hecho en la recepción de *Aph-Lin*. Yo sabía, sin embargo, que todo aquel lenguaje era lo que los franceses llaman banalidades y simplemente expresaba por bocas femeninas, bajo la tierra, el mero deseo de pasar un rato agradable con el sexo opuesto. Expresiones que, sobre la tierra, una costumbre arbitraria y la herencia las ponen en la boca de los varones. De la misma manera que, sobre la tierra, una señorita bien educada, acostumbrada a tales galanterías, sabe que no puede, sin faltar a las reglas de propiedad, devolverlas ni demostrar excesiva satisfacción al recibirlas, yo, que había aprendido las costumbres corteses de aquella raza, en la casa de tan rico y exaltado Ministro de la nación, procuré sonreír y aparecer modesto, desdeñando los cumplidos con que me honraban. Mientras hablábamos así, parece que la hermana de *Taë* nos vio desde una de las ventanas del Palacio Real; enseguida extendió sus alas y descendió en medio del grupo.

Dirigiéndose a mí, con la inimitable diferencia de maneras, que he llamado "caballerescas", pero no sin cierta rudeza de tono que podríamos clasificar como "ruda", dijo: "¿Por qué no vienes nunca a vernos?"

Mientras estaba pensando cuál sería la adecuada contestación a tan inesperada pregunta, *Taë* dijo pronta y secamente: "Hermana, olvidas que el extranjero es de mi sexo. No corresponde a personas de mi sexo, que guardan su reputación y modestia, rebajarse corriendo tras la compañía del vuestro".

Estas palabras fueron recibidas con evidente aprobación por las jóvenes *Gy-ei*, en general; pero la hermana de *Taë* parecía grandemente avergonzada. ¡Pobre chica; eso que era una Princesa!

En aquel momento, una sombra se proyectó en el espacio que me separaba del grupo. Al volverme vi al Primer Magistrado que se acercaba con el paso silencioso y firme, peculiar de los *Vril-ya*. Al verlo, se apoderó de mí el mismo terror, que me sobrecogió la primera vez que lo vi. En aquella frente, en aquellos ojos, había todavía aquel algo indefinible de una raza fatal para la nuestra. La extraña expresión de serena tranquilidad, de quien se ve libre de nuestros cuidados y pasiones, consciente de su poder superior, compasivo e inflexible, como el juez que pronuncia una sentencia.

Temblé, inclinándome, oprimí el brazo de mi amigo niño y lo atraje en silencio. El *Tur* se interpuso en nuestro camino; me miró un momento, sin hablar; luego dirigió sus ojos quietamente al rostro de su hija, con un grave saludo para ella y sus compañeras; pasó por medio del grupo y se alejó, sin pronunciar palabra.

CAPITULO XXVIII

Al quedar solos *Taë* y yo en la ancha carretera, que va de la ciudad al precipicio, por el cual yo había descendido a esta región subterránea, carente de la luz de las estrellas y del sol, dije en voz baja: "Niño y amigo, veo en el rostro de tu padre algo que me asusta. Siento como si, en su terrible tranquilidad, contemplara la muerte".

Taë no contestó de inmediato. Parecía agitado, como si debatiera dentro de sí, qué palabras decir para dulcificar alguna noticia desagradable. Por fin dijo: "Ningún *Vril-ya* teme a la muerte. ¿La temes tú?"

"El temor a la muerte es innato en los pechos de la raza a la cual yo pertenezco. Sólo podemos dominarlo, ante el llamado del deber, del honor o del amor. Somos capaces de morir por una verdad, por la tierra natal, por aquellos a quienes amamos más que a nosotros mismos. Pero si la muerte me amenaza realmente ahora y aquí ¿dónde están los sentimientos que contrasten el instinto natural que nos llena de espanto y terror al pensar en el momento en que alma y cuerpo han de separarse?"

Mis palabras sorprendieron a *Taë*; pero puso gran ternura en su voz al replicar: "Diré a mi padre lo que has dicho y le pediré que salve tu vida".

“¿Entonces, ha decretado ya mi destrucción?"

"La culpa o la tontería es de mi hermana", dijo *Taë*, con alguna petulancia. "Ella habló esta mañana a mi padre y después de la conversación, éste me llamó, en mi carácter de jefe de los muchachos comisionados para destruir las vidas que amenazan a la comunidad, y me

dijo: Toma tu varilla de *Vril* y busca al extranjero al cual tú quieres. Que su fin sea rápido y sin dolor".

Al oír esto, me sentí flaquear; me aparté del niño. "Es para asesinarme", dije "¿qué tan traidoramente me has invitado? No; no puedo creerlo. No puedo creerte culpable de tal crimen."

"No es crimen matar a los que amenazan el bien de la comunidad; sería crimen matar al insecto más insignificante, que no puede dañarnos."

"Si crees que soy un peligro para la comunidad, porque tu hermana me honra con una especie de preferencia, como la que un niño siente por un juguete raro, no es necesario que me maten. Dejarme volver al país, de donde he venido, por el precipicio por el cual descendí. Con una pequeña ayuda de tu parte puedo irme ahora mismo. Tú, con la ayuda de tus alas, puedes sujetar, al borde de las rocas, la soga que encontraste y que seguramente has guardado. Haz lo que te pido, ayúdame a llegar, siquiera, al punto desde el cual descendí y desapareceré de vuestro mundo para siempre tan seguramente como si me encontrara entre los muertos."

"¡El precipicio desde el cual descendiste! Mira alrededor; estamos ahora en el mismo lugar en el que se abrió. ¿Qué ves? Sólo roca maciza. El precipicio fue cerrado, por orden de *Aph-Lin*, tan pronto como pudo comunicarse contigo, en tu trance, y supo, de tus propios labios, la clase de mundo del cual venías. ¿No recuerdas que *Zee* me exigió que no te preguntara nada acerca de ti o de tu raza? Al dejarte aquel día, *Aph-Lin* me buscó y me dijo: No debe quedar abierto paso alguno entre el mundo del extranjero y el nuestro; de lo contrario, el mal y las tristezas de su mundo puede descender al nuestro. Con los muchachos de tu banda, aplicad las fuerzas de vuestras varillas de *Vril* a los costados de la caverna, hasta que los fragmentos de piedra llenen todas las hendiduras; de manera que no se pueda ver desde el otro lado el resplandor de nuestras lámparas".

Mientras el niño hablaba, mi mirada estaba fija en las rocas cerradas ante mí. Enormes e irregulares, las masas de granito dejaban ver la superficie chamuscada por la fuerza *Vril*; ni una rendija quedaba abierta.

"De manera que toda esperanza está perdida", murmuré, dejándome caer al borde del camino; "ya no veré más el sol". Cubría mi rostro con las manos y rogué a Aquel, cuya presencia yo había olvidado tan a menudo, no obstante que el firmamento nos muestra la obra de Sus manos. Sentí Su presencia en las profundidades de aquella tierra sombría en medio del mundo de la tumba. Como fortalecido y consolado por la plegaria levanté mis ojos y mirándole con tranquila sonrisa, dije al niño: "Ahora, si has de matarme, dispara".

Taë movió la cabeza gentilmente. "No", dijo, "la demanda de mi padre no es tan formal como para no dejarme margen de elección. Voy a hablarle y puede que consiga salvarte. Extraño que te domine el miedo a la muerte, que nosotros creíamos que era sólo instinto en las criaturas inferiores, a las cuales no se ha inculcado la convicción de otra vida. Entre nosotros, ni los infantes conocen tal temor. Dime mi querido *Tish*, continuó después de una pausa, "¿no te reconciliarías más fácilmente a la idea de dejar esta forma de vida, por la del más allá del momento llamado muerte, si yo te acompañara? Si fuera así, pediría a mi padre que me permita ir contigo. Yo soy uno de nuestra generación, destinado a emigrar, en cuanto tenga edad para ello, a alguna región desconocida, dentro de este mundo. Para mí,

sería igual emigrar ahora a regiones desconocidas del otro mundo. El Supremo Bien lo mismo está allá que aquí. ¿En dónde no está Él?".

"Niño", dije, viendo por la expresión, que *Taë* hablaba seriamente, "es un crimen que tú me mates; sería igualmente un crimen decirte: Mátate tú. El Supremo Bien elige el tiempo en que nos da la vida y el tiempo de quitárnosla. ¡Volvamos! Si al hablar con tu padre, éste decide que he de morir, dame todo el tiempo que puedas, a fin de prepararme".

Volvimos a la ciudad, conversando a ratos. No podíamos comprender los razonamientos uno del otro; sentía por aquel honrado niño, de voz dulce y hermoso rostro, un sentimiento muy parecido al del reo por el ejecutor que camina a su lado al lugar de la ejecución.

CAPITULO XXIX

Promediaban las horas destinadas al sueño, que constituyen la noche de los *Vril-ya*. Una mano apoyada en mi hombro me despertó del adormecimiento perturbado en que había caído no hacía mucho. Me sobresalté al despertar bruscamente; abrí los ojos y vi a *Zee* de pie a mi lado.

"Silencio", dijo ella, en voz baja, "que nadie nos oiga. ¿Crees que, por no haber conseguido tu amor, he dejado de velar por tu seguridad? He visto a *Taë*. No ha conseguido nada de su padre, quien mientras tanto ha conferenciado con los tres sabios, a quienes pide consejo, en las cuestiones dudosas; por consejo. De éstos ha ordenado que debes perecer, cuando el mundo despierte a la vida. Yo te salvaré. Levántate y vístete".

Zee señaló una mesa, al lado del diván, en la que vi el traje, que llevaba al abandonar el mundo superior y que había cambiado después por las prendas más pintorescas de los *Vril-ya*. La joven *Gy* salió por el ventanal a la terraza, mientras yo apresuradamente y sin salir de mi asombro me vestía con mis ropas. Al unirme a ella, en la terraza, su rostro estaba pálido y rígido. Tomándome de la mano, me dijo con dulce voz, "Mira cuán brillantemente el arte de los *Vril-ya* ha iluminado el mundo en que moran. Mañana este mundo estará en tinieblas para mí". Me atrajo de nuevo a la habitación, sin esperar mi respuesta; de ésta al corredor, desde el cual descendimos al vestíbulo. Salimos a las calles desiertas y seguimos el camino ascendente bajo las rocas. Allí donde no hay ni día ni noche, las Horas de Silencio son indeciblemente solemnes. El vasto espacio, iluminado por la pericia de los mortales, no da la más mínima señal de vida. Suaves como eran nuestros pasos, su ruido molestaba al oído, como en desarmonía con el reposo universal. Estaba convencido, aunque *Zee* nada me había dicho, que había resuelto ayudarme a volver al mundo superior, y que nos dirigíamos al lugar por donde había descendido. Su silencio se me comunicó e impuso el mío. Nos acercábamos al precipicio. Había sido reabierto aunque no presentaba, en realidad, el mismo aspecto que cuando yo había pasado por allí; que en la muralla de rocas, que *Taë* y yo

habíamos visto cerrada poco antes, se había abierto una nueva abertura, en cuyos costados ennegrecidos todavía brillaban chispas de piedras carbonizadas. Mi mirada, sin embargo, no podía penetrar más allá de unos cuantos metros en la profundidad del oscuro hueco y me pregunté, con desaliento, cómo podríamos ascender por allí.

Zee adivinó mis dudas. "No temas", dijo, con una triste sonrisa, "tu vuelta está asegurada. Empecé esta obra al comienzo de las Horas de Silencio, cuando todos dormían; no he descansado, hasta que el camino hacia tu mundo ha quedado libre. Permaneceré contigo, todavía, un corto rato. No nos separaremos hasta que tú digas: ¡Puedes irte, ya no te necesito!"

El remordimiento encogió mi corazón, ante tanta grandeza de alma. "¡Oh!", exclamé, "qué no daría por que fueras de mi raza o yo de la tuya; entonces jamás diría: ya no te necesito".

"Te bendigo por estas palabras, y las recordaré cuando ya te hayas ido", contestó la *Gy*, tiernamente.

Durante este breve intercambio de palabras, *Zee* se había dado vuelta, con su cuerpo inclinado y su cabeza apoyada en su pecho. De pronto, se enderezó en toda su estatura enfrente de mí. Mientras su rostro estuvo oculto a mi mirada, ella había encendido la diadema, que llevaba en su frente, de manera que brillaba como si fuera una corona de estrellas. No sólo el rostro y forma, sino todos los alrededores quedaron iluminados por el resplandor de la diadema.



"Ahora", dijo, "rodéame con tus brazos por primera y última vez. Ahora, ten valor y sujétate bien". Al hablar así, su forma se dilató y las amplias alas se expandieron. Pegado a ella nos elevamos por aquel terrible precipicio, que la luz estrellada de su frente iluminaba en toda su extensión. Envuelta en luz parecía un ángel remontándose hacia el cielo, con el alma rescatada de la tumba. La Gy continuó el vuelo hasta que oí a la distancia el murmullo de voces humanas; el sonido del trabajo humano. Nos detuvimos en el suelo de una de las galerías de la mina. Más allá, muy distantes, ardían las mortecinas, raras y débiles lámparas de los mineros. Entonces me desprendí. La Gy besó apasionadamente mi frente; pero con la pasión de una madre y dijo, con lágrimas en los ojos: "Adiós para siempre. Tú no me dejas ir a tu mundo; tú no puedes volver jamás al mío. Antes de que mis familiares despierten, las rocas se habrán cerrado de nuevo sobre el precipicio, para no volver a ser abiertas por mí y quizás, tampoco por otros, por edades incontables. Cuando alcance la vida, más allá de esta partícula de tiempo, te buscaré. Es posible que también allí el mundo asignado a ti y los tuyos tenga rocas y golfos que lo separen del mundo de los de mi raza y que yo pueda abrirme camino, para recuperarte, como lo he abierto para perderte".

Su voz cesó. Oí un susurro, como de alas de cisne, y vi como *Zee* se alejaba y los rayos de su diadema estrellada se amortiguaban más y más, dejándome en sombría oscuridad.

Me senté en una roca, y permanecí por algún tiempo sumido en la mayor tristeza, luego me levanté y empecé a andar con paso tardo hacia el lugar de donde me llegaban los sonidos humanos. Los mineros, que encontré, me eran desconocidos y de una nación que no era la mía. Se volvieron a mirarme sorprendidos; pero, viendo que no contestaba a las preguntas, que me hacían en su idioma, volvieron a su trabajo y me dejaron pasar sin molestarme. Por fin, llegué a la bocamina, sin verme molestado por otros interrogatorios, salvo el de un oficial amigo, que me conocía; pero que, afortunadamente, estaba demasiado ocupado para entretenerse conmigo.

Tuve buen cuidado de no volver a mi antiguo alojamiento. Sin pérdida de tiempo, aquel mismo día me alejé de un vecindario, en donde no hubiera podido eludir preguntas, a las cuales no podía contestar satisfactoriamente. Regresé a mi país en donde, desde hace mucho tiempo me he dedicado tranquilamente a los negocios. Hace tres años me retiré con una regular fortuna. Rara vez he sido invitado a relatar las andanzas y aventuras de mi juventud; tampoco me he sentido tentado a hablar de ellas. Algo, desengañado, como otros muchos, de cuanto se relaciona con la vida doméstica, con frecuencia pienso en la joven Gy y me pregunto, cómo pude rechazar aquel amor, a pesar de los peligros que implicaba y de las condiciones que se me imponían. Cuanto más pienso en la gente que, en regiones excluidas de nuestra vista y consideradas inhabitables por nuestros sabios, desarrollan fuerzas, muy superiores a nuestros más disciplinados sistemas, con cuyas virtudes nuestra vida social y política resulta más antagónica, a medida que progresamos, más ardientemente ruego a Dios que transcurran muchas edades, antes de que surjan a la luz del sol nuestros destructores inevitables. . No obstante, como mi médico me ha dicho francamente que he contraído una dolencia, que sin causar dolores, ni presentar síntomas perceptibles de sus avances, puede ser fatal, en cualquier momento, he creído mi deber para con mis semejantes, prevenirles dejando constancia de mis temores con respecto a "La Raza Futura".